

(0105)

REVISTA CONTEMPORÁNEA.

MINISTERIO  
DE CULTURA



MADRID, 1881

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNANDEZ,  
*Libertad, 16 duplicado.*



# REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO VII.—TOMO XXXV.

SETIEMBRE—OCTUBRE 1881



DIRECCION Y ADMINISTRACION  
CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, TERCERO, MADRID

OFICINAS

PARIS, 27, FAUBOURG MONTMARTRE

MÉJICO  
*J. F. Parres y Comp.<sup>ta</sup>*

VENEZUELA  
*E. Fombona*

BRASIL  
*Bellarmino Carneiro*  
Pernambuco

BUENOS-AIRES  
*Manuel Reñe.*

HABANA  
*Alejandro Chao*

(DERECHOS RESERVADOS.)



MINISTERIO  
DE CULTURA





## PEDRO MATO.

**C**ENTINELA perpetuo, ni la escarcha ni el hielo que blanquean el plumaje del yelmo en el invierno, ni el sol que enardece el arnés en el estío, distraen un punto su atención, apercebida á señalar cualquier mudanza. No tiene Zamora amigo más constante ni leal; anticipadamente avisa la llegada del agua que esperan los campos, la presencia del cierzo que ataca á los frutos, la proximidad de la niebla penetrante. Cuando giran á su alrededor los chillones vencejos, provocándole sin conseguir que abandone el reposado continente, reina de cierto la tranquilidad en la tierra, y el labrador recoge el premio de sus afanes; si agitado se mueve á cada instante, no hay que dudar que la tormenta amaga.

El lector no zamorano habrá comprendido que se trata de una veleta, mas mucho se equivoca si la confunde con un indicador vulgar de la dirección del viento; el cantar se lo dice:

«Tres cosas tiene Zamora  
que no las tiene Madrid:  
Pedro Mato, la Gobierna  
y el paseo San Martín.»

Pedro Mato es un caballero armado de punta en blanco, ceñida la espada, calzadas las espuelas, calada la visera, teniendo enhiesta la lanza y tremolando la seña bermeja, siempre vencedora: es algo más que una figura giratoria, más que anemómetro, barómetro y termómetro en una pieza; más que símbolo de los gloriosos timbres del vecindario que cobija, porque, como ser animado,

«.....  
 Aquel misterioso círculo,  
 de una eternidad emblema,  
 que está como un anatema  
 colgado de la pared;  
 rostro de un ser invisible  
 en una torre asomado,  
 del gótico cincelado  
 envuelto en la densa red,  
 parece un ángel que aguarda  
 la hora de romper el nudo  
 que ata el orbe, y cuenta mudo  
 las horas que ve pasar;  
 y avisa al mundo dormido  
 con la punzante campana  
 las horas que habrá mañana  
 de menos al despertar.  
 .....»(1)

Avisa también Pedro Mato con voz grave los duelos generales, regocija las fiestas, dá la primera noticia de los sucesos prósperos ó adversos, y enseña intuitivamente las más abstrusas lecciones de la filosofía. Reñido con la fama mundana (la Gobierna), jamás se deja halagar, ni áun mirar por ella, volviéndole desdeñosamente la espalda en el momento en que pretende mostrarle la vanidosa trompeta. A través de la rejilla de la celada, se fija de ordinario en el templo bizantino

---

(1) Zorrilla. *El Reloj*.

que erigió la piedad de Alfonso VII la contemplación del guerrero, habiéndole enseñado la experiencia en la vida de una y otra generación que en esa actitud goza de calma y tranquilidad: cuando el deseo le arrastra hacia las venales escenas de la plaza, el rugido del trueno y el rayo fulgurando ante su vista descubren los peligros que oculta la aparente suavidad de ese camino.

Así considerado el asunto, no es hiperbólica la copla vulgar, que de todos modos alude á la más alta, á la más encumbrada figura de Zamora, por tantos conceptos digna de la gratitud y del afecto de los ciudadanos. Lo problemático en ella es el nombre. ¿Por qué se llama Pedro Mato?

Confieso que desde niño aguza mi curiosidad esa pregunta, que he dirigido á los más ancianos del pueblo, y que, no siendo satisfecha por los que conocen al dedillo las tradiciones y las consejas locales, ni por los colaboradores de *El Averiguador Universal*, que cumplen á conciencia el precepto de «enseñar al que no sabe,» me ha obligado á reflexionar, haciéndome otras que son naturales secuelas. ¿Por qué se puso en la torre de San Juan esa colosal figura? ¿Es capricho del artífice, sin idea preconcebida, ó se quiso perpetuar con ella la memoria de un personaje ilustre, hijo de la ciudad misma?

Parece indicar lo segundo la forma corpórea, el esmero con que está forjada, revelando las dotes artísticas nada vulgares del autor, y la misma actitud arrogante del caballero armado. El nombre y apellido con que es conocido ofrecen nuevo indicio de que se intentara conmemorar á un personaje digno de pública estimación y remembranza; pero aparte de no ser costumbre colocar las estatuas de hombres célebres en tal situación y altura, ni fabricarlas de un material tan tosco como el hierro, la tradición, que suele conservar las más antiguas noticias, nada dice del supuesto caballero.

¿Existiría en la ciudad, al tiempo de inaugurarse la veleta, algún estirado hidalgo con cuyo nombre la bautizara el vulgo malicioso?

Resuelto á penetrar el misterio, me ha conducido Pedro Mato á registrar tantos libros y papeles, y en ellos he apren-

dido cosas tan peregrinas, que me ha parecido no ser tiempo perdido el que empleaba en hilvanarlas, y por ende, más que á mí, deberá á su veleta Zamora tener una medio historia, base para que otro escriba algun dia la historia entera (1).

Como la estatua tiene pedestal, organismo y voz en la torre, el reloj y la campana, pienso que es inseparable la relacion de la existencia de las partes, y la voy á empezar... por el principio; esto es, por los sillares de la mole granítica, cimentados en época que envuelve una niebla impenetrable, porque los fundadores, afanosos de los grandes hechos, no gastaban el tiempo en escribirlos.

---

Así que hubo arrojado á los moros al otro lado del Duero, quiso D. Fernando I de Leon hacer en Zamora un valladar impenetrable, levantando fortísimos muros. Trabajaron sin descanso multitud de alarifes en los años de 1057 á 1063, y entre las torres de seccion circular que guarnecian y flanqueaban el recinto, se alzó una en este sitio, que presenció el asedio de D. Sancho el Fuerte; que acaso sufrió acometidas y asaltos.

El circuito se ensanchó en el siglo XII, alcanzando á la calle que todavía se llama de Tras-Castillo: se abrió la *Puerta Nueva* sobre la plaza actual; á su lado se erigió el templo que sigue nombrándose de San Juan de Puerta Nueva, y como en la época las más de las iglesias tuvieran el doble carácter de fortalezas, reconstruida la torre sobre planta cuadrada, así servia para llamar á los fieles con las campanas á la oracion, como para reunirlos á son de rebato en defensa de la puerta. Muchos años pasaron ántes que el crecimiento de la pobla-

---

(1) No perderé esta ocasion de consignar mi gratitud al que, firmándose S. M. R., contestó con frases galantes en *El Averiguador*, tercera época, número 3 de Marzo de 1876, indicándome la existencia de noticias de un médico llamado Pedro Mato, de que haré mencion.



cion y la distancia cada vez mayor de la frontera de los árabes exigiera un tercer ensanche en la cintura, que oprimía á los vecinos y que ya les habia obligado á levantar viviendas en los *valles, burgos ó arrabales*.

La torre quedó dominando estas habitaciones, separadas del muro por un espacio ú zona polémica que más adelante vino á ser la plaza mayor, y aunque no consta en los anales, debió por esta razon jugar un papel importante en las frecuentes revueltas del reino. Júzguese lo que valia la posesion por la carta que el rey Enrique IV escribió á su corregidor en 1466, primer documento que he encontrado en que de una manera precisa se mencione:

«El Rey.

Alfonso de Zayas, mi Corregidor en la cibdad de Zamora. Porque cumple así á mi servicio e al bien e paz e sosiego de sa dicha cibdad, conformaos con el Mariscal Diego de Valencia e con Juan de Porras, e trabajad mucho que esté en paz e sosiego; e si esa torre de la iglesia de Sanct Juan pudiéredes haber sin escándalo, mucho bien seria, porque no esté fortalecida. Así en eso como en todo mirad mucho e juntaos con estos susodichos, porque se faga mi servicio. De Segovia a ocho de Febrero año de LXVI. Yo el Rey—Por mandado del Rey—Johan de Oviedo—(Sobrescrito) Por el Rey—A Alfonso de Zayas su Corregidor en la cibdad de Zamora» (1).

Mucho ántes de esta fecha debió instalarse el reloj, modificando en lo que fuera necesario la parte culminante de la torre; sabiendo que en los últimos años del siglo XIV y primeros del XV se colocaron los relojes de Sevilla, Barcelona, Búrgos, Olite y Uclés, es de presumir que ciudad tan principal como Zamora no quedaria rezagada en la instalacion de máquina tan útil, acreditándolo en alguna manera la circunstancia de estar vieja y gastada el año de 1476, contrariando los proyectos del Rey de Portugal, pues, segun cuenta el cronista Hernando del Pulgar, «porque el reloj de

---

(1) El original en el archivo del duque de Alburquerque, en Madrid.

la ciudad andaba errado y dió las tres horas, debiendo dar la una, se frustró la vista» (1).

¡Cuán cierto es que las más pequeñas causas producen incalculables efectos! A estar en buena marcha el mecanismo, hubieran conferenciado en mitad del Duero los Monarcas que, con fuerzas equilibradas y derechos dudosos, aspiraban á la soberanía de los reinos de Castilla y de Leon; acaso llegaran á la transaccion, cediendo cada uno un tanto en sus inseguras pretensiones, en vez de resolverlas, como á pocos dias sucedió, en la batalla de Toro; de suerte que el alma de Pedro Mato vino á influir en la unidad de España, en el descubrimiento de América... en la marcha del mundo.

En los libros de acuerdos del Ayuntamiento existen muchos que permiten conocer las vicisitudes de nuestro objeto desde el año de 1512, en que, compuesto ó reparado, corria á cargo del relojero Diego Hanequin, nombre que suena á flamenco, abonándole la ciudad salario anual, en virtud de escritura que de tiempo atrás habia firmado, con el compromiso de reponer las piezas que por el uso se inutilizaran, y *dar la Queda* por las mañanas á los obreros y otra vez á la noche, para que á la última campanada tomaran las armas los alcaldes y peones de la ciudad que habian de velar por la seguridad pública.

Se tocaba tambien la campana en las solemnidades públicas, y esto fué causa de que se rajara en ocasion de obligarla á vibrar demasiado el año de 1515, con mucho sentimiento del vecindario. Al punto trató el Regimiento de mandar fundir otra, dando pregones en Valladolid, Medina y otras poblaciones, invitando á los maestros de fundicion á presentar proposiciones; y siendo ventajosas las del campanero Juan de Güemes, con la correspondiente escritura que fijaba la hechura y el metal, siendo de su cuenta y riesgo subirla á la torre, procedió á formar el molde y á las siguientes operaciones de su oficio. Francisco de Toro, campanero muy acreditado de Olmedo, reconoció la obra de Güemes, que estaba

---

(1) Véase capítulo XXIV.

bien hecha; entre ambos dirigieron la maniobra de subirla á la torre; la nivelaron y reformaron el *badallo*, porque no era tan sonora como la antigua, asegurando que así que hiciera asiento y se puliera la superficie interior, aumentaría el sonido, para conseguir lo cual no había más que tañerla un poco todos los días.

Tal sería la fé con que se practicaba el remedio, que se abrió la campana sin estar recibida, perdiendo Güemes el tiempo y el trabajo: el Ayuntamiento no le abonó, por equidad, más que el costo de la subida á la torre, la bajada después de rota y la reinstalacion de la refundida, ya que ésta resultó buena y se estrenó con lucimiento el 17 de Setiembre de 1517, con celebracion del arribo á España del Rey don Carlos I.

Habia pasado á mejor vida el relojero Hanequin, sustituyéndole Diego de Robles, que así cuidaba de la máquina como de los candados de la casa municipal, en su doble cargo de cerrajero, bien que juntos debían andar por aquellos tiempos, pues aparecen cuentas de herrajes satisfechas á Juan Cay, Tibal y Atilano Pinzon, los dos primeros extranjeros, y todos ellos sucesores de Hanequin, en el órden en que van nombrados. Robles emprendió en 1537 una recorrida de los engranajes durante la cual, no habiendo otro reloj en la ciudad, acordaron los regidores, consignándolo en acta, «que mientras no anduviese, no se impusiera pena á los capitulares que llegaban tarde al Ayuntamiento.» En esta oportunidad se volvió á fundir la campana y se reformó la parte superior de la torre cubriéndola con cinco chapiteles, uno grande central, y cuatro pequeños en los ángulos, que descansaban sobre cuatropilares. La campana, pendiente del chapitel, quedaba entre los cuatro pilares, más desahogada que con las ventanas que anteriormente había, con mejor sonido por consiguiente, y con ménos exposicion de quebrarse. Con todo, aleccionados por la experiencia, ordenaron los señores del Regimiento que se hiciera *una mano de madera para cuando se soltara el reloj en las fiestas*, y que no se diera *la Queda* con la campana grande, fundiéndose otra especial de ocho ó nueve quintales para este uso. Hizo el chapitel por contrata el

carpintero Pedro Rodriguez, y fundió las campanas Fernando de Palacio, resultando la grande, por juicio de peritos, *una de las más insignes del reino*. En las fiestas del parto de la princesa (1545) se *soltaron* el reloj y la Queda en tañido alternado, fundando precedente para todos los regocijos sucesivos, de donde se originó el proverbio.

Fiesta zamorana,  
Reloj y campana.

Por novedad desagradable, no habiendo calculado bien la resistencia de los materiales que habian de soportar el peso enorme del metal, empezó á cuartearse la torre tan de repente, que sin tiempo de acudir al remedio, se arruinó una parte, y quedaron en inminente riesgo la iglesia y la plaza (1559), siendo preciso apear á toda priesa la campana. La máquina del reloj se instaló por de pronto en la torre de Santa María la Nueva, con un esquilon que diera la hora, y como no la oían más que los vecinos inmediatos, clamaron los otros al Regimiento, que no sabia qué determinar; trató de montar la campana grande en Santa Olalla, fortificando la torre; pero informaron los alarifes que no era prudente subirla á ninguna de las iglesias de la ciudad, desechando tambien el proyecto de colocarla en el Consistorio, por costoso, y el de armar un aparato provisional de suspension en la plaza; de modo que estuvo muda la ciudad veinte años, plazo que emplearon los maestros de cantería Pedro de Ibarra y Martin Navarro en desmontar el cuerpo alto de la torre y reedificarlo sobre la base construida en el siglo XII, y el maestro carpintero Diego Camaron en labrar y poner el chapitel, obra la última de larga historia, por mal genio del regidor D. Fernando de Ledesma, inspector, y poca escrupulosidad de Camaron, que por rareza dejaba de dormir en la cárcel cada mes. El costo ascendió á 421.000 maravedises echados en sisa con autorizacion real, pasando á ser la torre del cargo exclusivo del Ayuntamiento, que afirmó el derecho de propiedad por medio de instrumento público, convenido y firmado con el párroco de San Juan (1570), y tomó la posesion, poniendo puerta de roble «con llave fuerte y de buenas

guardas, que no puedan falsear, para que el reloj no se toque sin orden de la ciudad.»

Reconocida la obra por el maestro Juan Rivas, al darla por concluida, con informe de letrado, se dió mandamiento de prision contra el asendereado carpintero Camaron, que no habia sabido dar gusto á los señores regidores. La campana parecia ahogada, siendo tan lleno el sonido natural suyo; era un dolor haber consumido los fondos de Propios con tan deslucido resultado. Tal era al ménos la opinion de los capitulares, que estudiando con madurez el asunto, determinaron celebrar contrato nuevo con Camaron, exigiéndole fiadores, deshacer el chapitel y reconstruirlo, despues de abrir en la torre cuatro ventanas grandes. Esculpidos los dos cuarteles de las armas de la ciudad en los sillares nuevos, se grabó la fecha en inscripcion que ocupa los dos ángulos de la cara que mira á la plaza, en la original forma que copio, advirtiendo que las líneas de puntos indican la union de las andanas de sillares:

|                     |         |
|---------------------|---------|
| ESTA OBRA           | CORRE   |
| .....               | .....   |
| NDO HA              | YLLS    |
| .....               | .....   |
| LA ILL <sup>M</sup> | AN COE  |
| .....               | .....   |
| DE ZAM              | VG      |
| .....               | .....   |
| REYN                |         |
| .....               | .....   |
| EL REY D            | O DE JA |
| .....               | .....   |
| LLIPE S             | EN      |
| .....               | .....   |
| 1586.               |         |
| .....               | .....   |

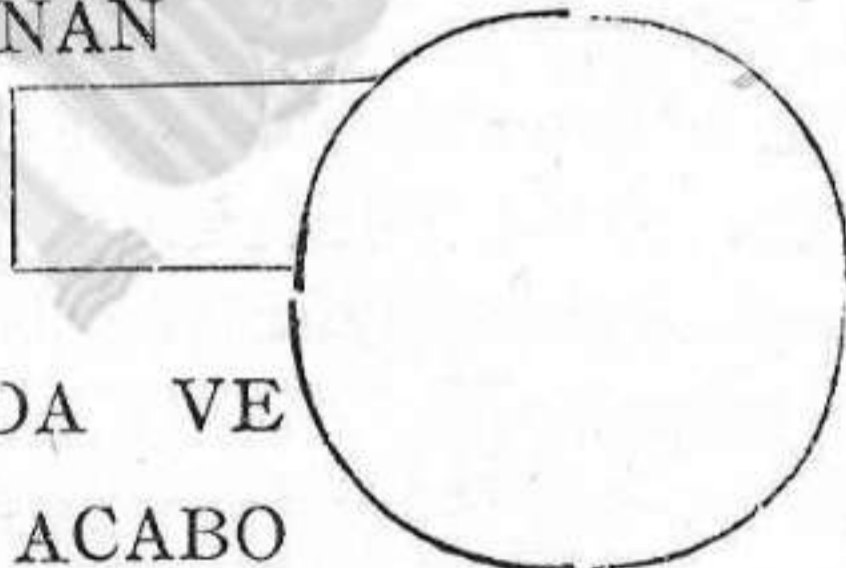
Inscripcion muy borrosa, que me ha costado más trabajo ver que descifrar así:

*Esta obra mandó hacer la ilustrísima ciudad de Zamora, reinando el Rey don Felipe segundo, año 1586. Siendo corregidor el ilustrísimo señor don Juan Coello de Portugal, vecino de Jaen.*

En la solemne procesion de rogativa que por orden del Rey se hizo en 1588, por el suceso de la armada contra Inglaterra, acordó el Regimiento *que se suelten y anden los dos relojes* (reloj y Queda), pero siguió manifestándose poco satisfecho de la obra; la mandó deshacer segunda vez, y que se variase la suspension de la campana, cambiándola de sitio y poniéndola más elevada, reforma que no se terminó hasta 1593.

Exigió á su turno compostura la máquina del reloj, que, segun informe del regidor Gaspar de Ledesma, *estaba muy bellaco*, y de paso se construyó chapitel nuevo por el arquitecto Hernando de Nates, que percibió 900 ducados, dejando la obra *en toda perficion* (1605). La ciudad encargó *mano y argumentos* «para que, como cosa tan pública, la torre quedara muy buena, *haciéndole* un letrero con el nombre del corregidor y lo demás que pareciera conveniente á los comisarios.»

Se puso esta segunda inscripcion entre las dos columnas que forma la anterior, y habiendo sido cortada posteriormente para abrir hueco á la esfera de reloj, sólo se lee:

|          |  |          |
|----------|--|----------|
| REINAN   |  | ESTA ZI  |
| VI       |  | DO CORE  |
| XI       |  | Y ABELLA |
| NEDA VE  |  | DE CORDO |
| BA ACABO |  | o6.      |

*Reinando Felipe III, esta ciudad mandó hacer esta obra, siendo corregidor don Antonio de Bañuelos y Abellaneda, vecino de Córdoba. Acabóse 1606.*

Un memorial de Tibao Pinzon, fechado en 1621, hace saber que su padre y él habian servido ciento treinta y ocho años seguidos de relojeros á la ciudad, aderezando varias piezas de la máquina, con salario de 4.000 maravedises

anuales. Por estos servicios se le aumentó á 6.000, que percibieron despues de sus dias Juan Blanco, Francisco Suarez y Francisco Perez, sucesivamente. Los alarifes Diego de Lanzagorta y Santos Parada y el maestro Jerónimo de Oviedo tuvieron á su cargo las reparaciones de la torre, y Pedro de Sepúlveda, rejero y cerrajero, cuidó *de los argumentos de hierro*: las obras se limitaron á la conservacion, hasta que se reconoció (1642) que las maderas estaban podridas, pidiendo urgente reemplazo los pilares y el chapitel.

Trazados los planos, remató la obra de madera el referido maestro Oviedo, y para *los argumentos* se entendió el comisario D. Juan Lopez de Valencia con Sepúlveda, ofreciéndole 800 reales sin conseguir que el cerrajero bajara nada de los 900 que tenia pedidos; en consecuencia, extendió la escritura el escribano Antonio de Rueda (1642), fijando esta condicion con las que debia tener el caballero destinado á coronar la obra. El dia que parezca la escritura, olvidada en uno de los protocolos de Zamora, podrá saberse si el *argumento* nuevo era renovacion de la forma de los antiguos, pues probado está que existieron otros anteriores, sin llevar nombre especial. Que no lo tenia por de pronto el que se encargaba, se advierte por el encargo y ajuste, claras indicaciones de que se trataba de un símbolo, de un asunto en epítome, de la representacion ostensible de una idea, cuyo intérprete ya conocemos, gracias al Regimiento, que mandó escribir en sus libros el nombre de Pedro de Sepúlveda, artífice digno de figurar por su mérito al lado de los Villalpando y de los otros rejeros que fabricaron esas maravillosas cancelas de Toledo, Búrgos, Segovia y Zamora misma.

Fué orgullo de los zamoranos esa noble figura, cuyo arnés dorado á fuego enviaba el reflejo del sol á los pueblos situados á la izquierda del Duero, siendo el primer objeto que heria la vista del viajero en cualquier camino que le llevara á la ciudad. Tan bella parecia la torre, que pretendió dedicarla á la Vírgen un vecino, de nombre Antonio Alvarez Villadiego, brindándose á costear una pintura al óleo que llenara el marco de piedra que aún se ve en el lado de la plaza; á dorar el cerco y las manos del reloj, y obtenido el permiso de los se-

ñores capitulares, mandó pintar en efecto (1) una grandiosa imágen de *Nuestra Señora de la Anunciada* (1650).

La mala calidad de las maderas, ó la circunstancia de haberlas empleado verdes y cortadas en mala sazón, abrevió la vida del chapitel, cuyo mal estado se reconoció (1669) en un término relativamente breve. No sé por qué razón se oponían los maestros á que fueran de sillería los cuatro pilares, construyendo de negrillo los dos que miran á Oriente. Juan de Quintas, chapucero, los forró con hoja de lata para preservarlos de las aguas; la obra de la techumbre fué rematada por los maestros Pedro de Perez y Martin de Abarcia (1684), y habiendo muerto el primero ántes de concluirla, la siguió su hijo Antonio Perez, en quien recayó el título de maestro de obras de la ciudad. Valentin Fraile, cerrajero, hizo los balcones de hierro que se pusieron por barandilla de pilar á pilar, pagándole aparte la ciudad 884 reales *por los calzones nuevos que hizo para Pero Mato con sus chabetas, la vara con su cruz, todo de hierro, la bandera de cobre, que pesó ocho libras y media, un arco con cuatro piezas para recubrir la piedra donde se asentó la estatua, con otras piezas y el plomo para formar dos postes de negrillo que están con los dos de piedra teniendo el chapitel y campana.* Al mismo tiempo (1686) se hizo libramiento de 320 reales al espadero Alfonso de Villafañe, con el que se habia concertado *limpiar, dorar y platear la estatua de Pero Mato y ponerla encima del chapitel en el mismo sitio donde estuvo muchos años.* Continuando las cuentas, en otras partidas se abonan á Fraile 1.320 reales por la cubierta de plomo, y otra cantidad por las ruedas y piñones que hizo para la máquina del reloj.

Es la primera vez que en documento oficial, como es un acta del Regimiento, suena el nombre de Pero Mato, que resume *los argumentos*, segun indica un memorial del citado Valentin Fraile, el compositor de los calzones, alegando que como cerrajero con título de la ciudad le correspondia *aderezar los argumentos del reloj*, obra que pretendia hacer Francis-

---

(1) No consta el nombre del pintor.



co Paler. Servia el cargo de relojero simultáneamente con el de maestro de niños Juan Perez Collar de Llano, persona muy estimada, que vivió cerca de cien años.

Hasta mediados del siglo siguiente no se volvió á tocar la torre, prueba de que esta vez se hicieron á conciencia las reparaciones. Uno de los regidores propuso, como medio entre los mejores de conservacion, que se quitara la lengüeta de la campana, porque se abusaba demasiado *soltando el reloj* en todas fiestas, se paraba y descomponia la máquina con el movimiento y habia continua exposicion de quebrarse la campana. La mocion fué desechada, acordando los capitulares que se entregara la llave de la puerta á uno de ellos y no se tocara sin su permiso; mas como á los mismos regidores acudian las autoridades, las cofradías, las señoras *con petition de reloj* á cada paso, volvieron sobre los acuerdos contrarios, *dándole á uno y dos bordes*.

Bernardo Baltar, artífice, reformó la máquina para que diera medias horas y cuartos (1749), por la gratificacion de 100 ducados, que fueron de poco provecho, porque siendo la máquina vieja, con la complicacion de ruedas andaba más desacertada. Francisco Francos, vecino de la ciudad, hizo otra nueva con medias horas por la cantidad de 6.500 reales (1767) y nombramiento de relojero á favor de su hijo Pedro. El éxito no fué proporcionado á los ofrecimientos, pues que necesitó reconocimiento y composturas en que intervinieron aún Juan Lombard, fundador de la nueva serie de relojeros zamoranos, José Ordoñez, José Aguado y los Francos, padre é hijo, aunque, á decir verdad, el campaneó era causa principal de las perturbaciones del mecanismo. Por entónces (1768) se renovó el sobre-dosel de Nuestra Señora de la Encarnacion, por hallarse desgajado, amenazando los tejados de las casas de la plaza.

Cumpliendo la prediccion del regidor, que habia propuesto quitar la lengüeta, se rajó al fin la campana (1788), siendo preciso que un hombre sonara la hora en la Queda, por no haber todavía otro reloj en la ciudad. Distaban ya mucho los recursos del municipio de los que tuvo antaño, para pensar en inmediato reemplazo; gracias á que consin-

tieran sustituir los pilares de negrillo, como lo hizo el maestro Castellote, y componer la máquina, importando 300 ducados la cuenta de Lombard (1801).

Es raro que durante la dominación de los franceses, cuando exprimían los bolsillos del vecindario en su provecho, se refundiera la campana; la falta de papeles de esta época deja en oscuridad los trámites que condujeron á este resultado; lo cierto es que no solamente no se opusieron los invasores, sino que, por el contrario, ayudaron á la fundición, ofreciendo generosamente para ella una campana de 40 arrobas del monasterio de San Jerónimo, donde estaban instalados, sin contar, por supuesto, con la voluntad de los monjes, que andando el tiempo reclamaron indemnización, sin obtenerla. Cuando evacuaron la plaza (1813), no estaba todavía concluida, colgando de la torre otra provisional, que fué la que sonó en albricias de su marcha y en regocijo por el regreso del deseado Rey Fernando VII.

El día de la Ascension del Señor (1814), queriendo celebrar, al mismo tiempo que la redención del género humano, la supresión de *los llamados años* que S. M. acababa de decretar, mientras las doncellas de San Antolin y San Estéban (1), rodeando á la imágen de la Virgen de la Concha, precedían á los entusiastas realistas, que en carroza dorada arrastraban el retrato de Fernando el amado, dando el cortejo vuelta á la plaza, disparados el reloj y la Queda, un trueno horroroso puso en dispersion á la gente, acalló las campanas y cambió en susto la expansion general. Habia caido sobre la torre una chispa eléctrica, que por fortuna no tocó á los imprudentes que la llamaban con la vibracion del metal. La recibió valiente Pedro Mato en la punta de la lanza, girando de una manera desusada con el choque.

Subiendo los maestros Diego Perez, Antonio Fontela y Manuel Sipos, informaron que la fábrica estaba cuarteada y sentida, y que habia que apuntalar al momento, como se hizo, el chapitel, poniendo aspas por refuerzo de los pilares. Por

---

(1) Véase capítulo XXXV.

consecuencia, se vió obligado el municipio á una obra de consideracion, así para consolidar la cantería como la cubierta de madera, sin contar con la máquina del reloj, que la exhalacion habia inutilizado por completo, y cuyo reemplazo por otra nueva, construida por Pedro Márcos Gonzalez (1820), le costó 12.000 reales.

Acabada la restauracion en no poco tiempo (1825), se concertó la subida de la campana fundida en tiempo de los franceses con el maquinista Santiago Montanera, en precio de 8.000 reales, por el cual se comprometia á vencer las graves dificultades de la operacion y á instalar un aparato por medio del cual tocara el reloj automáticamente las 33 campanadas de la Queda, en todo lo cual salió airoso; y habiendo pedido los vecinos que ántes de subir la campana *se quitase el letrero que tenia*, es de presumir que luciera inscripcion laudatoria del rey José Napoleon, el nombre del general gobernador francés, con cualquiera adicion mortificante al patriotismo de los solicitantes. De cualquier modo, es de sentir que de éste, como de tantos otros datos, no se tomaran apuntes. La destruccion de estátuas, símbolos, leyendas, que se repite en cada revolucion, no sirve para otra cosa que demostrar la ignorancia y los malos instintos de los que ejecutan esos actos vandálicos; la historia conserva los recuerdos que inútilmente pretenden borrar.

Con letrero ó sin él, la campana, de cuyo número he perdido la cuenta, y que llamaré la francesa por darle algun nombre, pereció como las anteriores, por el sacudimiento extremado á que con frecuencia estaba sometida, y al apearla, se desmontó el chapitel, descendiendo el caballero Pedro Mato hasta el claustro de San Juan, donde no hubo muchacho que no le hiciera visita de cortesía. Ingrata con él la ciudad, no renovó, como en 1686, el oro de la armadura, ni guarneció la lanza con punta de platino conductora de la electricidad al pozo de la iglesia; cumplió con ordenar á un señor Jeromo, pintor de brocha gorda, que extendiera una capa de color negro sobre el óxido producido por la intemperie, y volvió á su puesto de honor, para seguir sirviendo de centro al círculo de los vencejos en verano, de blanco de la

helada en el invierno, de consejero fiel en todo tiempo para coger ó guardar el paraguas, abriendo esta campaña en 1852 con la honra que se concede á los generales de anunciarla en la *Gaceta* (1). La campana refundida pesó 298 arrobas, y se encargó de subirla el arquitecto de la ciudad D. José Perez, salvando ingeniosamente la dificultad que ofrecen las casas de la plaza, más salientes que la torre, con aplauso de la mucha gente que presenció la maniobra.

Y aquí acabaría por ahora la historia de Pedro Mato, si lo escrito contestara á las preguntas del principio: está averiguado el autor que forjó la veleta, el precio en que la hizo, la fecha en que se instaló entre las nubes; mas despues de todo, ¿por qué se llama Pedro Mato? Hay que volver por precision al terreno del raciocinio. La ciudad quiso hacer *un argumento* de la historia que perpetuamente la recordára á sus hijos: la historia se condensa en el blason; el primero, en las armas de Zamora, es el brazo de Viriato sosteniendo la seña; luego el argumento encargado á Pedro de Sepúlveda no fué otro que el del escudo de armas puesto en el alto. Con licencia de artista aplicó el rejero el todo por la parte; en vez de un brazo colosal armado, cual lo pintan los heraldos, pensó, con razon, en el mejor efecto del guerrero á que el brazo pertenece, é hizo á Viriato, ataviado, á la verdad, de un modo que no soñaron los lusitanos que guiaba al combate contra las regiones romanas; pero no más exactos en indumentaria ni en cronología andaban los más afanados pintores y escultores de su tiempo; y es tanto más disculpable el anacronismo de Sepúlveda, ya que ántes de él se dibujaba y se sigue dibujando todavía el brazo del escudo de Zamora armado con las piezas de armas del siglo XV ó XVI, que puso á la estatua.

No hay que olvidar que el artífice se llamaba Pedro; que Mato y Viriato poseen terminacion comun; que el Regimiento no dió nombre á su idea, y que el pueblo, amigo de expresar-

---

(1) En la de 2 de Diciembre.

las á su modo, es fecundo en invencion de palabras con elipses, contracciones y trasposiciones (1).

Queda, sin embargo, que considerar si por aquellos tiempos existia en Zamora persona que, sin recurrir á modificacion, por semejanza, actitud ó circunstancias, prestara el nombre á la figura. La duda me ha llevado á examinar otros papeles en que ciertamente aparecen nombre y apellido juntos y separados.

Ejemplos:

Peramato, rico vecino de la ciudad, hizo para los pobres un empréstito de granos el año de 1546, que lo fué de mala cosecha y carestía.

El licenciado Juan Lopez de Peromato instituyó en 1577 una fundacion pía en favor de los niños de la doctrina.

Don Lope de Peramato, mayordomo de la cofradía de caballeros nobles de la Candelaria, entendió en contratos y obras ejecutadas en la parroquia de San Cipriano en 1589.

Peromato fundó con varios censos y heredades dotes para doncellas huérfanas en 1606.

Gonzalo de Peromato era cofrade del Corpus Xpti. de los caballeros de Zamora en 1627.

En muchas escrituras de pertenencias y apeos de tierras del término de la ciudad y pueblos inmediatos se fijan linderos con tierras de Peromato, correspondientes á vínculo y mayorazgo de este nombre, que hoy (1881) posee la señora marquesa de Espeja, duquesa de Valencia.

En ninguno de estos caballeros aparece indicio que se relacione con el Viriato de la torre: todos procedian de un linaje noble, nombrado con las variantes apuntadas Peramato, Peromato, y con estas otras, nada extrañas en época en que la ortografía no tenia fijeza: Per Amato, Pero Mato. Quedan aún dos personajes famosos por distintos conceptos, que requieren párrafo especial.

---

(1) En Astorga existe otra veleta con el mismo nombre de Pedro Mato, que representa á un *Maragato*. Si es anterior á la de Zamora, que lo dudo, pudiera haber influido en la adopcion del nombre.

Isabel Perez de Peromato, vecina de Zamora y viuda de Aparicio de Zubia, dirigió una peticion al reino, reunido en Córtes en Madrid el año de 1566, ofreciendo decir y declarar los componentes del aceite medicinal que su difunto marido y ella hacian, y el método de la operacion con que maravillosamente curaba á los heridos, si por ello se le hacia alguna merced. Las Córtes comisionaron cirujanos, entre ellos el Dr. La Gasca, del Consejo de S. M., para ensayar las propiedades de tal aceite é informar de su eficacia, y de resultados concedieron á la inventora una pension vitalicia de 60 ducados anuales, y que del modo de hacer y usar este aceite se imprimieran 2.000 ejemplares para que los procuradores los distribuyeran en sus provincias, siendo de advertir que los de Zamora se negaron á votar la pension (1).

Que el asunto hizo ruido se advierte por la misma investigacion de las Córtes, y además en la *Miscelánea de Zapata*, publicada en el *Memorial histórico español*, tom. XI, pág. 355, se dice, tratando de invenciones:

«De agora (1592) fué la admirable invencion del aceite de Aparicio, con que hacia maravillas grandes, á quien por envidia echaron del reino médicos y cirujanos, como si fuera cosa nueva. En la Sagrada Escritura me parece que he visto esta manera de cura en dos partes; en el Testamento Viejo dijo un profeta: ¡Oh ciudad despedazada, que no has hallado quien te cure con vino y con aceite! Y en el Testamento Nuevo dijo nuestro Señor que cayó uno en las manos de unos ladrones, al que no quisieron curar fariseos, y le curó con vino y con aceite el publicano; que el curar con estos dos licores no fué cosa nueva, mas cuál hubiese de ser este aceite, y con qué cosas se habia de confeccionar, fué cosa nueva el hallarlo.»

Don Quijote experimentó este casi divino medicamento á

---

(1) *Actas de las Córtes de Castilla*, tomo III, pág. 545. Consignan la historia de la peticion y copian la receta. Tambien se encuentra ésta en el *Formulario universal ó guía práctica del médico*, etc., por D. Francisco Alvarez Alcalá.

raíz del temeroso espanto cencerril y gatuno en el discurso de las aventuras de la enamorada Altisidora. El concienzudo historiador de sus malandanzas no pasó en silencio esta importante aplicación, escribiendo:

«Quedó Don Quijote acribado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador. Hicieron traer *aceite de Aparicio*, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido» (1).

En esto se echa de ver la régia hospitalidad que los duques dispensaban al hidalgo manchego, pues que ya por entonces decía un proverbio *Caro como aceite de Aparicio*, para significar todo aquello cuyo costo era muy subido (2).

Si á la Peromato ó á su aceite echaron del reino médicos y cirujanos, porque «nadie es profeta en su tierra,» no debió ser grande el crédito que alcanzó en Zamora la inventora, justificándolo la negativa de los procuradores de la ciudad á votar la pensión, no obstante el informe favorable de doctores tan autorizados. Es posible que al saber la fama que el elixir cobraba en toda España, pensaran por allí los incrédulos que las heridas que curaba bien, eran las que hacía la lanza ó la espada de Pedro Mato, tan afilada como la de Bernardo.

El otro personaje aludido es un doctor en medicina, graduado en Salamanca. Vidal, en su *Memoria histórica de la Universidad* (pág. 473), hace gran elogio de su ciencia y lo supone portugués; Hernandez de Morejon lo menciona también en la *Biblioteca médica* como uno de los doctores que honraban la memoria del siglo XVI, pero sin darle aquella nacionalidad: fué autor de los libros *Opera medicinalia*, impreso Luciferi Fano en 1576, en folio, y de *Pleuritude et Caco-chimia*, el mismo año; llámanle uno y otro Pedro de Peromato, y el último dice que fué graduado en Salamanca. En el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, publi-

(1) *Quijote*, parte II, cap. 46.

(2) *Florilegio ó ramillete alfabético de refranes*, por D. José M. Sbarbi. Madrid, 1873.

cada por los Sres. Zarco del Valle y Sancho Rayon, se menciona con el número 580, tomo I, un *Libro de las cosas notables que han sucedido en la ciudad de Córdoba y sus hijos en diversos tiempos*, y entre las noticias del siglo XVI, contiene la de un doctor Pedro Mato, natural de la misma ciudad de Córdoba, médico del duque de Medina-Sidonia, que mató á su mujer (1). El ser los tres de la misma época, con más las coincidencias de cursar en Salamanca y de estar á sueldo del duque de Medina-Sidonia, inducen á creer que se trata de una misma persona, de la familia de Peramatos de Zamora, lo que no quita que estuviera sucesivamente avecindado en Lucena, lugar de la impresion de sus obras; en Córdoba, donde fué *médico de su honra*; en cualquier punto de residencia del magnate á quien servia. La relacion del trágico suceso, que muy bien pudo llegar á manos de Calderon, dándole argumento para una de sus concepciones, se halla en la Real Academia de la Historia, cual la copio, salvo ligeras variantes de frases harto ingenuas en el original:

«Pedro Mato fué natural de Córdoba, hijo de padres ricos y honrados, y hoy dia se conoce por las casas famosas y heredades que poseia, en las cuales casas, por ser tan grandes, se representan las comedias, reservando hoy dia el nombre de su señor. Despues de sus estudios se casó con una señora llamada doña Beatriz; el sobrenombre se deja por no afrentar á los vivos; basta saber que se decia Beatriz, porque de ordinario son hermosas, aunque desdichadas. Era, pues, esta señora adorada de su marido y servida de sus criados con el cuidado que su señor selo mandaba. Estuvieron algunos años con mucho gusto; tuvieron dos ó tres hijos. Su casa está en lo alto de la ciudad, de donde se descubre gran parte de ella. Cuatro casas cerca de la suya vivia un caballero, y desde los terrados se comenzaron á tratar y á dar las buenas noches, y poco á poco hizo el diablo de las suyas. Tratábanse ya y visitábanse con amistad maliciosa; fué necesario contar con una criada, que fué la que encubria la maldad. Un dia, llevada es-

---

(1) Noticia del anónimo colaborador, ya citado, de *El Averiguador*



ta señora de una impaciencia de las que las mujeres suelen tomar, sin acordarse que sabia sus desenvolturas, tomó un palo y la trató muy mal de obra y palabra, y tanto se extendió, que la queria matar, segun habia tomado de veras el castigarla. Alborotóse la casa, y todos deseaban que viniera el doctor para que se la quitase, porque todos los de la casa no habian sido poderosos para ello. Estando en este alboroto, entró el doctor, y viéndola sonrojada con el agitacion y pesadumbre, le dijo que no hiciese ella aquellos castigos, que era delicada y le podria hacer daño, sino que pues tenia criados, que los mandase á ellos y que la dejase, pues él se lo rogaba con muchas palabras de amor que la decia. La criada, hecha un demonio, viendo el mal retorno que la daba el secreto de sus maldades que ella guardaba, tomando algun aliento, le dijo á su señor que muy bien le pagaba su señora aquel amor que le mostraba, y le refirió el secreto y cómo por celos le habia dado los palos.

»Mientras estas cosas decia la criada, la pobre doña Beatriz tomó un manto y se fué al monasterio de las Recogidas, con que confirmó todo lo que habia dicho. Alborotóse con esto el doctor y toda la ciudad, tanto, que no se hablaba en toda ella de otra cosa. Estando en esto, y no habiendo más fundamento ni verdad que lo que habia dicho aquella criada, trataron de componerlos, y para esto pusieron al obispo Fresnedilla con otros muchos caballeros; al fin le supieron decir tantas cosas, que se rindió á todo lo que quisieron pedir. Pidióse algun seguro de que no la haria mal alguno, y así hizo una escritura en que daba su palabra de no herirla ni lastimarla con arma ninguna, y debajo de este pleito homenaje se la entregaron, acompañándola desde las Recogidas todos los caballeros que habian tratado del concierto.

»Recibióla el doctor con grandes muestras de amor, de suerte que todos quedaron satisfechos que duraria gran tiempo, y no se engañaran si no sucediera lo que despues sucedió. Fué el caso que pasados algunos años que estuvieron en paz, no saliendo la pobre señora jamás de la casa, adonde la decian misa y confesaba y comulgaba, llevando esta clausura y penitencia con harta paciencia, le pareció á un mal

cristiano que seria bien ponerle al pobre doctor un sartal de cuernos á su puerta, ó por vengarse del doctor, ó pareciéndole que con este accidente se iria de la tierra y sacaria de aquella clausura á doña Beatriz, y engañóse en todo, porque saliendo el doctor de su casa y hallando el sartal, quitólo de la puerta, y afligido y lastimado su corazon, fué y hizo sus visitas, y acabadas, se volvió á su casa, habiendo en este tiempo determinado matar á doña Bearriz, y por no ir contra el juramento que tenia hecho, determinó ahogarla. Tomó una toalla y entróse en el aposento donde la desdichada estaba, y le dijo cómo ella habia sido causadora de su deshonra, y que determinaba de quitarla la vida, pues con ella se acabarian tantas afrentas y trabajos como habia pasado. Enternecióse la pobre señora y pidióle por las entrañas de Dios se apiadase de su alma, ya que no tenia lástima de su cuerpo. No bastaron ruegos ni plegarias, y viendo la pobre señora la determinacion de su marido, le pidió un breve tiempo para pedir á Dios perdon de sus culpas. Ese se le concedió, y luego le echó la toalla al cuello y la ahogó; esto sin ruido ni alboroto. Tomó lo más precioso que tenia en su casa y se fué con ello á la Compañía, donde fué amparado de la justicia, la cual puso gran diligencia de prenderlo. Al fin se escapó de sus uñas por la industria de los mismos padres, y quedó tan agradecido á este beneficio, que los curó de balde toda su vida. Estuvo con el duque de Medina por su médico, con un gran salario, y despues vino á Sevilla, y fué tanta la fama y buena ventura que le corrió en su oficio; que ganó cincuenta mil ducados, que dió á una hija suya en dote, y á otra metió monja en Santa Clara de Córdoba. Este fin tuvo el famoso cordobés Pedro de Mato. Escribió unos libros de mucha gravedad, y tanto, que fueron estimados y lo han sido de todos los hombres doctos de nuestros tiempos, con grande opinion de muy doctos.»

Haga el lector las deducciones que bien le parezcan; por mi parte confieso, despues de lo escrito, que sigo ignorando por qué el ferrado centinela de Zamora se llama Pedro Mato.

CESÁREO FERNANDEZ DURO.



EL ESTUDIO  
DE LAS  
FERMENTACIONES  
EN SU RELACION  
CON LA HETEROGENIA, EL PANSPERMISMO  
Y EL POLIMORFISMO.

---



DESDE tiempos muy antiguos, desde los que podríamos llamar los albores de la ciencia, el hombre se ha preocupado por la observacion, por el estudio de esos curiosos fenómenos que acompañan á las descomposiciones espontáneas, ó sin causa aparente, que las sustancias de origen orgánico, vegetal ó animal, experimentan en contacto del aire ó de la humedad, y si bien no se ha explicado satisfactoriamente hasta la presente época estas alteraciones, ni en su origen, ni en su desarrollo, ni en su terminacion, ha procurado aplicar los resultados de ese imperfecto conocimiento á las necesidades de la vida y á la satisfaccion de deseos, de costumbres y de usos de muy antiguo origen. Como prueba de este aserto, nos bastará mencionar los procedimientos de embalsamamiento

puestos en práctica por los egipcios, á quienes podemos señalar como modelo, por los aymaras, pelucenches y aucas, en el Sur-América, y por los aztecas y toltecas en Méjico; y si tratáramos aún más de emitir pruebas, podríamos, remontándonos hasta el Antiguo Testamento, señalar la distincion establecida por los hebreos entre el pan con levadura y el pan ázimo ó sin ella, aparte del conocimiento que todos estos pueblos tenian de la preparacion y usos de los líquidos fermentados, líquidos usados como bebida por ellos, y cuyo uso moderno han podido hacer constar esos héroes de la ciencia que, con exposicion acaso de su vida, recorren nuestro planeta, investigando lo desconocido que aún conserva. El *saki*, ó infusion de arroz fermentada, usado por los japoneses, chinos, annamitas, laotianos y stiengs, como lo confirman las relaciones del baron de Hubner y de E. Monhot; el *pombé*, especie de cerveza obtenida por fermentacion de la infusion del sorgho (*Holcus sorghum*) y usada entre los pueblos del centro y Sur del Africa, segun nos lo demuestran las afirmaciones de Barth, Burton, Speke, Livingstone y Stanley; el *arack*, usado por los malayos, segun madama Ida Pfeiffer; el *vino de palmera*, el *pulque* ó *mezcal*, y otros muchos que podríamos citar, prueban plenamente nuestro aserto de que, si bien el conocimiento científico de las fermentaciones es muy reciente, el uso de sus productos y la preparacion de éstos es tan antiguo, acaso, como la humanidad.

Sentados estos ligerísimos datos históricos, si así podemos llamarlos, para que nos sirvan como de introduccion al breve estudio que vamos á hacer, ¿qué podemos entender por fermentaciones? ¿Qué definicion dá la ciencia moderna de estas curiosas acciones, tan importantes y tan desconocidas á la vez hasta el presente siglo?

Desde el hecho ya observado por Aristóteles en su *Historia de los animales*, de que «todo cuerpo seco que se humedece y todo cuerpo húmedo que se seca produce animales, siempre que sea susceptible de alimentarlos» (1), la

---

(1) Aristóteles: *Historia de los animales*.—Traduccion francesa de Camus, 1783, tomo I.

suposición de la generación espontánea ha venido íntimamente unida á la explicación de la descomposición espontánea de las materias orgánicas.

Los estudios posteriores llevados á cabo en 1330 por Petrus Bonus de Ferrara, en 1648 por Van Helmont, en 1664 por Wren, en 1659 por Silvius de la Boë, en 1675 por Lemery, en 1678 por Leuwenhoek, han tenido por único objeto descubrir la causa eficiente, digámoslo así, de estos trabajos que en la organización íntima de los cuerpos se llevan á cabo. El último de los sabios que hemos citado, Leuwenhoek, fué el primero que, en una Memoria publicada en 1680 (*De fermento cerevisiæ*), sentó, apoyado en observaciones microscópicas, que la descomposición del cocimiento de cebada, de donde se obtiene la cerveza, es debida á un sér, estudiado por él, *de origen vegetal*, y que por su desarrollo trasforma ese líquido en la bebida hidro-alcohólica que todos conocemos.

En 1814, Kieser describió perfectamente este sér, y después Desmazieres, Persoon, Cagniard de Latour, Kutzing, Schwan y Turpni, principalmente este último, han estudiado en detalle y de una manera perfecta esas reacciones, esas transformaciones, tan importantes para el químico como para el naturalista, y á los trabajos de estos ilustres sabios han venido á unirse en época reciente, y se siguen uniendo en la actualidad, los de Schroeder, Van Dusch, Robin, Van Thieghem, Fremy, Coze y Feltz, Tyndall, Cohn, Billroth, Tigri, Bechamp, Engel, Rees, Meyen, Schutzenberger, Pasteur y otros muchos que podríamos citar, formando una bibliografía notabilísima por demás y en alto grado interesante. Como resultado de estos estudios, la ciencia ofrece hoy las conclusiones prácticas siguientes:

1.<sup>a</sup> Las sustancias de origen orgánico, vegetal ó animal, expuestas por algun tiempo á la acción de los agentes exteriores, experimentan una alteración especial.

2.<sup>a</sup> En toda sustancia orgánica en que se produce la alteración de que en la conclusión anterior se hace mérito, se desarrollan organismos inferiores, vegetales, que se pueden considerar como pertenecientes á la familia botánica de los hongos, según los trabajos mencionados.

3.<sup>a</sup> Si se puede impedir que en una sustancia orgánica que se halle expuesta á las influencias exteriores se desarrollen esos vegetales, la alteracion no tendrá lugar.

4.<sup>a</sup> La introduccion de uno solo de estos vegetales en una sustancia no alterada todavía, basta para determinar *inmediatamente* la descomposicion.

Respecto á la existencia de estos vegetales inferiores, y respecto á su especificidad, probada, para producir estas descomposiciones, no puede admitirse la menor duda, demostrada como está por los hechos, puestos en claro por los autores citados, además de la clasificacion botánica existente y establecida de esos vegetales, cuyo estudio completo se ha llevado á cabo por los mismos sabios, y cuyas afirmaciones hemos podido comprobar, repitiendo sus experimentos, sobre todo los de Tyndall, Cohn y Pasteur. Si la índole de este trabajo lo permitiera, presentaríamos dibujos de preparaciones microscópicas practicadas por nosotros, y que nos permiten sostener nuestra asercion.

Establecido esto, ¿podremos definir lo que es la fermentacion? ¿Podremos, y éste es el objeto principal del artículo presente, indicar cuál es el origen de esos séres?

En cuanto á la primer pregunta, podemos responderla fácilmente: fermentacion es, pues, para la generalidad de los químicos de la actualidad y para nosotros, un fenómeno de descomposicion de las sustancias orgánicas consecutivo, en todos los casos, á la aparicion en ellas de organismos inferiores de origen vegetal.

Por lo que se refiere á la segunda pregunta, origen de esos organismos, tres teorías se han presentado principalmente. Una que explica su aparicion por formacion espontánea á favor de sustancias minerales orgánicas, á las cuales en nada se parecen: *heterogenia*. Otra que supone provienen directamente de individuos semejantes á ellos, por cualquiera de los mecanismos de generacion conocidos en el dia (1). En esta teoría debemos mencionar la idea de Bonnet, de Lyon,

---

(1) Generacion directa.

que supone que esos gérmenes existen diseminados en gran número en el aire, el agua, la superficie de los cuerpos, por todas partes, en una palabra, constituyendo lo que en nuestros días ha recibido el nombre de *panspermia*. Y otra teoría, en fin, que establece que esos vegetales no son más que estados diversos, que entran en el cuadro natural del desenvolvimiento, de seres que existen ya con anterioridad: *polimorfismo*.

En cuanto á la *heterogenia* pura, la *sponteparidad* de Dugués, la *antogonia* de Hæchel, es idea ya muy antigua; al principio de este trabajo hemos hecho notar la opinion de Aristóteles sobre las descomposiciones de los cuerpos *secos* ó *húmedos*. La doctrina de Epicuro, de Lucrecio, de Demócrito de Abdera, de Parménides y de Zenon sobre el juego, sobre el funcionalismo de los átomos, ha sido tambien una de las bases teóricas en que esta explicacion se ha basado. Pero despues de los trabajos de los químicos citados, despues de las experiencias llevadas á cabo por Redi, de Cimento, Ure y Helmholtz, y sobre todo por Pasteur, no podemos, á la altura á que están estos conocimientos, admitir la heterogenia para explicar la produccion de esos vegetales, á pesar de los asertos de Pouchet y sobre todo de Hæckel. Convenimos en que en los primeros períodos de la geología, en lo que Guillaud llama el alba de la vida, la heterogenia pura ha podido existir, pero nada nos prueba que se haya perpetuado hasta la época presente, una vez producidos los primeros seres, cuya reproduccion ha sido, en nuestra opinion, la causa de la propagacion de esos mismos seres. Únicamente para lo que Hæckel llama *moneras*, únicamente para los *Bathybins*, sobre todo el *B. Hæckelii*, verdaderas aglomeraciones plasmáticas marinas, podemos admitir la heterogenia, la antogonia, la generacion espontánea, en una palabra.

La segunda teoría, la que explica la formacion de esos vegetales inferiores por generacion directa, por reproduccion normal, digámoslo así, nos parece muy acertada, haciendo por supuesto intervenir como causa eficiente de su produccion los gérmenes exteriores que, repartidos por el aire, se fijan y desarrollan allí donde encuentran condiciones apropiadas

para su nutrición y vida. Es la hipótesis probada por los trabajos ya repetidas veces citados del *panspermismo*, pero restringiendo en cierto modo sus límites, sus alcances, y no dándole la extensión, la importancia que Bonnet, de Lyon, su fundador, la concedió, y tanto más, cuanto que, por probable que sea, en nuestra opinión, su mayor trascendencia reside en que nos suministra objeciones contra la heterogeneidad, objeciones de peso, pero que en último resultado necesitan de la explicación que la teoría que vamos á exponer á continuación facilita, para de una manera satisfactoria poderemos dar cuenta del origen de esos gérmenes que en el aire se encuentran, y por consiguiente, de la verdadera procedencia de la causa efectiva de estas descomposiciones.

La tercer teoría á que hemos aludido en el párrafo anterior, es la del *polimorfismo*, ó sea la que admite que los vegetales inferiores á cuyo desarrollo se deben las fermentaciones, pueden ser producidos por células vivas de cualquier especie ó por organismos ya existentes. Esta teoría, sostenida por Karsten en un principio, ha pasado despues, bajo Mr. Fremy, de los límites de una explicación motivada á los de una hipótesis exclusiva, apoyada en razonamientos más ó ménos fundados, pero en ningun caso realmente prácticos. Se ha tratado de darle una tal extensión, que ha venido á caer en la heterogeneidad pura, de que se huía. No es así como creemos debe entenderse.

El polimorfismo, para nosotros, es la sucesión normal de estados, de formas diferentes pertenecientes á un mismo sér, y producidos segun la época de su desarrollo y segun las influencias del medio en que este mismo desarrollo se lleve á cabo. Entre las primeras observaciones que sobre el polimorfismo, tal y como nosotros lo entendemos, se han hecho, citaremos las de De Bary, publicadas en 1865 (*Monatsberichte der Koniglichen Preuss. Acad. der Wissenschaften*. Berlin), sobre el *Puccinia graminis*, hongo que se desarrolla en el trigo. Hizo constar De Bary que los esporos del *Puccinia*, colocados en circunstancias apropiadas, daban origen al hongo llamado *Æcidium berberidis*. Primer caso de polimorfismo absoluto é indiscutible. Continuando estos trabajos, pudo hacer constar



que los *Aspergillus* y los *Eurotium*, considerados como plantas distintas, no eran más que estados diversos de una misma. Y estos experimentos, acumulados y reforzados por los de De Seynes, Trècul, Davaine, y además los de Cohn, Billroth y Robin, ya citados, han permitido constituir sobre una base segura y sólida la doctrina del polimorfismo, que unida á la de la generacion directa y á algunas ideas, si bien con las restricciones fijadas ya en otro lugar, del panspermismo, nos permite explicar satisfactoriamente, en lo posible, la aparicion de esos micrófitos, de esos pequeños organismos, á quienes sin duda alguna deben atribuirse esas curiosas é importantes descomposiciones de las materias orgánicas.

DR. JOSÉ UBEDA Y CORREAL.

Enero 21 de 1881.





## LA JUVENTUD DORADA. <sup>(1)</sup>

### XV.

**Q**DIOSA seria, ciertamente, la dominacion de D. Pedro, por sus violencias y crueldades, cuando una nacion tan amante de la legitimidad de sus Reyes como la castellana, reconoció y acató como Monarca á un hijo espúreo, rebelde, traidor, olvidando que habia en Aragon y Portugal vástagos de la línea legítima de la real familia; además existian aún las hijas de D. Pedro, reconocidas en las Córtes de Sevilla. Espíritu reformista, como su hermano, reunió Córtes en Toro,—lo cuál tiene su mérito en medio de las múltiples atenciones que requería un nuevo reinado, que se inauguraba bajo tan malos auspicios;—decretáronse en ellas penas muy severas contra los asesinos, ladrones y malhechores. «Primeramente que cualquier home de cualquier condicion que sea, quier sea fijo-dalgo, que matase ó feriese en la nuestra córte ó en el nuestro rastro—rádio—*quel maten por ello*; é si sacare espada ó cochiello para pelear, *quel corten la mano*; é si furtare, ó robare, ó forzare

(1) Véase la pág. 336 del tomo XXXIV.

en la nuestra córte ó en el nuestro rastro, *quel maten por ello.*» Tambien se ordenó cómo se habian de perseguir, castigar y administrar justicia á los salteadores, aunque fuesen caballeros—¡mal andaba entónces la caballería!—de los que solian cometer robos desde las fortalezas y castillos. Diéronse instrucciones á los alcaldes de córte, merinos y alguaciles sobre el cumplimiento de sus respectivas obligaciones; se estableció una especie de ronda continua en la córte en que residiese el Rey, en los campos y caminos de la comarca, para la proteccion de los habitantes y seguridad suya, de los viajeros y de los frutos; se hizo otro ordenamiento de menestrales parecido al que habia hecho el Rey D. Pedro diez y ocho años ántes, poniendo tasa en todos los artículos de comer y vestir, y fijando los precios de las hechuras, salarios, jornales y alquileres en todas las artes y oficios.

Este ordenamiento está firmado en Toro el 1.º de Setiembre de la era 1407—año 1369.

Citamos esta fecha para los aficionados á documentos curiosos. Nada más útil que su lectura para conocer las costumbres de la época, no sólo en la parte política y moral, sino tambien en la vida civil, el estado de la industria y de las artes, la manera de vestir y de calzar, y su coste, telas que se usaban. Estas ordenanzas nos enseñan, por ejemplo, que las telas que estaban en uso eran paños, chamalotes, brunetas, escarlatas y otras semejantes, de Bruselas, Lavayna, Malinas, Bruges, Coutray y otras ciudades de Bélgica. Por ellas se averigua lo que costaba cada pieza de las armaduras, así de hombres como de caballos, los nombres de éstas, su materia, etc., etc.

Entre las muchas guerras que hubo de sostener durante su reinado, una de las primeras fué contra el Rey de Portugal; como éste llevara en ella la peor parte, admitió gustoso la mediacion de los nuncios del Papa, enviados para ajustar las paces. La principal condicion del convenio era el casamiento del Rey D. Fernando con la infanta doña Leonor, hija de D. Enrique, y la restitucion de las plazas que aquél tenia. Con objeto de arreglar lo necesario para las bodas de su hija, pasó el castellano á Toro; pero el versátil portugués le en-

vió allí un mensaje, anunciándole que no podía realizar aquel casamiento, por cuanto había ya contraído matrimonio con una dama de su corte. Esta dama era doña Leonor Telez de Meneses, casada con Juan Lorenzo de Acuña, y arrancada por el Rey, violenta y criminalmente, á su marido (1). Como en ese mensaje le rogaba no lo tuviese á enojo, puesto que estaba dispuesto á devolverle las plazas convenidas, D. Enrique, á quien no interesaba tanto ser yerno del Rey de Portugal como cobrar las plazas y vivir en paz con él, lejos de mostrarse disgustado, dióse por muy contento, recobró sus ciudades y quedaron amigos.

D. Enrique, como político, también dictó algunas medidas conducentes á cercenar los privilegios nobiliarios, atendiendo al clamor público expresado, como entónces podía hacerse, por medio de peticiones presentadas á las Cortes por los procuradores de las ciudades. Entre otras acordadas en las mismas de Toro, las más importantes para el gobierno del reino fueron: que no se desmembraran las ciudades, lugares y fortalezas de la corona, dándolos á particulares señores; que no entorpecieran los grandes y magnates el ejercicio de la jurisdicción y señorío real; que los juzgados de las ciudades y villas no se diesen á caballeros y hombres poderosos, sino á ciudadanos y hombres buenos, entendidos en derecho, y que éstos habían de dar cuenta cada año del modo cómo habían administrado la justicia; que se guardase el fuero de cada ciudad y que no se les diese jueces de fuera sino á petición de todos los vecinos; que no se permitiese levantar fortalezas sin orden del Rey; que ningún hombre lego pudiese demandar á otro lego ante los jueces de la Iglesia en cosas pertenecientes á la jurisdicción temporal, y otras semejantes encaminadas á robustecer el brazo popular.

Como guerrero, dejó bien puesto su nombre do quier peleó; siempre á la cabeza de sus tropas, en la próspera y adversa suerte; en esos momentos de suprema angustia, tan

---

(1) Este mismo Rey es el que, siendo príncipe, renunció á la mano de doña Beatriz, hija de D. Pedro de Castilla, á quien dirigió un mensaje igual.

frecuentes cuando se está en campaña, y aún más en su azarosa existencia, nunca supo lo que era desaliento, jamás, ni en las mayores tribulaciones. Provocado por el Rey de Portugal, que, poco guardador de los pactos, había apresado en aguas de Lisboa algunos barcos mercantes vizcainos, guipuzcoanos y asturianos, sin motivo ni causa conocida, si no es el deseo de romper otra vez con el de Castilla, atendida la alianza que el portugués hizo con el duque de Lancaster, que tenía la arrogancia de titularse Rey de Castilla, por su mujer doña Constanza, hija de D. Pedro y de la Padilla (1).

Envió el Rey sus cartas al de Portugal por medio de un caballero portugués—Diego Lopez de Pacheco, á quien don Enrique tenía heredado en Castilla,—requiriéndole que desembargase las naves que había tomado de su reino; y mientras su hijo D. Alfonso sometía algunos rebeldes de Galicia, D. Enrique esperó en Zamora la contestación del de Portugal, á quien había enviado á preguntar si había de tenerle por su amigo ó por su enemigo. Que no era la voluntad del portugués ser su amigo, fué lo que aseguró el Pacheco, con lo cual se resolvió D. Enrique á invadir el reino vecino. Batido por tierra y por mar, recobrados por la escuadra castellana, mandada por el célebre almirante Simon Bocanegra, los barcos, causa determinante de la guerra, el portugués acogió con júbilo la oportuna llegada del cardenal legado, que deseoso de poner paces entre los dos Reyes, había ido á Santarén á conferenciar con él.

Las condiciones de la paz no eran demasiado duras para éste, atendida la crítica situación en que se hallaba. Reducíase á que el de Portugal, dentro de cierto plazo, echaría del reino á D. Fernando de Castro y á otros caballeros y escuderos castellanos que con él andaban en número de quinientos; que el conde D. Sancho, único hermano que quedaba al Rey de Castilla, casaría con la infanta doña Beatriz, hermana del

---

(1) Doña Beatriz, que era la mayor de las tres hijas de D. Pedro, se consagró á la vida religiosa en el monasterio de Santa Clara, de Tordesillas, fundado por ella, y acabó su vida en el claustro.

Rey de Portugal, hija de D. Pedro y de doña Inés de Castro; que D. Fradrique, hijo bastardo de D. Enrique, se desposaría con doña Beatriz, hija del Rey D. Fernando de Portugal y de doña Leonor Tellez, que acababa de nacer en Coimbra; que el conde D. Alfonso, otro hijo bastardo de D. Enrique, había de casar con doña Isabel, otra hija bastarda del portugués, la cual llevaría en dote á Viseo, Celorico y Linares. La incontinencia de los Reyes de aquel tiempo se vé en la multitud de hijos bastardos y de prole ilegítima que todos tenían.

Siempre la sátira ha flagelado con el látigo de su ingenio los vicios que corroen las sociedades. Taine, el insigne crítico, dijo, muy acertadamente, que la sátira es hermana de la elegía, aserto cuya verdad es imposible desconocer; muchas veces el dolor se manifiesta en risas; mas estas carcajadas tienen un sello especial, gracias á que las composiciones en que brillan se llaman sátiras. Cuanto choca como cuanto duele, cuanto excede de los límites de lo justo y racional, cuanto afecta al buen sentido y gusto, cuanto puede ser causa de peligroso ejemplo y se haga temer, cae bajo el dominio de estas composiciones, que es sabido han brillado en todas las literaturas. Roma, además de Juvenal, tuvo á Quintiliano, que en su gran vanidad, tituló á su obra: *Sátira tota nostra est*, lo cual puede ser cierto en cuanto al género independiente que en la literatura romana forma; mas no hay que olvidar que los griegos tuvieron sus *Yámbos* y que aún algunas sátiras se llaman *Manipeos*.

Horacio el cortesano, cuya burla era finísima, al oscuro Persio, tan severo como estóico; al discípulo de Annoveus Cornutus, que hacia con sus sátiras el complemento de Tácito, éste como historiador, narraba los sucesos públicos de su tiempo y aquél la vida privada; Eurico, muy posterior, todos criticaron los vicios de su siglo, trasmitiéndolo como legado á sus sucesores; y en la Edad Media, Gringoire, Ulrich de Hutten, Rutenbeuf, Rabelais, han hecho lo mismo que aquéllos en cada nacion como lo hicieron despues otros en épocas posteriores, que á su tiempo iremos citando.

La sátira es un castigo merecido, digan lo que quieran aquellos que creen conveniente ocultar las faltas y vicios

para que el mal ejemplo no tenga imitadores: ¡error! si por eso no fuera, ¿qué pena tendrían los esclavos de sus pasiones? No se privan de nada con tal de satisfacerlas, hollando todo respeto divino y humano. Si ni siquiera se hiciese esa protesta, cuando las leyes no consignan ninguna sancion penal, ¿qué diferencia habria entre pecadores y virtuosos, hablando igualmente bien de unos y otros? No, la murmuracion, que algunos abominan, es un freno, una valla, y si no una expiacion, por más que haya almas piadosas, incapaces de concebir el mal, que no quieran convencerse de ello.

Terminada la guerra de Portugal, y celebradas las bodas de D. Sancho y doña Beatriz, volvió D. Enrique á Castilla.

Lo primero que hizo fué intimar á D. Cárlos el *Malo* de Navarra que le devolviese las ciudades de Logroño y Vitoria. Débil para resistirle el navarro, dijo que ponía el negocio en manos del nuncio del Papa. Este prelado, que iba siendo el árbitro de todos los litigios de la Península y habia tomado gusto á la cosa, logró tambien concertar á éstos dos príncipes; casualmente las condiciones fueron casi idénticas á las otras: el de Navarra dejaria esas ciudades, casándose su primogénito D. Cárlos con doña Leonor, hija de D. Enrique. Faltábale desarmar al aragonés. Veia con recelo D. Pedro IV de Aragon el Ceremonioso el éxito que habia tenido la campaña de D. Enrique en Portugal y el poderío que iba adquiriendo; estaba alarmado; temíale tanto más cuanto que sabia que D. Enrique conocia perfectamente todas las plazas de la frontera. Renovó, pues, D. Pedro su alianza con Inglaterra y con el duque de Lancaster contra el de Castilla; pero en cambio éste y el de Francia protegian al infante de Mallorca, que amenaba invadir la Cataluña.

Era D. Pedro el hombre más pérfido que se ha conocido; véase si no á Jerónimo de Zurita. Él acabó con el odioso privilegio de la Union á costa de cien humillaciones, que supo vengar luego sangrientamente. Cuéntase que el mismo Rey D. Pedro, queriendo romper con su propia mano uno de aquellos privilegios, al rasgar el pergamino con el puñal que siempre llevaba consigo se hirió en una mano y exclamó: «*Privilegio que tanta sangre ha costado no se debe romper sino derramando*

sangre:» de lo que quedó el nombre de *Pedro del Pugnalet*. *D. Pedro el del Puñal*, cruel como todos en aquella época, hizo mil víctimas, ensañándose en su propia sangre; no contento con destronar á su cuñado Jaime, Rey de Mallorca, mandó matar.

D. Pedro, en medio de tantos defectos, tenia una cualidad, rara siempre y aún más en aquellos tiempos; las crónicas de su reinado no mencionan más que unos amores ilícitos, una pasión desgraciada, por cierto. Inspirósele una jóven soltera, doña Brianda de Luesia; sér perfecto, en cuanto lo permite nuestra humana condicion; ya de niña prometia lo que iba ser cuando mujer. Queríanla todos cuantos la rodeaban, hasta el marido de su madre, doña Beatriz de Aytona, don Pedro de Luesia, que casó con ella despues que esa niña habia nacido, fruto de unas relaciones que doña Beatriz hubo de tener con el infante D. Jaime.

Llevaba, sin embargo, el apellido del que pasaba por su padre nada más porque doña Beatriz no aparecia oficialmente como madre, circunstancia rara y que la hacia sufrir mucho. Brianda, cuya precoz inteligencia corria parejas con su desarrollo físico, notaba que aquella señora mirábala con una ternura y una expresion de melancolía, natural en una madre que tiene cerca de sí á su hija y no puede tratarla como tal. Un jóven y apuesto caballero que iba muy á menado á la casa, En Jaime Ferriz de Lizana, lanzábale de cuando en cuando tan dulces miradas, que la inocente criatura encontraba semejanza entre ámbas.

Y es que el amor es realmente uno en su esencia, aunque revista varias formas; pero el materno, por su desinterés y sublime abnegacion, es superior á todos.

Ya mocita, por su mal, fué á la córte; llamábala allí su elevada alcurnia; entró en la alta servidumbre como menina ó doncella de doña María de Navarra. Entónces la conoció el Rey.

Su exuberante deslumbradora belleza, su candor, su límpida y pura mirada, todo en ella eran encantos, hechizos á cuya magnética fuerza nadie resistia; en su presencia hubiéramos querido ver al casto San Antonio de Pádua. Si todos



ante su mágico poder se inclinaban, ¿cómo D. Pedro, á quien ningun sér desairó en vano, no habia de mostrarse sensible? —Luchaba, empero, con una roca blindada por un amor á toda prueba; una sola entrevista tuvo con ella sin testigos; pecaba de tímido, ciertamente,

*mais ce qui femme ne veut,  
Dieu ne le veut.*

Cantoncillo, el bufon del Rey, tambien se prendó de tan preciada joya; pero hombre de los pocos que se conocen, si hay alguno, nunca le hizo la menor indicacion; rendíale secreto culto, jurándose á sí mismo que la salvaria de las asechanzas de cualquier hombre, incluso el Rey, á quien adoraba. Entendimiento superior, gran corazon, encerrado en un cuerpo contra-hecho, deforme; enterado de todos los secretos de Estado y privados como confidente, íntimo amigo, el mejor y más seguro,—por no decir el único,—sabia los amores de Brianda con Jaime Ferriz de Lizana, y llegaba su abnegacion al punto de desear que se casaran.

El amor y el dinero no pueden ocultarse; enterado y furioso D. Pedro, significó claramente á D. Jaime su desagrado; el cuál, viéndose en desgracia, desapareció súbito; á poco desapareció tambien Brianda, cuyo *padre*, D. Pedro de Luesia, temeroso de que el Monarca abusase de ella, á quien ya queria como hija y habia reconocido como tal, la hizo pasar por muerta primero, y luégo la envió á Granada, encargando al Rey Ismael, su amigo,—el anciano baron habia estado allí varias veces con embajadas,—que la guardase en su *harem* hasta que él avisare. Tan de veras la quiso, que requiriéndola de amores le propuso que si queria ser su esposa única, él confinaria á todas sus odaliscas, quedándose ella sola, conservando su religion, relegándolas al fondo de su harem.

Naturalmente, ella no aceptó esa proposicion; pero Ismael, sin embargo, sentia aumentar su pasion, cuyos extremos podian convertirle de rendido amante en tirano; la pobrecita, indefensa, no sabia qué hacer; pero por encanto se aparece allí Abu-Jonathan, á quien conocia por haberle visto en la

córte de D. Pedro (1). ¿A qué iba á Granada?... Pronto lo supo.

—Viene por tí para que con él vuelvas á tu tierra, le dijo el Rey.

¡Calcúlese cómo estaria el ánimo de Ismael! Pero siempre generoso, dióle un tesoro y una taifa de ginetes de escolta; despidiéronse patéticamente; marcharon ellos, y despues de pasar por el camino los lances usuales en aquellos tiempos, como ser robados, mojarse, comer mal ó no comer, se encontraban en el hostal de Las Tres Cruces Rojas, donde ¡rara casualidad! doña Beatriz de Aytona y D. Jaime Ferriz de Lizana habian llegado ántes.

La muerte de esas dos personas, que D. Pedro tenia por cierta, impresionóle diversamente; amante celoso, no era natural que sintiera la de D. Jaime; pero en cambio la de Brianda fué un golpe atroz. En su alma oscura, horrible, se entrecocaban opuestos sentimientos; aunque disimulaba, como siempre, Cantoncillo, que tan bien le conocia, compadecíale muy de veras, tanto más cuanto que de resultas de un mordisco que su perro favorito, Belfegor, le habia dado en una pierna, veíase obligado á estar en cama. La llegada de un parte vino á interrumpir aquellas meditaciones, á que tambien se entregaba D. Lope de Luna, gran capitan, el hombre de confianza del Rey; era de En Artal de Gurrea: «Brianda, Jaime Ferriz de Lizana y doña Beatriz de Aytona cenan tranquilamente, mano á mano, en el hostal de Las Tres Cruces Rojas (uno de los mejores en aquel tiempo) cerca del castillo de Luesia,» decia.

—¡Están perdidos! pensaba Cantoncillo.

Sea cualquiera la emocion que en D. Pedro causara esa noticia, nadie, ni el mismo D. Lope de Luna, que tenia fama de astuto, se apercibió... ¡Tan dueño era de sí! No se hicieron, pues, comentarios, y D. Lope, fuese discrecion ó porque deberes de su cargo—próxima á darse la batalla de Epila, último baluarte de la Liga de la Union, podia tener que dar

---

(1) Habia sido su médico.

algunas disposiciones para ella—se retiró, dejando solos á Cantoncillo y á D. Pedro.

Noche tormentosa, oíase el estampido del trueno, deslumbraba el lívido resplandor del relámpago. Pasaban así horas y horas; el Rey durmiendo, quizás presa de una pesadilla; Cantoncillo, entregado á sus tristes pensamientos.

¡Desconsolador cuadro en tan suntuosa mansion!

¡Espejo de la vida!

Al cabo de algun tiempo, viendo que la tormenta iba pasando—los elementos parecían asociarse á la que reinaba en aquella estancia—y que el Rey no tenia trazas de despertar, cogió su caperuza y su manto, púsose los, salió, y atravesando varias cámaras, en una de las cuales paseábase un guarda con su partesana al hombro, díjole:

—Que por aquí no pase nadie.

—Bien, señor, le contestó.

Bajó rápidamente las escaleras, y, para abreviar, llegado á una espaciosa caballeriza, mandó ensillar dos cuártagos; avisado por su órden Cañaheja, escudero ó paje suyo, compareció; entónces, una vez montados, partieron.

Siguiendo un mal camino—no habia otros en aquella época,—á media noche estaban á la entrada de una gruta, oscura, tenebrosa; acercóse sin temor Cantoncillo; vió allá léjos un ténue rayo de luz.

—Ahí están, han llegado; ¡qué miedo tendrán! Voy allá, exclamó, hundiéndose en las espesas nieblas de aquella caverna.

¿A quiénes buscaba?—Fácil es de presumir: doña Beatriz y Brianda, sorprendidas bruscamente por la llegada del Rey al hostel donde la casualidad las habia reunido, huyeron y, para salvarse, estaban allí. Entregadas á sus naturales expansiones de cariño, hasta entónces no manifestado, apareció Cantoncillo.

—¡Eres tú!—exclamó Brianda, guardando apresurada, unos papeles que habia quitado á Abu-Jonatham, creyéndole muerto, y que su madre queria saber su contenido.

—Yo soy, tu libertador, que viene á ponerte en seguridad; sabes que soy tu mejor amigo, y en prueba de ello te quito

esos documentos que son comprometedores; trayéndolos él no pueden ménos de ser pruebas de traicion; sí, á pesar de sus vastos conocimientos es un tonto; *es* y no *era*, porque vive.

—¡Que vive!—exclamó Brianda.

—Sí, sí;—y entónces le explicó cómo lo que padeció no fué más que un expasmo, causado por cansancio, el hambre ó quizás por el frio;—sea como quiera, vive, y, en su interés, se deben destruir esos papeles, que sin duda son prueba de su traicion, y que á estar en poder del Rey no habria medio de salvarle, mientras así, yo procuraré que le perdone la vida y acaso le vuelva á su gracia. En cuanto á tí, no pararé hasta casarte con tu novio D. Jaime; así completaré mi obra; propúseme ser tu salvador; ya una vez te salvé del Rey; pero ahora será salvarte del todo.

Como ella manifestase cierta desconfianza, él, sin hacer caso, dijo:

—No perdamos tiempo; ¿querias saber lo que son estos papeles, curiosa hija de Eva? Veámoslo, pues.

—Es delito, yo creo, replicó Brianda, sorprender un secreto, apoderándose de él.

—Tú no conoces mis sentimientos aún; ¿creeisme un demonio? Vereis que pronto os pareceré un ángel, dijo Cantoncillo, y echándose en tierra cerca del farol, para á su luz leerlos, examinólos uno por uno y encontrando que todos, por peligrosos, eran dignos sólo de una hoguera, abrió el farol é hizo con ellos un auto de fé.

—Mirad, mirad, exclamaba gozoso; pavesas, nada más que pavesas; gracias á ellas algunos nacen segunda vez en el fuego, nuevos fénix.

Acompañó á las damas á la gruta; para entrar habia que bajar una cuestecita muy agria; Cantoncillo entónces se inclinó é invitó primero á sentarse sobre su corcova primero á Brianda y luego á doña Beatriz. Cañaheja estaba allí con los caballos; en el de éste dispuso aquél que montase Brianda, quedando él esperándole, y doña Beatriz fué en sus brazos. Marcharon. Cañaheja temia esperar demasiado; mas no; ántes de una hora apareció Cantoncillo; poco despues llega-

ban al palacio real; inmediatamente sube á la cámara del Rey, que dormía á pierna suelta; tendióse á sus pies aguardando el despertar de su amo, señor y esclavo, porque, según se verá, hacia de él lo que quería.

Violenta escena tuvieron; D. Pedro empeñado en perseguir á D. Jaime y hacer suya á Brianda; pero Cantoncillo, con sus eternas divagaciones, le entretuvo un rato; sus argumentos salpicados de gracias y de chistes, que arrancan la risa al sér más hipocondriaco, eran irrefutables; mas cuando le creía convencido, se encuentra con que le amenaza también de muerte: ofrécese en holocausto humildemente; no acepta el sacrificio el Rey; pero insiste siempre en lo mismo. Entónces ya acude al último recurso: invoca una superstición antigua en él; creíase astrólogo ántes que Rey; la nigromancia le había enseñado que entre él y Cantoncillo existía íntima relación, *conjuncion de luminares*; todo esto estaba en las oscuras nubes de su frente y en las rayas de su mano. Aquí D. Pedro no pudo más; creía que toda desgracia que acaeciera á Cantoncillo recaería acrecida sobre él. Aquel hombre tan fuerte y animoso, pronto á marchar, tiróse al lecho, presa de un vértigo; al ménos eso aparecía.

## XVI.

### DE CÓMO DON PEDRO FUÉ MAGNÁNIMO.

Aquel mismo dia por la tarde, llegó al convento de benedictinos de Santa Fé, sito extramuros de Zaragoza, un ginete magro y largo, acompañado por doce hombres de armas; ellos y sus monturas cubiertos de hierro. ¿Quién era este personaje que tan aparatosamente se presentaba?—Cañaheja, enviado extraordinario de Cantoncillo; como un señor, hizo-se anunciar á doña Brianda y á doña Beatriz, conducidas allí por él; una vez en su presencia, pronunció su oración en cancilleresca forma:—Triste misión me trae aquí, ilustre

y bellísima señora; participaros en nombre de mi noble señor D. Cantoncillo que habiendo su señor padre pasado á mejor vida, puede y áun debe volver á su castillo de Luesia.

—¿No teneis más noticias que darme?—dijo Brianda suspirando.

—Los defensores de la Union, vencidos en Épila, es, creo, buena para vuestra merced.

—¿Por qué no ha venido Cantoncillo?

—Señora, dispéñeme, es un secreto de Estado; si no lo diria.

—La litera está á la puerta,—gritó un mozo de los seis que la servian y guiaban.

Despidiéronse de la comunidad, que bajó hasta la portería, entraron en la litera, que, en efecto, era magnífica, y marcharon. Tres horas despues llegaban al castillo; excusado es decir cómo serian recibidas.

Para que todo fuera ventura, aquella misma noche, no temprano, llegaron tambien el infante D. Jaime, D. Miguel y D. Artal de Gurrea, y un caballero encubierto á quien Brianda, loca de alegría, reconoció por sus armas. Adivine el curioso lector el personaje. El Rey estaba en Alagon, contentísimo de ver conseguido su fin; hizo muchas mercedes, y señaladamente una que, por lo rara, merece la pena de contarse.

Honrando á D. Lope de Luna con el título de conde, en premio de la victoria que consiguiera, éste dijo:

—Señor, débese en gran manera á un caballero encubierto que apareció como por encanto en el momento más empeñado de la batalla.

—¿Habrá hecho algun milagro nuestro heróico patron San Jaime?—interrogó con singular acento D. Pedro.

—Si así fuera, señor, habria desaparecido una vez ganada la batalla, mientras no; aquí presente está, teniendo en sus manos la señera de Nuestra Señora del Pilar, arrancada por él á los zaragozanos.

—¡Caballero, acercaos!—dijo el Rey, mirándole fijamente. Acercóse, sin alzar la visera; hizo el debido acatamiento, entrególe la señera, que el Rey tomó pasándola en seguida

al de Luna, y luégo volviéndose á D. Jaime, dijo: «Vos, caballero, os hacemos merced en que sin dilacion, ni descubriros ni dejaros ver la cara de sér viviente, salgais de mis dominios.»

No hay para qué decir el mal efecto producido por estas palabras.

Ninguno de los presentes ignoraba quién era el encubierto.

Gozoso el Rey al ver el efecto producido por sus palabras, dijo con irónico acento:

—Pero salid por la frontera granadina, y si encontrais en la córte de mi amigo el Rey Ismael á un caballero aragonés que dijeron muerto y á lo que parece resucitó entre moros, decid vos á ese, que es el muy noble D. Jaime Ferriz de Lizana, que nos le perdonamos, dándole licencia, no solamente para que vuelva, sino para casarse con doña Brianda de Luesia, otra resucitada.

Un viva unísono y atronador acogió estas palabras.

Como D. Jaime se llevara la mano á la visera,

—¡No, no os descubrais!—dijo el Rey,—no quiero que me mostreis la cara en toda vuestra vida, porque si os la veo os pudiera tomar la cabeza. ¡Idos! Decid á D. Jaime Ferriz de Lizana que mando venga á nuestra córte con su esposa, que deseamos sea lo más pronto posible; serán muy bien venidos.

Triste fué su hora postrera: la Reina Sibilia, su esposa, le dejó en el lecho del dolor, luchando con las ánsias de la muerte, saliéndose á media noche del Palacio y de la ciudad con su hermano y con algunos caballeros oficiales de su casa, huyendo de la persecucion de su entenado D. Juan, de la misma manera que la Reina Leonor de Castilla habia dejado á su esposo Alfonso IV en el artículo de la muerte, huyendo de la persecucion de su entenado D. Pedro, príncipe heredero entónces, y ahora Rey moribundo.

Los hijos que tuvo D. Pedro de su primera esposa doña María de Navarra fueron D. Pedro, que vivió pocas horas, Doña Constanza, que casó con D. Fadrique, de Sicilia; doña Juana, que casó con D. Juan, conde de Ampurias; doña María, que murió en la infancia.—De doña Leonor de Por-

tugal no tuvo sucesion.—De doña Leonor de Sicilia tuvo á D. Juan y á D. Martin, que reinaron sucesivamente; D. Alfonso, que murió muy niño, viniendo á ser Reina doña Leonor, casada con D. Juan I.—De doña Sibilia de Forcia, su cuarta mujer, tuvo á D. Alfonso, á quien dió el título de conde de Morella, otro cuyo nombre se ignora, y á doña Isabel, que casó despues con el hijo primogénito de los condes de Urgel.

Tal era el hombre con quien D. Enrique se las iba á ver: de edad ya muy avanzada, decaidas sus fuerzas físicas, su ánimo abatido, era fácil empresa. El amor vino á hacer que una tregua, pactada primero por el duque d'Anjou y luégo por el cardenal Guido, para arreglar las diferencias que mediaban entre ellos, se convirtiera en paz. Concertado hacia mucho tiempo el casamiento del infante heredero D. Juan de Castilla con la infanta doña Leonor de Aragon, surgieron dificultades, con gran sentimiento suyo, porque habiéndose criado juntos los dos jóvenes príncipes, se amaban. La parca, cortando el hilo de la vida de dos séres que se oponian, la Reina de Aragon y D. Jaime de Mallorca, vino á colmar sus votos. Casáronse en Soria con gran pompa y ya no hubo guerra.

Poco despues de la muerte de D. Pedro ocurrió la de don Enrique. Se atribuye esta desgracia á Cárlos el Malo de Navarra, porque, á poco de separarse de él en Santo Domingo, se resintió su salud en términos que á los diez dias era un cadáver. Segun algunos escritores arábigos, fué producida por un sutilísimo veneno de que estaban impregnados unos ricos borceguíes que le habia regalado el emir Mohammed de Granada, temeroso de que el castellano, en paz con todos los Reyes cristianos, sus vecinos, llevara la guerra á sus Estados. Sea como quiera, parece cierto que tenia concebido un plan de guerra para rendirlos por hambre.

«Pequeño de cuerpo, pero bien fecho, é blanco, é rubio, é buen seso, é de grande esfuerzo, é franco, é muy buen rescibidor, é honrador de las gentes, dice un cronista.»

Generoso, no digamos; cuando en la historia figura como D. Enrique el de las Mercedes.



No ménos galante que sus antecesores, tuvo, además de los tres hijos legítimos de doña Juana, D. Juan, doña Leonor y doña Juana, otros trece bastardos—conocidos—de varias damas ó *amigas*, á saber: de doña Elvira Iñiguez de la Vega, á D. Alfonso, doña Juana y doña Constanza; de doña Juana de Cifuentes, á otra doña Juana; de doña Beatriz Ponce de Leon, á D. Fadrique, D. Enrique y doña Beatriz; de doña Beatriz Fernandez, á doña María y D. Fernando; de doña Leonor Alvarez, á otra doña Leonor; y de otras que el P. Enrique Florez no menciona, como doña Juana de Lossa y doña María Circamo, tuvo á D. Pedro, doña Isabel y doña Inés. A la mayor parte de estos hijos, así como á sus madres, les señaló este *virtuoso* Rey grandes herencias en su testamento, hecho en 20 de Mayo de 1374.

ADOLFO MENTABERRY.

(*Se continuará.*)





## ESTUDIOS

POLÍTICOS Y SOCIALES SOBRE MARRUECOS (1)

### LA MUJER

EN LA SOCIEDAD Y EN LA FAMILIA.

#### IV.

**L**os cristianos en pleitos, los judíos en Pascuas y los moros en bodas, gastan su dinero.— Este antiguo refran de los marroquíes—por muy corriente lo consignaba ya en sus escritos Diego de Torres—tiene, como todos los dichos agudos y sentenciosos de uso popular, la autoridad que prestan á ciertas verdades, la observacion y una larga experiencia de la vida; y si bien en algunos se encuentran errores y no pequeñas contradicciones, es preciso confesar que no estaban muy equivocados, el primero á quien éste se le ocurrió y los que siguieron repitiéndole.

Dejando á un lado lo que atañe á los cristianos, que de sobra, por nuestra desgracia y poco seso, lo tenemos confirmado, bien puede asegurarse que en nada se muestra el juicio tan desprendido y generoso como en las fiestas de sus Pas-

(1) Véase la pág 456 del tomo XXXIV.

cuas, y que el moro, cuando trata de festejar sus bodas, sabe emplear y emplea con gusto sus ahorros, y hasta empeñarse para quedar airoso en los sonados festejos que las preceden.

Aun los más pobres celebran con algún lujo tan fausto acontecimiento, y no ha de faltar al más desdichado un amigo que le preste caballo, ni músicas que le acompañen, ni vecinos que quemem en los largos cañones de sus espingardas algunas libras de pólvora en su obsequio; y con tal entusiasmo lo toman, y con tal estruendo y algazara lo verifican, que no al dulce y pacífico Himeneo, más bien á la Locura parecen aquellas fiestas dedicadas, como si quisieran dar la razon á casados arrepentidos y célibes recalcitrantes, que aseguran, que todo cuanto al matrimonio se refiere debe caer bajo la jurisdiccion de la desatinada diosa.

Desde muy niños, sin que esto sea lo general, suelen concertarse entre los moros algunos enlaces, particularmente el primero que el hombre ha de contraer; pero lo más ordinario es que el pretendiente á lo que puede ser allí efímero lazo, se dirija á los padres ó en su defecto á los parientes más próximos de la novia, y contrate con ellos el matrimonio, mediante una cantidad que les entrega y un dote que señala á la futura, fijando á veces un plazo para las bodas. Llegado el término, y no volviéndose atrás ninguno de los concertantes, se celebran éstas con gran número de fiestas, y sobre todo quemándose mucha pólvora.

Varios dias duran los festejos, segun la mayor ó menor riqueza de los novios; pero lo regular es que no excedan ni bajen de cinco, cada uno de los cuales recibe un nombre particular, tomado de las ceremonias que en ellos se verifican.

En el primer dia, llamado *Jamam* (1), visten á la novia con un traje completamente blanco, como signo de pureza, y la conducen al baño, donde, cumpliendo con un precepto religioso y una costumbre antiquísima, no sólo la sumergen un breve instante en el agua, sino que la lavan cuidadosamente y la despojan de todo el vello que cubra su epidermis, y des-

---

(1) Baño.

pues de estas operaciones vuelve á su casa para entrar en el lecho, que no debe abandonar hasta el siguiente día.

En el segundo de estas fiestas—*Jochba*—una negra robusta, á quien se da el nombre de *negafa*, saca de aquel lecho á la novia, y poniéndola sobre sus costillas, dá vuelta al interior de la casa, y la coloca en otro muy adornado, donde la ponen *alheña* en las uñas de las manos y de los pies, que al otro día aparecen teñidas de un hermoso color rojo anaranjado. Tarde y noche se ve la casa concurridísima por las amigas de la futura desposada que rodean su cama y la festejan con gritos de *yu, yu, yu...* acompañados de una música de artistas femeninos; alegría que se manifiesta en igual forma veinticuatro horas despues, ó sea en el tercer día de las fiestas—*Iboji*.

El cuarto—*Juavi*—es uno de los más solemnes: en casa de la novia no se verifica fiesta más notable: se llenan todos los aposentos de mujeres unidas á la familia festejada por lazos de parentesco, amistad ó simple conocimiento, y la *negafa* repite el paseo del segundo día por medio de la apiñada concurrencia, llevando á la futura cubierta de joyas; pero envuelta en un amplio jaique, que sólo deja adivinar un bulto humano. Entretanto y en una bandeja colocada en medio de la habitación principal, toda la muchedumbre femenil ha ido depositando alguna cantidad en metálico, que en muchas bodas llega á una suma bastante respetable.

Al anochecer de este día los amigos del novio van á buscarle á su morada, obsequiándolos el favorecido con dulces y the, saliendo despues á recorrer las calles acompañado por todos ellos, que alumbran el camino con achas de cera. De regreso á la casa, el futuro contrayente les reparte la pólvora que se ha de consumir al otro día.

El día quinto—*Ambaria*—es el último de las fiestas de boda y el primero del matrimonio. Por la mañana, los amigos del contrayente, acompañados de una música, vuelven á su casa, salen con él al campo, y despues de correr la pólvora haciendo sin número de disparos, le hacen aquellos presentes que su buena disposición ó medios les permiten. El *Cadi*—juez—ha tenido ya conocimiento del nuevo matrimonio y ha

autorizado el contrato que á su presencia extendieron los *Aduls*—escribanos,—y sólo falta que la mujer sea entregada por su familia á su marido. En casa de éste se organiza la comitiva, que poco despues de anohecido ha de ir en busca de la esposa, que durante todo el dia ha estado esperando ese momento vestida de blanco.

Rompen la marcha algunos hombres armados de espingardas, que disparan con frecuencia, haciendo al mismo tiempo sorprendentes ejercicios gimnásticos; síguenlos otros con achas encendidas, y á éstos el novio envuelto en una larga capa—*sulham*—y montado en el mejor caballo que haya podido encontrar, llevando á su derecha una mula, sobre cuyo robusto lomo se cimbreaba *la ambaria*.

Cierra la comitiva una música compuesta de gaitas y tambores, si no igual, muy parecida á la que se oye en algunos pueblos de Castilla.

En todas las mezquitas existe un cajon de madera y de forma cuadrangular, terminado en su parte superior por una pequeña pirámide, que cubierto de ricas telas y cintas de colores vivos, sirve para conducir á las desposadas de las casas de sus padres á las de sus maridos; este vehículo recibe el nombre de *ambaria* y vá ocupado á la ida por un muchacho moro.

Una vez en casa de la novia, bajan la *ambaria*, y el chucuelo es reemplazado por la mujer, á cuyo lado colocan una moneda de plata, un pan, nueces y pasas, como una advertencia de los deberes que acaba de contraer, y puesta de nuevo la estrecha caja sobre la mula, se emprende el regreso á la morada del esposo, llevando la comitiva el mismo orden que trajera; pero yendo el marido detrás de la esposa, y pasando por la mezquita principal, á cuya puerta se detienen para rezar una pequeña oracion.

Llegados á la mansion conyugal, el marido se sitúa á la puerta del cuarto donde está colocado el lecho, y espera á la mujer, que es trasportada por la negra de siempre; pero antes de cruzar aquellos umbrales se verifica una extraña ceremonia: al llegar la esposa delante de *su señor*, éste levanta el brazo, bajo el cual ha de pasar ella precisamente, inclinan-

do al mismo tiempo la cabeza en señal de sumision. La *negafa* lleva algunos alimentos á los recién casados, y cierra ceremoniosamente la puerta de la habitacion que los alberga.

Suele acontecer, que por no agradarse los novios, ó porque él no haya encontrado en ella todos los atractivos esperados, poco despues se separen para siempre, quedando nulo el matrimonio á costa de la vergüenza de la mujer y sus parientes; casos que se repiten con dolorosa frecuencia, no siendo en las clases ménos acomodadas donde más abundan.

De no ser así, á la mañana siguiente, á primera hora, sale el marido á la azotea ó á la puerta de su casa (1) y dispara unos tiros, á los que contesta una descarga cerrada de los convidados, en señal de regocijo.

El lecho nupcial queda cubierto durante siete dias con jaiques de seda y lana, formando un vistoso pabellon, despues de cuyo tiempo se descubre ante los convidados, celebrándose una pequeña fiesta, cuyo final consiste en que un niño de la familia ciña á la desposada la faja que se quitó ántes de la boda; la mujer abandona el lecho, donde hasta entónces habia permanecido, la *ambaria* se devuelve á la mezquita, y empieza la vida ordinaria del matrimonio.

Poco más ó ménos, se celebran con esas fiestas y ceremonias todos los casamientos musulmanes en el imperio marroquí; cuando los contrayentes son ricos y pertenecen á familias muy consideradas, duran un mes, cuyos siete últimos dias son de grandes y costosas diversiones, porque en ellos se dá de comer, y bien, á los amigos y conocidos, no negándose á nadie la entrada en las casas de los novios, siempre con la separacion debida entre los dos sexos.

El marido no debe, segun la ley, ver á su esposa hasta la noche del último dia de boda; pero, si no viven en distinta poblacion, es raro que al ir al baño ó al cementerio, al descuido y con la coquetería que es patrimonio de la mujer

---

(1) En Tánger y otras ciudades de la costa se ha suprimido esta ceremonia, y en el interior, entre las personas más cultas, la de mostrar las ropas del lecho, costumbre antiquísima, que tambien lo ha sido en España.

en todos los países, las moras no hayan dejado caer la parte del jaique que cubre su rostro al pasar por delante de su prometido. La madre de éste visita con frecuencia la casa de aquélla y procura enterarse de las cualidades que la adornan, ántes de que se extiendan los contratos matrimoniales; en las familias de algun respeto, se hace constar en ellos que no podrá contraer el hombre otro matrimonio legítimo sin anular el primero.

Es costumbre muy admitida, y aconsejada en el Corán, una vez ajustado el matrimonio, fijar un plazo para efectuarle; generalmente es de un año, y en algunas tribus permiten desde entónces al novio frecuentar la casa de su futura, porque estos compromisos tienen allí más fuerza y valor que nuestros esponsales.

Los bereberes no son tan escrupulosos, y muchos dejan que sus mujeres lleven el rostro descubierto; de esta manera pueden conocerse mejor los jóvenes, y sus matrimonios son más felices; es más: un ilustre viajero español, Murga, cita dos rarísimas costumbres, que están en pugna con todas las preocupaciones del imperio; asegura que en ciertas tribus de las inmediaciones de Casablanca, cuando una mujer quiere á un hombre y éste no le hace caso, la desdeñada hace gritar al pregonero en un dia de mercado: *Hay una mujer que quiere á Fulano, hijo de Zutano el de tal parte, y éste no la quiere*; grito que se repite hasta que el favorecido se digna acudir al reclamo de la enamorada doncella.

La segunda costumbre de algunos bereberes, mencionada por Murga, es todavía más extraña; bien podria titularse la *féria de las mujeres*. Celébrase despues de la recoleccion, y á ella acuden con objeto de surtirse de esposas los jóvenes de estado honesto y los casados que pretenden aumentar el número de las suyas. Las solteras ó viudas que desean cambiar de estado acuden á ella con el rostro descubierto y llevando como para vender una tela tejida por ellas mismas, que es el pretexto para entablar las negociaciones matrimoniales. Cuando una de las vendedoras ha agradado á un hombre, éste se acerca y pregunta el precio del tejido, que siendo simpático el comprador, se dá por poco dinero; en caso contra-

rio, sube de precio hasta el punto de que no es posible pagarle. Una vez convenidos en el valor de la prenda, se dá conocimiento á los padres de la mujer, y si éstos le confirman, el hombre se lleva á su casa tela y tejedora.

Tanta facilidad encuentran los mulsumanes para contraer sus matrimonios como para romperlos; anteriormente queda expuesta la ley que les autoriza para repudiar á la mujer cuando lo estimen por conveniente, y á las mujeres para separarse de sus maridos. Si el hombre repudia á la esposa sin más razon que su voluntad, la dá primero el dote y la hace una escritura pública en la que afirma como la deja, no porque haya dado causa, sino en uso de su derecho, con lo cual queda en disposicion de casarse con otro musulman sin que padezca su crédito. Cuando el matrimonio se rompe, con motivo de esterilidad, tambien el esposo ha de entregar el dote á la repudiada; pero si la mujer quiere dejar al marido voluntariamente, no tiene derecho á reclamarle. En casos de disolucion del matrimonio y hay prole, las hijas siguen á la madre y el padre se queda con los varones.

Admitida por la ley y sancionada por la costumbre la poligamia, todo musulman puede tener á un tiempo cuatro esposas legítimas, y el número de esclavas ó criadas que le consienta su fortuna; debiendo éstas llevar á cabo todas las faenas domésticas y compartir con aquéllas las caricias de sus amos. Cierto es que muchos moros sólo se casan con una mujer, pero en cambio aumentan el número de sus concubinas, comprando las esclavas más hermosas que se presenten en el mercado; estas infelices quedan libres en el momento que son madres y su señor reconoce el hijo, que goza desde luégo los mismos derechos y distinciones que los habidos de las esposas legítimas.

Mahoma exige que el marido no distinga de las otras á ninguna de sus mujeres; todo debe ser igual entre ellas, vestidos, alimentos y cariños. Hé aquí cómo cumplen parte de estos preceptos los marroquíes, segun Diego de Torres, cuyas palabras copio al pie de la letra, porque hoy las costumbres son las de su tiempo en este particular.

«Con las mujeres legítimas ha de dormir el moro cada no-



che con la suya, sin faltar destos; con las mancebas y esclavas entre el día... En el gasto ordinario les tiene señalado á cada una un tanto, conforme á la calidad de cada uno y en el trasdinario, no hai dar unas gervillas á una que no las dé á todas.»

Las bodas de los hebreos tienen alguna semejanza con las de los moros. Desde muy corta edad suelen verse los niños comprometidos para casarse, siendo los padres los que conciertan, atendiendo á los intereses materiales, estos prematuros casamientos, que de no verificarse cuestan una fuerte cantidad, préviamente estipulada, al que se niega á contraerlos. Los funestos resultados de tales matrimonios los experimentan muy pronto los casados contra su voluntad, y en primer término la mujer, que es entre los judíos muy superior al hombre por sus condiciones físicas y morales.

Las fiestas de sus bodas duran una semana, en la cual es conducida al baño la futura, sufriendo iguales ó parecidas operaciones que las moras; todas las noches hay fiesta en casa de la novia, que colocada en un trono llamado *Tálamo*, y vestida con un traje riquísimo en el que brilla el oro y la pedrería (1), ha de permanecer inmóvil ínterin los numerosos convidados se recrean con la música, y comen y beben dulces y licores que se reparten en abundancia por los parientes de los novios.

El cuadro que se ofrece al que por vez primera visita una de estas bodas es verdaderamente deslumbrador. La sala donde se coloca el *Tálamo* está completamente llena de hermosas mujeres, cuyo tipo recuerda los de la Biblia, rivalizando todas ellas por la riqueza de sus trajes, adornos y joyas; gran número de bujías reflejan su luz en la seda, en el terciopelo, en los brillantes, perlas y esmeraldas que se ven profusamente en todos los ámbitos del salon; los colores vivos y variados del traje berberisco, la belleza exuberante y provocativa de las hebreas jóvenes, el incesante ir y venir de

---

(1) Cuando es una pobre la festejada y no ha podido comprársele, no faltan entre las judías ricas quienes se lo presten.

los hombres, los gritos y chillidos de los concurrentes, que se dirigen en esa forma los más exagerados cumplimientos, el sonido de las guitarras, violines y panderetas alternando con las canciones en el patio de la casa, y los criados que entran y salen continuamente conduciendo bandejas colmadas de almendras, pastas, dulces y licores, á semejanza de las laboriosas hormigas en la era, forman un cuadro digno del pincel de Goya y de la pluma de Antonio Flores.

La noche que precede al día del casamiento, los amigos y conocidos de los contrayentes, con faroles encendidos y una litera, van á buscar á la futura cantando al llegar á su casa: *Somos nosotros, que venimos por la novia; si no nos la dais nos la llevaremos.* La madre y la madrina acompañan á la solicitada hasta la litera, siendo conducida á casa del novio por la comitiva, que va recitando por las calles los salmos de David, hasta dejarla en la morada conyugal, donde duerme aquella noche entre dos de sus más cercanas parientas.

A la mañana siguiente, el *sabio ó rabí*, á presencia de los convidados, une en santo lazo á los contrayentes, *segun los ritos y ceremonias de Castilla*, y despues de repetirse la música y los obsequios de días anteriores, se encierra á los novios en una habitacion por algunos momentos, pasados los cuales—si el matrimonio no se disuelve á petición del marido debidamente *justificada y comprobada* (1)—deben separarse los días prescritos por la ley para la purificación.

El matrimonio entre los judíos se rompe con facilidad, aunque no con tanta como entre los musulmanes, pudiendo el marido repudiar legalmente á la mujer que en diez años no le hubiese dado sucesion. El hombre puede contraer desde luego otro matrimonio en estos casos; pero la esposa repudiada ó divorciada no puede hacer otro tanto sin consentimiento de aquél.

---

(1) El lector me dispensará ciertos detalles que creo prudente omitir, y que por fortuna van desapareciendo poco á poco entre los judíos de la costa de Marruecos, y que sólo se mantienen en el interior en toda su fealdad repugnante.

Disuelto el matrimonio judío, aunque medien razones *muy justificadas* que hayan hecho necesario el divorcio en favor de la mujer, siempre conserva el marido cierta autoridad sobre la que fué su esposa. No deja de ser irritante esta circunstancia, muy conforme con las costumbres de los orientales, que postran física y moralmente á la mujer, y que odian al cristianismo por sus ideas igualitarias, por su espíritu humano y civilizador, por el gigantesco paso que dió al rehabilitar á las que llevan el santo nombre de madres y el augusto título de esposas.

## V.

Mahoma prohíbe á sus adeptos el uso del vino y de toda bebida alcohólica, les aconseja huir del juego y excluye á la mujer de las diversiones en que toman parte los varones, demostrando una vez más, con esas reglas, el perfecto conocimiento que poseía del corazón humano. Alejar del hombre el vino, el juego y la mujer, es disminuir el noventa por ciento de las causas que le precipitan á su ruina, ó que por lo ménos turban su reposo.

La mujer musulmana, aislada de los hombres, sin dejar ver su rostro á ningun varon que no sea el marido, el padre ó el hermano, sin poder desahogar sus penas y sus alegrías con toda confianza en su esposo, á quien ha de considerar como el esclavo al dueño, ha de procurarse amistad, cariño y distracciones entre las infelices sometidas como ella á una ley tan absurda y reprensible como las costumbres que la sancionan.

A pesar de sus deseos, no puede el marroquí condenar á sus mujeres á perpetua reclusion, y ha de permitirles que de vez en cuando se reúnan con sus amigas en las huertas inmediatas á las poblaciones; las tardes de los viernes en el

cementerio, y una vez á la semana en el *jamam* ó baño. Convidadas por una de ellas, cuyo esposo cede al efecto una de aquellas fincas, se reúnen varias por las tardes y se entregan á una loca alegría, tanto más expansiva cuanto mayor es la reclusion á que se ven reducidas el resto del tiempo; allí corren, saltan, bailan y murmuran, acompañando su alborozo con el prolongado grito de *yu, yu, yu*, con que las mujeres en Marruecos manifiestan su entusiasmo en todas las ocasiones; lo mismo en estas fiestas familiares que en los grandes acontecimientos públicos, que cuando presencian, á conveniente distancia, una corrida de caballos y el juego de la pólvora.

Los viernes, días festivos entre los mahometanos, los cementerios moros y los caminos que á ellos conducen, ofrecen un cuadro animadísimo, desde *El-aàssaar* ú oracion de media tarde: siguiendo una antigua y piadosa costumbre se ven cubiertos de mujeres que van á rezar sobre la tumba de los séres queridos que arrebató la inexorable parca.

Ricas y pobres van envueltas en blancos jaiques, que apenas dejan ver parte de la frente, un ojo y los pies de sus portadoras. Esta prenda es tan igual, que es muy difícil distinguir unas de otras en la calle ó paseos públicos, circunstancia que en más de una ocasion suele ser un recurso inapreciable para muchas hijas del imperio mogrebino.

Una vez al pie del sepulcro que encierra los restos del perdido deudo, se sientan á su derredor y le dirigen las más tiernas frases de consuelo, y recordando sus virtudes y días más felices pasan las horas hasta que el *Almuedano* desde el minarete de la mezquita canta la oracion del *Mogreb*, del ocaso.

No todas van guiadas al cementerio por tan noble espíritu; algunas hay, quizás muchas, que toman por recreo y solaz lo que es para otras inconsolable recuerdo; sin embargo, no es justo acusar únicamente á ellas de una falta de la que son solidarios al mismo tiempo los *pollos* y los *gallos* despreocupados de lo más florido de la sociedad marroquí, que con hipócritas pretextos cruzan ese día por aquellos caminos con la esperanza, pocas veces defraudada, de contemplar la hermosa fisonomía de aquéllas, descubierta *casualmente* á su paso por el imprudente jaique.

Algunas viejas, que ocultan el rostro más bien por no ser conocidas de maridos recelosos que por observar la ley, vagan de sepultura en sepultura, deslizándose en los oídos de las que gozan fama por su condescendencia y hermosura, las frases que en todo tiempo ha sabido inspirar el demonio á sus más decididas auxiliares; á veces ni aún que se acerquen es necesario; una seña, una mirada es suficiente para hacerse entender, sin que los ojos más perspicaces puedan apercibirse de nada, que en caso contrario los soldados del bajá la conducirían á la *casbá*, donde con justa causa habría de recibir una más que mediana paliza en la planta de los pies, de no redimirla con una fuerte suma.

Los oficios de esas intermediarias de amores contrariados serían inútiles si no existieran las noches de los sábados, y con ellas la costumbre del baño ó *jamam*. Prescribe la religión musulmana ciertas abluciones, que están más recomendadas después del cumplimiento de los deberes conyugales, así como éstos están aconsejados en la noche del viernes, viéndose por esta causa muy frecuentados los establecimientos balnearios al siguiente día. Los hombres acuden á ellos hasta la una de la tarde, y las mujeres desde el anochecer á las diez de la noche, siendo el único punto en donde gozan de verdadera libertad.

Las familias bien acomodadas tienen dentro de las casas el baño de vapor, á que tan aficionados son los marroquíes; pero es raro que las mujeres no se den buena maña y dejen de asistir á los baños públicos, por lo ménos una vez en la semana. Al llegar la noche, seguidas de las esclavas negras, pues los maridos ya he dicho no las acompañan nunca á este acto, se dirigen al establecimiento, que está muy lejos de las comodidades y lujo que ofrecen los que existen en los pueblos de Oriente y aún en Trípoli y Túnez. Entrase en los de Marruecos por una puerta estrecha y pequeña, que se abre á un pasillo oscuro, en el que, desde luego, se respira un ambiente tibio y debilitante; al final de aquella entrada se encuentra un cuarto donde está el dueño del *jamam*, á quien se entrega la ropa, las alhajas y el dinero, y después se pasa á una especie de antesala cubierta á los lados de esteras, al-

fombras y colchoncillos, lugar de reposo ántes y despues del baño, donde se reunen las amigas para referirse las impresiones del dia ó de la semana, segun la frecuencia con que le visitan. Unidas por los lazos de la amistad ó el parentesco, y más aún por su destino, dan rienda suelta á sus pensamientos y forman alianzas ofensivas y defensivas, que favorecen poco á sus maridos y señores. El tiempo que con excusa del baño pasan fuera de su casa no baja nunca de dos horas, que vuelan para ellas con la rapidez del águila; la religion, que tanto favorece al hombre musulman, autoriza esta costumbre, á la que no se oponen los marroquíes, sólo por esta razon.

Muchas moras aprovechan esa salida de su casa despues de oscurecido para hacer ciertas visitas, que sus esposos no verian seguramente con el mayor gusto; para evitarlas hacen que las sigan aquellas esclavas en quienes más confian; pero como éstas, por lo general, tienen los mismos resentimientos y las mismas injurias que vengar que sus amas, aparte de los que proporciona la servidumbre, favorecen, en primer término, á las que como ellas se ven maltratadas por el tirano comun. Estas algaradas no tienen muchas veces nada que pueda censurarse con severidad, y los maridos que, apartándose de añejas costumbres, quieren y consideran á sus esposas, tienen poco que temer; no así los que miran á sus mujeres como un objeto de lujo, y, mostrándose en todas ocasiones como dueños, las menosprecian y maltratan; llega un momento en que el ánimo de las esclavas se subleva, y, no atreviéndose á luchar frente á frente con el déspota, buscan en secreto la venganza que más pudiera herirle, y para ello son excelente pretexto las salidas al baño por la noche, y cubiertas por el jaique, que hace iguales á todas las marroquíes.

No es de extrañar que las moras ricas, que tienen en sus casas el baño con las mayores comodidades posibles, procuren conservar la costumbre de visitar *los jamams* públicos, donde se carece de todas y donde únicamente las pobres hacen con verdadera fé sus abluciones en los cuartos que rodean á lo que podria considerarse sala de recepcion y de descanso. El pavimento de aquellas habitaciones es su-

mamente resbaladizo por el agua de jabon que cubre las baldosas; muchos cubos llenos de agua caliente y fria están colocados al pie de las paredes, que, como el piso, despiden un calor insoportable á los no acostumbrados á aquel sitio, en el que penetran grandes cantidades de vapor de agua.

En el subsuelo de los cuartos donde se toma el baño de vapor, se encuentran los depósitos del agua, que se calienta y evapora merced á unos hornos ingeniosamente colocados. El calor se hace tan insoportable en los primeros momentos del baño, que apenas permite la respiracion, y los pies no pueden resistir la elevada temperatura de las baldosas, haciéndose preciso resguardarlos con un calzado de madera.

Al minuto, ó quizás ántes, la piel se cubre de sudor y va siendo más agradable la estancia en aquel recinto; entónces, las sirvientas del establecimiento se apoderan de la bañista, golpean, azotan y comprimen todos sus músculos y la distienden las articulaciones; pero con tal arte y maestría que no ocasionan la menor molestia. Despues la friccionan con jabon, arrojan sobre el ya desmadejado cuerpo de la cliente uno ó dos cubos de agua fresca y la envuelven en un ancho jaique, conduciéndola al cuarto de descanso, donde se viste y toma thé y algunas golosinas.

Muchas concurrentes no se someten en los baños públicos á tan pesadas operaciones, y se limitan á lavarse el cuerpo haciéndose echar un cubo de agua á la temperatura que las sea más agradable.

En Fez, una de las capitales del imperio, tienen los baños un sello característico; en todas las casas ricas los patios se hallan convertidos en hermosos jardines, con ricas, frescas y abundantes fuentes, que vierten sus caños en grandes pilas donde se sumergen con frecuencia los habitantes de la ciudad bendita de *Muley-Driss*, para mitigar los efectos de su ardiente clima. En aquellos sitios de recreo la mujer del magnate moro se ve rodeada de un lujo oriental: flores de los más variados matices y perfumes; mansas gacelas acostumbradas á comer en la mano de sus amas; tórtolas, palomas y toda clase de pájaros cantores; esclavas obedientes y solícitas que saben adivinar hasta sus más peque-

ños caprichos, y todo cuanto excite su fantasía y contribuya á hacerla olvidar que flores, perfumes, gacelas, aves y criadas son el oropel que disfrazan los hierros de su jaula.

Las judías tienen tambien sus baños donde por deber religioso deben purificarse, y á ellos acuden por lo ménos una vez al mes, pasada cierta indisposicion peculiar á su sexo, debiendo sumergirse totalmente en el agua que está á la temperatura ordinaria, lo que no deja de ocasionarlas enfermedades en los inviernos frios.

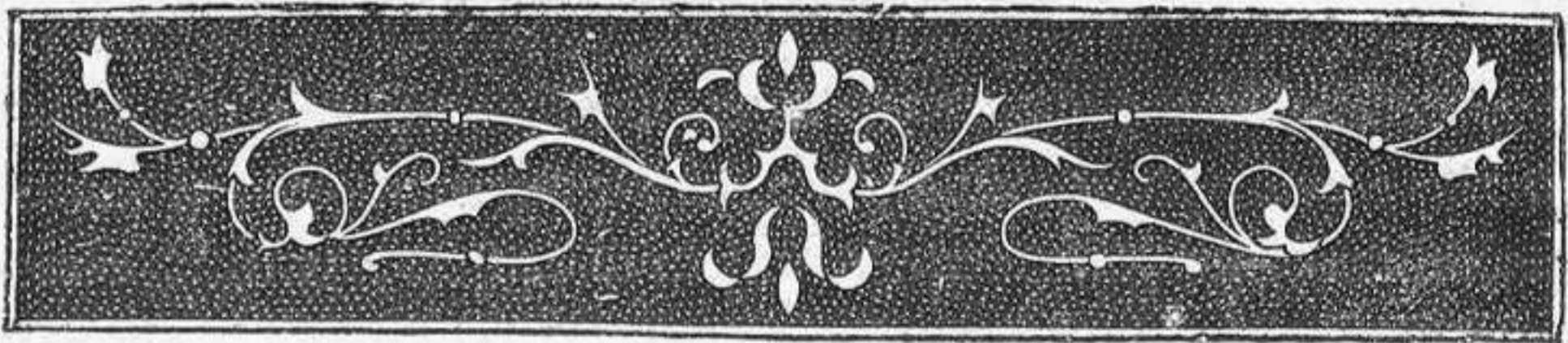
La mujer hebrea, si bien no goza las consideraciones y respeto que la cristiana, participa de las fiestas y diversiones de los hombres, y bajo este punto de vista es ménos digna de lástima que las moras. Sin embargo, se observa un raro fenómeno en el imperio marroquí: pocas moras ó ninguna abrazan el judaismo, y, por el contrario, las judías, perdiendo un bienestar relativo, suelen aceptar la ley predicada por el Profeta; y como nadie las obliga á ello, sólo puede tener explicacion su conducta en el carácter caprichoso de las hijas de Eva.

FELIPE OVILO CANALES.

*(Se continuará.)*







# CARTAS DESCRIPTIVAS

DE UNA EXPEDICION DE ESTUDIO

Á LOS HERVIDEROS DE LA FUENSANTA, MINAS DE ALMADEN Y LAS DE HORNAGUERA EN PUERTOLLANO, PROVINCIA DE CIUDAD-REAL, VERIFICADA DURANTE LOS DIAS 27, 28, 29, 30, 31 DE DICIEMBRE DE 1873 Y 1.º DE ENERO DE 1874; Y DIRIGIDAS Á LA CONDESA DE L., RESIDENTE EN PAU.

## CARTA III (I).

HISTORIA Y CIRCUNSTANCIAS DEL ESTABLECIMIENTO DE LA FUENSANTA.

*Su situacion geográfica y geológica.—Historia de estos baños.—Interior de sus construcciones.—Descripcion y análisis de sus aguas.—Fuerte accion del ácido carbónico de las mismas.—Nuestra indiferencia por el tesoro de estos hervideros.—Valor que dan los extranjeros á las aguas de su clase.—Pensamientos con que nos despedimos de este establecimiento.*

Considero de tanta importancia, amiga mia, los baños de la Fuensanta, que no quise en mi anterior hablar á Vd. de ellos tan someramente como ya su conclusion exigia, y os la

(1) Véase, en la pág. 409 del tomo XXXIV, la I y II.

cerré, prometiéndole para ésta su más dilatada descripción, que es la que paso á hacerle.

Encuéntrense éstos situados á los 38° 52' latitud Norte y 0° 14' 30" al Oeste del meridiano del observatorio de Madrid, á 2.300 pies sobre el nivel del mar, y á dos leguas al Sur de Ciudad-Real. Se hallan tambien á una legua Sudoeste del antiguo Pozuelo de Calatrava, á tres cortas de Almagro, á unos dos mil cuatrocientos pies de la orilla izquierda del rio Javalon, y como á unos ochenta sobre su nivel, cuyo cauce pasamos, y de cuyas colinas circundantes acabo de hablarle.

Segun la Memoria del Sr. Zapater, el origen de estos baños se remonta nada ménos que al principio de nuestro planeta, deduciéndolo de lo que dice Berzelius sobre las aguas minerales acídulas, como procedentes de terrenos cargados de cal y de volcanes apagados. Pero aunque nuestro planeta ha conocido desde entónces acá muchas revoluciones, cual ya os dejo expuesto, ningun rastro volcánico hemos encontrado ni en sus alrededores ni en sus más próximas cumbres, por más que se encuentran con abundancia en la provincia.

Por mi parte, sólo le agregaré que su conocimiento histórico no se remonta, segun el propio Sr. Zapater, sino á los escritos del Dr. Alfonso Limon Montero (1697), en su tratado *Espejo cristalino*, en el que nombra al Javalon y á los hervideros de Fuensanta; y segun la tradicion, no habrá más de un siglo que se hacia uso de estas aguas como tratamiento medicinal. Los infantes de España, á los que en estos últimos años perteneció esta encomienda de Calatrava, fueron los que comenzaron á cercar estas pozas primero, y despues á hacer depósitos artificiales para recoger estas aguas.

El infante D. Cárlos, sobre todo, fué el que, compadecido de los centenares de familias que en busca de salud acudian hasta allí, sin más albergue que unos incómodos y miserables chozos, teniendo que llevar consigo los enfermos hasta el pan que habian de comer y el combustible para guisar, sin que á pesar de esto dejaran de concurrir más de seis mil bañistas, segun lo asegura el facultativo Torres en sus Memorias publicadas sobre este establecimiento; D. Cárlos fué el que comisionó en 1818 al arquitecto de S. M., Velaz-

quez, y al farmacéutico D. Gregorio Bañares, al primero para que levantase los planos de un edificio, y al segundo, para el análisis de las aguas. Desempeñado esto último por Bañares, ya también en 1819 se principió la obra de una buena casa para los empleados y trabajadores, mientras se levantaba el edificio principal, que se fabricó al Oeste del baño y en su parte más elevada, siguiendo después el ornato de algunas calles de árboles, el dar salida á las aguas sobrantes, y la reunion al principal de otros perdidos manantiales. Y ya iban á ser ejecutadas las demás obras importantes que se proyectaban, cuando los acontecimientos políticos, tan continuos en España desde principios del siglo, vinieron á suspenderlas. Tales fueron los sucesos de 1820; y veinte años después, ya el partidario Palillos ponía fuego á las que habian principiado á levantarse en 7 de Junio de 1840, y volvieron á repetirse las hileras de chozos para los bañistas, por no ser suficientes los edificios que para hospedarlos quedaron. Tal era el estado que tenian estos baños para el servicio público, hasta el año de 1855, en que pasó su propiedad al Sr. D. Francisco Coello y Quesada.

Jóven éste entónces y entendido como ingeniero, si grandes fueron los pensamientos del infante D. Carlos, no fueron menores los de este propietario, el que sin dilacion dió principio á las obras bajo los mismos planes del infante, obras que al fin vió concluidas, segun lo deseaba. Pero andando el tiempo, quedó tan harto de las exigencias y dificultades que ofrecia este balneario, y le dió tan pocos resultados financieros, que al fin lo abandonó, y hoy pertenece á ocho testamentarios, cuya difícil unanimidad no será nunca la más á propósito para cualquier plan que pudiera tener por objeto la restauracion completa que ya hoy exigiria este establecimiento. Mas, por otra parte, ¿qué hacer en un país donde no corren aún dos años que fueron asaltados aquí los mismos bañistas, quedando muerto uno de ellos, que era un diputado, por feroces bandoleros?

Pues no bajo mejor influencia hemos principiado á recorrer el vasto recinto de sus construcciones actuales; y el estado en que encontramos su interior, bien refleja estos ante-

cedentes. Todo lo indispensable está atendido: todo lo que es gusto está abandonado. Pero lleguemos por fin á la joya natural que lo enriquece, por más que le falte el engaste artístico que en un país extranjero ya tendria. Me refiero á su singular *hervidero*.

Brota éste en el centro de un cuadro de cantería, al que se baja por algunos escalones, que forma el receptáculo del agua caliente, la que con gran violencia sale entre multiplicadas burbujas de gas ácido carbónico, que estallan con cierto ruido que le es peculiar, al contacto del aire; ¡potente raudal, que no dá ménos de cincuenta reales fontaneros de agua! Esta es clara y trasparente en su nacimiento, y si se conserva en un vaso, expuesto al aire libre por espacio de veinticuatro horas, forma en su superficie como una telilla plateada, que herida por los rayos del sol produce todos los colores del iris, debido al hierro.

Este baño tiene sus respiraderos, sus correspondientes desagües, y necesita de una limpieza fuerte y continuada, por la naturaleza ferruginosa de la misma agua que en él se deposita, de cuyo color se tiñen, no sólo el suelo, sino hasta la ropa de los bañistas, color que resiste despues á la más fuerte lejía. La constante temperatura de este agua, al salir del seno de la tierra, es de 17° Reaumur. Ensayada con el areómetro Beaumé, parece más pesada que la destilada, y hasta hervida y expuesta al aire libre, es mayor su gravedad que la destilada, porque si pierde el ácido carbónico y el óxido de hierro precipitado, tambien sus sales se concentran y quedan disueltas en el líquido. La accion de estas aguas acídulas es tan descomponente y tan enérgica sobre determinados cuerpos, que éstos quedan destruidos en brevísimo tiempo. Pero nada puede explicar mejor la naturaleza de sus sustancias componentes que el siguiente estado de las que tiene en disolucion cada libra castellana de este agua medicinal, segun la autorizada Memoria del citado Sr. Bañares:

*Fluidos elásticos.*

Gas ácido carbónico. . . . . 147 pulgadas cúbicas francesas.

| <i>Salas neutras.</i>  | <u>Gramos.</u> |
|--|----------------|
| Carbonato de hierro ad minimum (proto-carbonato de hierro) . . . . . | 1,50           |
| Muriato de sosa (deuto hidrociorato de sodio) . . . .                | 15             |
| Sulfato de sosa (deuto sulfato de sodio) . . . . .                   | 1,50           |
| Carbonato de magnesia (subcarbonato de magnesia) . . . . .           | 11             |
| Carbonato de cal (subcarbonato de calcio) . . . . .                  | 1              |
| TOTAL . . . . .  | <u>30</u>      |

No me toca á mí exponeros en esta carta la accion fisiológica y benéfica de estas aguas sobre el organismo humano. La naturaleza en muchas cosas ha puesto el mal y el remedio, como en varias de sus plantas. Si presenta el veneno, tambien ofrece el antídoto. Pues en la cualidad de estas aguas encontrareis otra prueba. Siendo el gas ácido carbónico por sí mismo mefítico y destructor del sér que lo respira, disuelto en este agua, la hace acídula y medicinal por excelencia; pero os repito que yo no debo entrar aquí más que en estas indicaciones.

Aunque con menor cantidad á su aparicion, preséntase otro manantial, quizá más notable por su fuerza de gas carbónico, á unos 40 pasos del principal que acabo de describir. Tiene tambien un pequeño estanque, y su agua se presenta aún más diáfana que la del primero, por no contener tanto carbonato de hierro, y tal vez lo reducido del estanque y lo más recogido de este hervidero hace más sensibles los efectos de su ácido carbónico. A su aliento sólo, mueren las aves que á él se aproximan, y nosotros mismos hemos participado algo de su accion, cuando nos bajamos para probar su influjo. Apenas podiamos resistir su más intenso olor desagradable y picante. La gran cantidad de su gas ácido carbónico, al desprenderse del agua, produce el especial ruido que causa su salida, y su presion es tanta, que traspasa los ladrillos y hasta las piedras, lo que ofreceria grandes curiosidades si se le construyese un receptáculo ó gruta á imita-

cion de las que ofrece en Nápoles la afamada *del Canis*. Mas en el país en que se han arraigado tanto la destructora planta del guerrillero y la inseguridad de sus campos, esto sería lo mismo que pedir al mar su reposo. Sí, mi amiga: en vano la naturaleza nos dió para las ciencias este agua mineral, y para la salud este tesoro. Menor fué el que reportó el antiguo ducado de Nasau con sus célebres aguas de *Seltz*, y la Bélgica con sus nombradas de *Spá*. Superiores á una y otra son las de Fuensanta por sus análisis comparados, como puede verse en la Memoria ya citada de estas aguas por el Sr. Zapater, teniendo sobre las de *Seltz*, no sólo mayor cantidad de ácido carbónico, sino mayor de carbonato de magnesia y de carbonato de hierro disuelto, por más que las de *Seltz* exceden á éstas en carbonato de sosa. Pues las de *Spá* no quedan ménos inferiores, si bien éstas se asemejan mucho más á las de Fuensanta y poseen el carbonato de hierro, como decrecen en el de sosa, que en tanta cantidad tienen las de *Seltz* y Fuensanta.

Ya intentamos tomar nota de la temperatura de este agua al salir de la tierra: pero al ejecutarlo nuestro compañero S., cayó al agua su termómetro (que con gran dificultad pudo sacarse), y desde entónces quedó descompuesto. Mas sí os repetiré, que es tanta la cantidad de ácido carbónico que desprende este agua, que carbonata al momento la de cal puesta en su contacto, apaga bujías, mata animales, y enrojece el papel de tornasol. Y todo esto me recordó, al contemplarlo, qué atmósfera no habria al levantarse estos terrenos silúricos en que hoy brotan estas aguas, cuando, absorbiendo la enorme cantidad de este ácido carbónico que estaba esparcido en la atmósfera, se depositaba en igual abundancia sobre las rocas calizas. La disminucion gradual entónces del ácido carbónico de la atmósfera hasta el estado de carbonato de cal, desarrolló sobremanera la vida orgánica del globo. Sin esta graduacion y este tránsito, los animales de sangre caliente no hubieran podido respirar este aire, y por eso éstos tardaron más en habitar la tierra. Pero lo que era malo para los animales, era lo mejor para los vegetales; y éstos, absorbiendo el carbono y restituyendo el oxígeno, pu-

rificaron aquel aire y amontonaron nuestra actual riqueza de combustibles fósiles, como os lo demostraré en otra de las sucesivas, al hablarle de las nuevas minas hulleras de esta misma provincia, junto al pueblo de Puertollano, á donde nos encaminamos despues.

Veo que ésta se va dilatando, y seria muy larga, si tratara de emborronarle la accidental aventura que hemos tenido por estos campos, en que puso Cervantes las principales de su héroe manchego. Nos ocurrió ésta al volver de estos baños á Ciudad-Real, y aunque no sea tan amena como las del *Quijote*, le ganó, sin duda, en realidad y en el susto mayúsculo que por ella tuvimos, segun os lo relataré en la siguiente.

Recibid, señora, etc.—M. RODRIGUEZ FERRER.

## CARTA IV.

VUELTA Á CIUDAD-REAL Y PARTIDA DESDE AQUÍ Á ALMADEN.

*Un encuentro de facciosos.—Consideraciones sobre nuestro antiguo bandolerismo.—Arribo á Ciudad-Real.—El feudalismo y el federalismo.—Salida para Almaden.—Almadenejos y su comarca.—La señora Blasa y sus principios políticos.—Salida de Almadenejos, y estudio del paisaje que se recorria.—Llegada á Almaden, y descripcion de este pueblo.*

Cerré á Vd. mi anterior, amiga mia, con el reconocimiento de los manantiales de aguas minerales, ó sean los *hervideros* de los baños de la Fuensanta, á dos y media leguas de Ciudad-Real, y os voy á seguir este itinerario y lo que en el camino nos sucedió.

De vuelta para esta capital, y cuando ya la tarde declinaba y la monotonía de los llanos agostados que recorriamos en esta estacion nos vedaba toda otra impresion nueva, el triste estado de nuestra patria vino á suplirnosla con otras, no tan agradables, por cierto, como las que nos habia inspirado por todo el dia la simple naturaleza en sus más admirables obras.

Y esto me hará apartar algo en la presente de ciertas consideraciones científicas, para inclinarme más á las sociales, haciéndole ver cómo, sin la paz y sin una gran instrucción y cultura, nuestra regeneración será imposible.

Caminábamos como engastados en nuestro carrito manchego, retrocediendo á los muros de Ciudad-Real, cuando de repente la voz de ¡alto! hizo contener á nuestro conductor su vehículo, mandando detenerle un jinete que, con gorra peluda y un remington en la mano, nos hizo obedecer al punto, reconociendo tan insinuante cortesía, para la que no cabe réplica cuando con tales manifestaciones se usa. Excusado será agregarle, que eran *facciosos* los que con tal saludo nos favorecían, preguntándonos además nuestra procedencia y destino (1). Contestábales el carrero con gran miedo, porque él, como nosotros, no sabía cuáles serían los servicios á que nos tendrían destinados, y si convertirían á la expedición de repente, de exploradora, en ser más que explorada. Por mi parte, puedo decirle que ya me contemplaba iba á pasar una nueva luna, y no de miel, ni en los colchones de la *Perla* (2), pues que el secuestro de nuestras personas iba á marcar el nuevo sistema tributario de este otro estado guerrillero, que funciona dentro de la esfera del nuestro, y que es más eficaz, por cierto, para el contribuyente que el de las leyes, reglamentos y demás zarandajas. Pero algún santo rogaba por nosotros (no siempre obedecido por los asaltantes), y éste quiso que semejantes agentes agrícolas y administrativos fuesen neófitos en el oficio, los primeros de una partida nueva que por allí se formaba, y que por lo tanto, se contentaran con pedir un freno y despedirnos entre las suaves interjecciones de su diccionario, todo pecata minuta cuando en estos casos no se usa la lengua blanda, sino la dura del trabuco ó la escopeta. Eran, pues, sucesores inocentes, y bisoños todavía, de aquel Palillos, que en la primera guerra había quemado los edificios de los baños de donde veníamos, y como los de su

---

(1) No se olvide la fecha en que esto se escribía.

(2) Así se llamaba la posada en que habíamos estado en Ciudad-Real, de la que ya dejamos hecho mención.



escuela, propensos siempre á hacer estos *chamusquillos* en trenes, casas y personas, y os confieso que mi espíritu estuvo en un pelo mientras no nos permitieron seguir el camino. Porque le repetiré lo que ya os he indicado en mi anterior: ¿cómo es posible, amiga mia, que tengamos baños como *Spá*, ó que podamos hacer excursiones científicas como en Francia, mientras no desaparezca de nuestra patria esta raza de hombres que brota la tierra, como abonada cada dia más por nuestras continuas convulsiones? Planta indígena de nuestro accidentado suelo, su influjo ha sido bien pernicioso, por más que un alto patriotismo haga el apoteosis de un Viriato, antecesor en línea recta de un *Mina*, de un *Pastorcito* y otros, templados todos en las tradiciones de este país, que ha contado siete siglos de intestina lucha. No poco combatió sus frutos la histórica Santa Hermandad, á pesar de la proteccion del federalismo feudal. La justicia y el poderío de los señores Reyes Católicos, realizados por los tribunales de que se valieron, casi extinguieron esta mala hierba; pero volvió á reverdecer con las Comunidades, tomó más vida con las guerras de sucesion, y si se paralizó algo desde su paz hasta principiar el siglo, volvió á tener grande empuje con las Juntas de la Independencia, desde cuya época, lejos de agotarse, ha comenzado á ser más fecunda. Desarrollóse del 20 al 23, del 33 al 40, del 54 al 56, y hoy vuelve á presentarse vigorosa, en tierra tan propicia para su desarrollo, por más que sean maléficos sus continuados frutos, para la moral, la sociedad y las ciencias. Y todavía esta funesta planta ha tenido una hibridacion peor, cuando otros guerrilleros y otras partidas proclaman ciertos derechos ilegales, cual hoy sucede en vuestros hermosos campos, en donde el hombre, sin la fé sencilla que ántes al ménos lo contenia, no sólo quema el templo y la habitacion que las artes construyeran, sino que por el odio, y por el placer sólo de destruir, asocia á esta obra satánica hasta el dolor y el martirio de antipáticos insectos (1).

---

(1) Alúdese aquí á lo que hacian por este tiempo los nombrados *federales*, los trabajadores del campo de Jerez, para hacer más extensivo el incendio

Dispensadme, señora, esta digresion, que aunque no geológica, sabrá Vd. disculparla sin duda, cuando os he querido historiar y filosofar algo sobre el susto mayúsculo que por esta aficion geológica hemos sufrido, sin poder prescindir tampoco del poder de las circunstancias políticas bajo cuya presion os escribo. Que tales son por aquí los placeres con que compensan los estudiosos sus excursiones campestres. Quién los tiene por algo más que simples, cuando los ven cargados con *pedruscos*. Quién no les da paz en las ciudades. Quién les perdona la vida en los caminos. Pero consolémonos con aquel refran italiano que dice: *Il mondo bello perche e vario*, y que en vascuence ha traducido el príncipe Napoleon: *Munduo ederra dá muda tren dalaco!* Pero olvidémonos de esta aventura, y voy á seguir con mi derrotero.

Llegamos por segunda vez á Ciudad-Real, capital de una de nuestras provincias, por más que allá en 1383 el rey don Juan el I hiciera merced de este pueblo á Leon V, rey de Armenia, moneda corriente entónces para pagar ciertos servicios, porque segun el derecho de aquellos tiempos, Ciudad-Real no era más que una parte del territorio de que el señor disponia, como de sus raíces y habitantes, sin que obstase que, siendo parte de España, pertenecer pudiera al rey de los armenios. ¡Que tal era el sistema de aquel federalismo feudal! No era otra cosa que un socialismo por lo alto, como hoy se quiere hacerlo por lo bajo. El señor entónces descuartizaba la España, y hoy el federal intenta hacerlo, no con mejor título, separando las provincias y apropiándose la propiedad para dividírsela y repartírsela. Mas Ciudad-Real volvió á la corona en 1391, y ya en 1420, Juan II, por otros servicios que hubo de ofrecerle esta poblacion, dióle el título de *muy noble y muy leal*; y bajo estas consideraciones llegamos á nuestro hotel, siempre *Perla*, pero más perla para nosotros, que

---

en los trigos segados. Cogian un lagarto, le ataban una *pajuela* (hilo azufrado) á su cola, y como el animal buscaba un abrigo donde refugiarse, lo hacia bajo de un haz; pero éste ardia con el fuego que el mismo animal le comunicaba, y tenia que buscar otro, en que se repetia la misma escena, entablándose así un fuego general, sin que pudiera comprometerse la mano incendiaria que lo comunicaba así, tan infernalmente.

deseábamos ya el refrigerio de su buena mesa, y olvidar el susto de los facciosos entre el sueño á que nos entregamos sobre sus buenas camas.

Muy temprano nos levantamos, y cumpliendo con los deberes del día (era festivo), tomamos el tren que nos debía conducir á Almadenejos, por no llegar la vía á Almaden. Pues sin duda ignorareis que, siendo este último pueblo un punto tan notable como el primero en el reino mineral, la administración española cometió la falta, si no el crimen, de que los rails hicieran para salvarlo un paréntesis, bajo el influjo de ciertos intereses é intrigas de un miserable individualismo (1), y éste es el día que no se ha levantado una voz para protestar cual lo merecía este delito de lesa industria, de importancia y de decoro nacional. Y cuando hoy se decanta de un adelanto utópico y político, que á tal estado nos ha traído; entre tanta predicación y predicadores, no ha habido una sola voz que haya pedido que se subsane tan bochornosa falta; y esto, cuando los productos de estas minas necesitan de tanto material anticipado, y cuando, para mayor afrenta, los ingenieros más notables de Europa tienen que reconocerlo, al usar de los míseros y atrasados medios de la locomoción actual, cual nosotros hemos tenido que valernos de ellos. Así los extranjeros vuelven á sus respectivos países, y sobre publicarlo con exageradas pinturas, multiplican los relatos que nos rebajan, siendo siempre el blanco de sus prevenidas censuras. Pero todo tiene su compensación, y fatalidad semejante ha tenido para nosotros otro expedicionario goce: el encontrar aquí, en Almadenejos, como huéspedes de la señora Blasa,

---

(1) El Sr. Monasterio escribió á este propósito en sus artículos: "Con tal que haya salido mucho azogue, los Gobiernos se han preocupado poco de poner al pueblo en comunicación con el resto de España, y de dotarle de aquellas mejoras que otros más afortunados disfrutaran: basta decir que hasta hace pocos años se trasportaba el azogue en mulos ó en carretas á Sevilla; que no había carretera que enlazara á Almaden con la capital de ninguna de las tres provincias cuyos límites toca; que hasta hace tres años no ha tenido telégrafo, y lo que es más admirable, que se halla separado 11 kilómetros del ferro-carril de Ciudad-Real á Badajoz, teniendo que servirse de una estación que no es la suya, y advirtiendo que la vía atraviesa una hermosa finca del establecimiento, la dehesa de Castilseras."

no la manifestacion de los exóticos restaurants, sino la mesa típica de nuestras antiguas posadas.

País el que ya pisábamos de vegetacion arbórea, y en el que aparecen los restos de los grandes encinares que un tiempo lo cubrian, la engorda del puerco en sus comunales pastos es un derecho antiguo y vecinal para cada uno de estos habitantes, y ya la señora Blasa, al recibirnos en el estrado de su hogar y al amor de la lumbre de su monumental chimenea, no nos presentaba en su habitacion otros trofeos que losculinarios de este animalito, ni eran de otra materia los arcos y festones con que adornaba el interior de la campana de dicha chimenea, pues los jamones, y sobre todo los chorizos, formaban graderías que iban disminuyendo la necesidad de sus huéspedes, y mucho más si, como nosotros y en semejantes alturas, no se acordaban del *beef-teak* para demorar el más sencillo y pronto revoltijo de los indispensables huevos. Y esta confeccion, hecha por la señora Blasa, no podia ser más rápida por ninguna otra mano: que, heredada su práctica y de antiguo abolengo, ya su jóven hija principiaba á ayudarla en los anillos de su continuidad. Y acatando nosotros en la primera la respetabilidad con que desde su sillón todo lo disponia y mandaba, nos olvidamos por estos momentos de las rocas y de sus fósiles, de las épocas geológicas y de las condiciones vegetativas del horizonte en que nos encontrábamos, no sólo para saborear las obras de sus prestas manos, sino tambien para escucharla y seguirla en el curso político con que mientras nos entretenia, no muy favorable, por cierto, á los que, segun ella decia, no pagaban á los curas y esquilmaban sin piedad lo que entraba en sus bolsillos. Y como hablaba siempre por imágenes, cual hija de un pueblo meridional, llamaba á los partidos de *moco de pavo hácia delante*, ó *hácia atrás*, no entendiendo de otro modo los principios conservadores ó del progreso. Pero estando en la mitad de su curso, llegó el carro que nos habia de conducir á Almaden, y dándole el antiguo adios de nuestros abuelos, dejamos su casita blanca, cuando la Blasa más entusiasmada nos decia que por allí ser republicano era, «no creer en Dios, no pagar al dueño y creerse tanto como los amos; y

que aunque sus paisanos decían que ninguna desigualdad puede haberla en una república, ella veía por sí que era mejor para su faltriguera el que le consumía un duro que el que sólo podía consumirle una peseta, y que la igualdad la tenía por cháchara.» (Sic.)

En marcha ya para el Almaden, varias veces abandonamos el vehículo para reconocer mejor el terreno que recorriamos. Este es ya completamente agreste por entre llanos y cañadas que multiplica por aquí la Sierra Morena con los montes y colinas que apenas reciben por todo el año la nieve, y en donde apenas se encuentra choza ni casa alguna. Un río de lento curso siempre, y más que impetuoso cuando sus muchos arroyos feudatarios lo acrecen en días de grandes lluvias, es el único elemento líquido que serpentea por entre estas breñas. Mas la importancia científica de este paisaje está en los descuajes y farallones que por aquí ofrecen las rocas.

Mis compañeros se fijaban mucho sobre estas últimas, en las que volvieron á hacer resonar sus martillos, encontrando algunos ejemplares de *hematites parda* con cristal de roca. Por mi parte, me puse á reconocer la vegetación, que por todas partes se sobrepone aquí, hasta al rigor con que es tratada tantos años hace entre nuestra destrucción de montes y plantíos. También advertí que desde Almadenejos vienen marcándose los confines de la gran cuenca miocena de la provincia manchega, y el terreno siluriano de sus circundantes sierras. A las calizas de la primera, en que abundan los fósiles de agua dulce, como el *planorbis*, el *helix* y otros, se suceden las pizarras arcillosas y areniscas, tan ricas en *trilobites*, como os manifestaré en las subsiguientes. Pero volviendo á la vegetación, ésta es ya tan extensa como variada, y el lentisco (*Pistacia Lentiscus*) cubre con su vegetación baja muchos espacios, alternando con otros más verdes de roble, (*Quercus Robur Villed, Q. pedunculata* y *Q. pubescens*), con otros manchones más pardos y rojizos de brezo (*herica sinereoaa, L.*); alternando todo con salientes rocas, cuyas faces angulosas llaman por aquí pestañas, en el lenguaje vivo de estas gentes campestres. Sobre ellas asoma y desaparece la triscadora cabra, tan perjudicial al arbolado, y por cuya razón el fuero

vizcaino la manda matar á sus agentes, escribiendo esta sentencia: que *arbolado y cabras no son posibles*.

En todo este trayecto, por último, hasta llegar á Almaden, predominan grandes masas de cuarcita, atravesadas á veces por filones de hierro, que mis amigos golpeaban con sus martillos, acopiando ejemplares en sus redes sin fondo. Y como estas cuarcitas resisten más que otras rocas las erosiones del tiempo, hallándose sus capas empinadas hasta la vertical, de aquí que desde lejos presenten á la imaginacion sus fantásticas alturas, entre las que sobresale la *Cerrata* del Almadanejos, que ya dejábamos á la espalda, y otras en la sierra de *Castilseras* y punto del Almaden adonde nos dirigiamos. Mas, se lo repito, el aspecto de esta vegetacion es prolongado en sus faldas, y la caracterizan, como ya lo hace observar uno de los autores de la *Flora forestal española* (1), los preponderantes quegigos, la coscoja y varias especies de jaras. Este mismo autor, al comparar la monótona vegetacion leñosa de las llanuras de la Rusia Septentrional con la variada y rica de nuestra gran Sierra Morena (en cuyos cerros y barrancos se cuentan á veces hasta por docenas, diferentes especies leñosas en sólo media hectárea de extension), cita unas 29 especies en un punto y 33 en otro, deduciendo de su fecundidad, y de dato tan curioso para la topografía botánica, cuán grande es la sociabilidad de ciertas especies. Tambien este propio y entendido facultativo en el ramo de montes, no pudo ménos de parar su atencion ántes de llegar al Almaden, yendo de Puertollano, ante la diversidad de matas de esta antigua vegetacion. El *Ulex Europæus*, que viene á ser el tojo de los gallegos, por su circunstancia de encontrarse junto á las estaciones de ambos pueblos y en zona tan meridional, no cree que pueda llegar hasta aquí su espontaneidad, y sí sólo que estas matas han debido proceder de semillas traídas tal vez por los ganados trashumantes, cuando vienen á pasar el invierno en la dehesa de la Alcu-dia, observacion curiosísima sobre las localidades que ahora

---

(1) El tan competente Sr. Laguna.

recorriamos, y que aquí os la quiero señalar. Bajo estas consideraciones llegamos al fin al Almaden, notando siempre una despoblacion completa. Poco se parece en esto último el país que hasta aquí habíamos recorrido á las provincias vascas, por más que el vasco le ofrezca cierta analogía con sus accidentes pintorescos.

Llegamos por fin á las primeras casas de Almaden. Una abundante fuente de sillería, muy descuidada en su antiguo ornato, es lo primero que se nos presentó como cargo para el municipio de esta poblacion, cuyos individuos, simples obreros, no deben sufrir mucho con estas trasgresiones de la estética vecinal. A poco se nos presentó el pueblo de Almaden cual un largo y blanco reptil que se posa sobre la cresta prolongada de una montaña, porque sus casas no tienen otra direccion á una y otra parte de sus vertientes, singularizándose mucho por su extremada blancura, lo que no extraño, por el recomendable vicio de estarlas encalando de continuo con el producto de un banco deleznable cercano que llaman *tierra blanca* (1). Su calle principal, por lo tanto, es muy prolongada, siguiendo la direccion de la colina, origen de sus minas, y arca secular de los raudales de oro y plata que han dado por productos, y á cuyas cercanías comenzaron á situarse allá en lejano tiempo las moradas de sus obreros. Pero puesto que ya hemos cruzado esta calle, tan ancha y larga, como de empedrado ingrato, lleguemos al interior de una de estas modestas casas, y muy pronto veremos otra especialidad, que pararia á ser fenómeno, si no fuera una consecuencia de que todas tienen por base esta pelada roca, y que sus constructores no pudieron disponer ni del capital ni del tiempo que hubieran necesitado para formar el nivel de sus respectivas habitaciones. Así es, que al pasar á la que se nos tenia señalada, creimos que era una cueva, con relacion á la altura del

---

(1) Hé aquí lo que tambien dice sobre esto el señor de Monasterio: "El aspecto de la poblacion es alegre, debiéndose principalmente á la costumbre de enjalbegar las fachadas *todos los sábados*, y de cuidar con gran esmero del aseo de las calles, que, por desgracia, tienen un malísimo empedrado, desigual y *puntiagudo*, que mortifica los pies poco acostumbrados á esta clase de pavimentos."

patio, y tomamos por humedad lo que bien pronto vimos era sólo un accidente del suelo. Porque aquí cada casa no lo es: es sólo un arca de chiquillos que hormiguean después por las calles, y que llaman la atención por la fecundidad particular que supone en las mujeres de este pueblo. ¿Contribuirá á ello la atmósfera de azogue que las circunda? No lo afirmamos, pero el hecho es de observar (1).

Esta población ofrece hoy, según el último censo, 1.600 vecinos, con siete mil y pico de almas, cuando no contaba, á fines del pasado siglo, más que 1.429 vecinos y unas 4.800 personas. Tiene, además, una población flotante que viene en busca de trabajo en ciertas temporadas; sin que esto aumente la importancia de esta población como villa, por más que tenga obtenido este título desde 1417, y haya resonado su nombre en los dos hemisferios al inundar con sus azogues los mercados del globo, siendo hasta el presente este producto la cadena sin fin que viene uniendo á este humilde pueblecito por más de tres siglos, con la lejana región de las dos Américas, y ya hoy, hasta con la Australia y demás mercados del mundo.

No os dilataré más la presente: en la venidera ya hablaré de los alrededores de estas célebres minas y de sus singular estratigrafía, pues como nos dice el respetable D. Casiano del Prado, en uno de sus más sustanciosos trabajos, por aquí se presenta el terreno más precioso que en igualdad de superficie ofrece toda la Europa, encerrando el tipo más bello de los criaderos metalíferos conocidos.

Recibid, señora, etc.—M. RODRIGUEZ FERRER.

(*Se continuará.*)

---

(1) A poco de tener emborronadas estas cartas, publicó el Sr. Monasterio sus artículos, y hé aquí lo que sobre esto mismo escribiera: "Es notable la fecundidad de las mujeres en Almaden (quizá el azogue contribuya mucho á este fenómeno); el pueblo está siempre inundado de chiquillos, y los padres, con honrosas excepciones, se cuidan poco de instruirles ni de dedicarlos á faenas agrícolas; pero en cambio, apenas cuentan nueve ó diez años, solicitan una plaza en el trabajo del exterior de las minas, para que les ayuden con un real y medio ó dos reales con que empiezan, sin calcular que esa ayuda es á costa de las fuerzas y el desarrollo de esos pobres niños, que debían estar en la escuela en vez de ir á otra de vicios, donde aprenden, ántes que todo, la manera de eludir el trabajo, las más veces superior á sus fuerzas."





AVENTURAS  
DE  
UN SALTIMBANQUIS.<sup>(1)</sup>



El ofrecimiento era seductor para un empresario completamente tronado. Mr. Horner mandó que le trajesen su sombrero.

—Daremos por ahí un paseito, dijo.

Paseáronse y hablaron largo rato, y el resultado de su conversacion fué que Mr. Cobb pasó á ser discípulo y criado de Mr. Horner. En honor de la verdad, y á pesar de las afirmaciones del director, aquella transaccion parecia redundar completamente en beneficio de una de las dos partes; pero la otra tenia sin duda sus miras secretas. Los honorarios quedaron fijados en cinco libras esterlinas, pagadas anticipadamente. Era un precio muy moderado por las lecciones y el privilegio de aplicarlas á la escena cuando hubiesen dado sus naturales frutos; esto en cuanto al discípulo. El criado debia hacer un poco de todo: armar y desarmar la barraca, cuidar

(1) Véase la pág. 473 del tomo XXXIV.

el caballo, fijar los anuncios, distribuir los billetes en el despacho y vender á domicilio el mayor número posible. Por estas diversas ocupaciones no tenia ningun salario fijo, sino una insignificante comision sobre el importe de los billetes que vendiera.

La práctica demostró al poco tiempo que el director habia tenido una excelente idea. Apenas quedó Mr. Cobb ajustado en la compañía, comenzó á soplar como por encanto el viento de la fortuna. Los espectadores acudieron en tropel al interior de la barraca, y la caja, por consiguiente, comenzó á llenarse de dinero.

—Esos brutos empiezan ya á desasnarse, dijo Mr. Horner al cabo de ocho dias. Por fin aprecian las perlas que uno les echa.

Nadie podia tener interés en contradecir aquel amor propio, tan exagerado como ridículo. Sin embargo, excepcion hecha de miss Cora,—que se creia sin duda, y con razon, en el número de las perlas,—todos los individuos de la compañía atribuian á su nuevo compañero aquellos lisonjeros resultados. Apellidábanle «el afortunado Cobb,» y la verdad es que el pobre hombre justificaba este lisonjero mote. Si decia: «Esta noche habrá mucha gente; apuesto seis peniques á que tenemos diez y ocho personas en las primeras localidades,» podian desde luégo contar con el número indicado. Si ocurría un gasto imprevisto, los ingresos aumentaban en proporcion de las nuevas necesidades. Así, cuando el pequeño Job cayó gravemente enfermo, y el doctor declaró que debia ir á pasar unos dias á los baños de mar,

—¡Es imposible! dijo Mr. Horner. Necesitariamos por lo ménos diez libras esterlinas.

—¡Cómo reunir una cantidad semejante! exclamó la hermana.

—No perdamos la esperanza, señorita, repuso el aprendiz de cómico. En este momento noto en el codo izquierdo una gran picazon, y esta picazon se produce siempre que vamos á tener grandes ingresos.

Miss Horner se encogió de hombros y le volvió la espalda. Y lo cierto es que el codo de Mr. Cobb no mentia; su pro-

pietario tuvo tanta suerte en la colocacion de billetes, que los espectadores llegaron al Teatro Real en mayor número que nunca. Al cabo de una semana, habia ya diez libras esterlinas en la caja.

### III.

«¡Vamos, veo que hoy seré más nécio que nunca!» decia Mr. Cobb cuando se separó de nosotros al terminar el capítulo primero de esta historia.

Sigámosle para ver si es fiel á su pronóstico.

Aun cuando amenazado de una gran desgracia, dá pruebas de una sorprendente lucidez. Vedle recorriendo el pueblecillo de un lado para otro, en busca de todas las paredes susceptibles de recibir útilmente un anuncio. Desplega en esta tarea una actividad tan extraordinaria, que ya no le queda ni un sólo cartel en el momento mismo en que los relojes anuncian las dos de la tarde.

En virtud de las terminantes manifestaciones de Mr. Horner, ya no pertenece al Teatro Real. Nada significa que el anuncio le designe como intérprete del personaje Donblerap en *Zillah la salvaje*; el pobre hombre no es ya más que un actor sin contrata, un criado despedido por su amo. Puede con entera libertad entrar en la taberna de la *Campana*, beber algo caliente para secarse, y hasta pillar una borrachera si se le antoja, aguardando la hora de presentarse en el despacho del teatro para arreglar allí sus cuentas.

Sin embargo, no sigue al pie de la letra esta conducta. Si el desobedecer es una necesidad, Mr. Cobb parece hallarse muy dispuesto á cumplir su palabra. Llega á la puerta de la *Campana* y penetra en el salon, en donde brilla un fuego tan seductor, que áun cuando fuese preciso para gozar de él apurar dos ó tres vasos de grog, el miembro más severo de la Sociedad de temperancia no sabria resistir á la tentacion. Pero Mr. Cobb apenas dirige á la chimenea una mirada distraida; pide únicamente una pinta de cerveza, y

cuando el mozo se la presenta, le da una buena propina, y le suplica que le indique una habitacion en donde poder arreglar un poco su desaliñada persona. Esta ocupacion no le robó mucho tiempo; al cabo de diez minutos, perfectamente aseado, rejuvenecido y libre del puchero del engrudo, que ha dado á guardar al mozo de la taberna, sale á la calle con el aspecto de un hombre que se ha impuesto una tarea y está decidido á llevarla á feliz término.

Aquí es donde vamos á pillar á nuestro encargado de fijar los anuncios en flagrante delito de rebelion, porque se trata nada ménos que de distribuir billetes para la representacion de la noche. Mr. Cobb se preciaba de ser un consumado maestro en el arte de pescar espectadores, y no se alababa sin razon; no se mostraba Ulises más persuasivo en el consejo de los griegos. Era preciso verle entrar en las tiendas, proponer su mercancía, obligar á la aceptacion y abrocharse la levita con aire satisfecho, manifestando á sus parroquianos su deseo de que pasasen una noche agradable. De nada servia que los tenderos se mostrasen recalcitrantes; aquel diablo de hombre presentaba argumentos tan irresistibles que no habia medio de eludir sus asechanzas. Verdad es que algunos oponian una resistencia mucho más séria; otros continuaban firmes en su negativa, pero eran los ménos. Aquel dia, el resultado obtenido fué más allá de las mejores esperanzas: Cobb colocó diez y seis billetes á diez y ocho peniques y veintiuno á un chelin.

—Todo esto suma dos libras y cinco chelines, dijo el afortunado Cobb contando el dinero en un saquito de tela; de este dinero debo percibir por mi comision dos chelines y seis peniques. Y ahora, si hay alguien que conozca un imbécil mayor que yo, que me haga el favor de enseñármelo.

Los imbéciles están generalmente satisfechos de sí mismos. ¿Deberia atribuirse á esto el regocijo de aquel hombre? Desde que habia acabado de desempeñar su última tarea, se sentia libre de un gran peso. Marchaba con aire de conquistador, á pesar de la lluvia que le tenia hecho una sopa, al volver á la taberna, y cualquiera que le hubiese seguido, le hubiera oido dirigirse á sí mismo el siguiente discurso:

—¡Pobre Cora!... ¿Qué hará esa simpática jóven?... ¿Me dejará partir? Creo que no será tan cruel. Me tiene tanta... consideracion... Y me lo ha demostrado de mil delicadas maneras. Dígase lo que se quiera, la verdad es que he ganado mucho terreno en su intimidad. Yo no era ántes para ella más que Mr. Cobb; hace ya seis semanas que sólo me llama Benjamin. ¿No es esto lisonjero para mí, tratándose de una jóven tan encantadora?... ¡Ah! ¡qué no daría yo por oirme llamar Benjaminito!... Sería capaz de costear un lleno completo. Ella hubiera llegado á eso andando el tiempo. ¡Es claro! Ha tardado seis meses de Mr. Cobb á Benjamin; de Benjamin á Benjaminito emplearía dos á lo sumo, y un hombre que se oye llamar Benjaminito, ya puede fácilmente declararse... Sí; pero ¿cómo aguardar estos dos meses, cuando su padre me ha despedido? Yo comprendo que mis asuntos van de mal en peor. Si no hablo hoy, puedo dar el pleito por perdido... Pues, nada; yo me animaré con un buen vaso de lo primero que se presente, y hablaré todo cuanto sea necesario.

Una vez en la taberna, Mr. Cobb comenzó á ejecutar la primera parte de su programa; pero el primer vaso que bebió, lejos de producir el efecto que el buen hombre se prometia, no hizo más que aumentar su incertidumbre. Consultó su reloj y vió que tenia tiempo para beber otro vaso más repitiéndose de paso el discurso que pensaba dirigir á mis Horner. Llamó al mozo. Desgraciadamente, éste, que habia cobrado cierto afecto á Mr. Cobb, gracias á su generosa propina, se colocó de espaldas á la lumbre y entabló una conversacion interminable sobre el oficio de fijar carteles y otras particularidades de la vida teatral. El enamorado Benjamin soportó aquel aluvion de preguntas y necedades, pero no sin renegar de su locuaz interlocutor. Cuando se vió libre de él, notó con gran espanto que era ya demasiado tarde para poder llegar al teatro y desempeñar en él el papel de Donble-rap, con arreglo al plan que se habia propuesto. Era la primera vez que faltaba á sus deberes; consolóse, sin embargo, pensando que aquel dia tenia una excusa legítima y que podia ser sustituido fácilmente por un individuo cualquiera

que se prestase á aparecer en escena con la casaca de cuello encarnado. Como aún faltaban más de tres horas para la terminacion del espectáculo, único momento que juzgaba ya apropósito para presentarse, comenzó nuevamente á beber y á reflexionar.

No nos es posible decir el número de vasos que apuró Mr. Cobb durante todo aquel tiempo. Lo que sí podemos asegurar es que, al dar las diez, su valor parecia hallarse á la altura de las circunstancias. Levantóse con aire resuelto, se puso los guantes,—lo cual era indicio de una situacion solemne,—y se dirigió á toda prisa al solar en que se hallaba situada la barraca del Teatro Real. Sin embargo, aún cuando su resolucion era firmísima, moderó su marcha á medida que se aproximaba, y hasta dió un largo rodeo para llegar á la parte de la barraca en que se hallaba el cuartel general de la compañía. Muy pronto va á lograr el objeto que se propone; ya llega al formidable recinto; ya oye la voz de los actores. De pronto suena detrás de él ruido de pasos, y una mano cae pesadamente sobre su hombro.

—Este es sin duda el hombre que yo busco. ¡Daos preso en nombre de la ley!

Mr. Cobb se volvió vivamente. El individuo que acababa de hablar era un funcionario de seguridad pública.

—¡Detenerme á mí! Dispensad, señor *policeman*, me confundís con otro sin duda alguna. Yo soy Benjamin Cobb, y todo el mundo me conoce aquí, dijo el encargado de fijar los anuncios, indicando con el dedo el edificio improvisado.

—Eso es precisamente lo que yo queria saber, dijo el *policeman* con ese tono pretencioso que distingue á los agentes de la fuerza pública. Mr. Horner os conoce perfectamente, segun parece, y hasta asegura que os echa muy de ménos hace cinco ó seis horas; teme que os haya sucedido alguna desgracia, y me ha encargado que averigüe vuestro paradero.

—¿Que averigüeis mi paradero? exclamó Benjamin completamente estupefacto. ¿Y con qué objeto?

—Con objeto de que nos deis noticias de un robo que le han hecho. Conque creedme, no trateis de negar, porque esto sólo contribuiria á agravar vuestra situacion.

Al oír estas palabras, los alegres zumbidos del grog que resonaban en el cerebro de nuestro enamorado se apagaron como por encanto. Sintió correr por su frente un sudor frío, pero no tardó en rehacerse.

—¡Pues señor, dijo hablando consigo mismo, en buena danza me he metido!

—¡Hola! Conque confesais...

—¡Callad, callad! gritó el pobre Benjamin exasperado, y puesto que no quereis dejarme en paz, llevadme inmediatamente á presencia de Mr. Horner; vereis cómo todo esto queda aclarado con muy pocas palabras. El *policeman*, subyugado por aquel tono imperioso, siguió al detenido sin decir esta boca es mia, y los dos hombres penetraron en la barraca.

Segun costumbre de todos los teatros, habia detrás del escenario un espacio reservado á los actores. Aquella exígua habitacion estaba desocupada en aquel momento. Todos los actores se hallaban en escena.

—Aguardemos un instante, dijo Mr. Cobb. Pronto vendrá por aquí alguno de mis compañeros.

En efecto, al cabo de algunos instantes, Silas Horner se presentó seguido de su padre.

El jóven se quedó estupefacto:

—¡Qué veo! ¡Benjamin en poder de la policía!

—Venid en mi socorro, amigo mio; soy víctima de un error, murmuró Benjamin con tono lastimero.

—Desde luego que eso no puede ser más que un error. Poned en libertad á este buen hombre, señor *policeman*.

—Mira, hijo mio, dijo Mr. Horner, no te metas en lo que no te importa. Este hombre me ha robado. Ha vendido mis billetes para quedarse con su importe, y tengo la seguridad de que no es la primera vez que observa esta conducta. Si yo hubiese seguido los consejos de tu hermana, hace ya mucho tiempo que le hubiera despedido de la compañía. Es un ingrato y no le perdonaré nunca. Hoy me ha insultado gravemente; y como le he expulsado del teatro, ha querido vengarse arrebatándome el importe de los billetes que ha vendido. Yo me lavo las manos; la justicia cumplirá con su deber. Llevaos de aquí á ese hombre.

El *policeman* se disponia á obedecer al empresario, pero Mr. Cobb, que era fuerte como un toro, le rechazó vivamente y, adelantándose hácia el director, le dijo con voz ahogada por la rabia:

—¡Pero, caballero, vuestra conducta es horrible! ¿Habeis pensado en la infame acusacion que dirigís contra mí? ¡Que yo os he robado el importe de vuestros billetes! ¿Es posible que haya sido *ella* quien os ha aconsejado que me despidais?

—Si es de mi hija de quien hablais en esos términos, replicó Mr. Horner con acento lleno de dignidad, debo deciros que ese es el consejo que me ha dado en distintas ocasiones.

Estas palabras hirieron como un rayo á Mr. Cobb; pero el jóven Silas, que le queria como á un buen compañero, se apresuró á consolarle.

—Tranquilizaos, amigo mio, esa acusacion es absurda, y nadie cree en semejante cosa, yo os lo aseguro. En cuanto á mi hermana, no sé qué tenga nada que ver en todo esto.

—¿Me permitís que diga dos palabras á miss Cora? preguntó Benjamin, dirigiéndose al director en tono suplicante.

—¡Hablar á mi hija! ¡Nunca! Estais muy equivocado, caballero, si creéis...

La jóven, que precisamente salia de escena en aquel momento, apareció en el cuarto de los actores con peluca empolvada, vestida á la Pompadour y semejante á una diosa que descende de las nubes. En cuanto la vió, Mr. Benjamin, hasta entónces más pálido que un muerto, se puso encarnado como una amapola. Loco de desesperacion, se adelantó hácia la hermosa actriz y la cogió del brazo con mano temblorosa.

—¡Ah! señorita, mucho celebro el veros por aquí. ¿Me abandonareis en la difícil situacion en que me hallo? Vuestro padre me ha entregado á la policía...

Miss Cora adoptó una actividad melodramática.

—¿Y á mí qué me importa eso, caballero? ¡Dejadme! No esperéis que dé oidos á vuestras palabras.

Y moviendo con soberano desdén el abanico, se volvió por donde mismo habia venido.

Durante un minuto, Mr. Cobb permaneció confundido,



petrificado y con los ojos fijos en la cortina que acababa de ocultar á su cruel ídolo. Todo el mundo se callaba. El agente de policía fué el primero que tomó la palabra:

—Vamos, amigo mio, no teneis más remedio que seguirme; porque lo cierto es que no os justificais.

—¡Ah! no es eso lo que me apura, dijo Benjamin refunfuñando, yo me justificaré perfectamente si se me obliga á ello.

Al decir estas palabras, dirigió á Mr. Horner una mirada casi provocadora.

—Bueno, bueno, dijo el director, ya os explicareis mañana por la mañana en el tribunal de policía; á no ser que el señor *policeman* prefiera aguardar. El espectáculo terminará dentro de algunos minutos, y entónces podré acompañaros á casa del comisario y formular mi queja en debida forma.

—En fin, caballero, ¿quereis decirme claramente qué delito es el que me atribuíis?

—¿Y cuántas veces tengo que decíroslo? Yo os acuso de haber sustraído el importe de mis billetes. ¿Lo comprendeis bien, señor *policeman*? Tengo ahí en el teatro una gran concurrencia y no hay en la caja ni un miserable penique. Todos los billetes han sido vendidos por este hombre que ha tenido á bien embolsarse mi dinero.

—Pero, señor, si tengo aquí el dinero, y tengo aquí tambien los billetes no vendidos. Hacedme el favor de enteraros y vereis cómo la cuenta está perfectamente.

—Ya es demasiado tarde; entregad el dinero y los billetes á éste caballero, exclamó el director, designando al agente de policía.

—¿De modo que no quereis dar crédito á mis palabras, cuando os juro que no hay en todo esto ni la sombra de una mala intencion?

Mr. Horner hizo un gesto que revelaba su incredulidad.

—Pues bien; puesto que os empeñais en apurarme la paciencia, hablaré hasta que me oigan los sordos, exclamó Benjamin. Yo soy un grandísimo majadero, y sabe Dios lo que me cuesta mi majadería; pero no me dejaré llevar á la cárcel como se lleva una oveja al matadero.

Al decir estas palabras, y ántes de que nadie pudiese adivinar su intencion, Mr. Cobb se lanzó fuera del cuarto, levantó la cortina colocada en el foro del escenario, y seguido de Mr. Horner y del *policeman*, apareció en las tablas, con gran asombro de los actores, que estaban en aquel momento en la parte más interesante del tercer acto. El público, figurándose que la aparicion de aquellos tres personajes era un incidente del drama, comenzó á palmotear con frenesí; pero pronto echó de ver que se habia equivocado. Mr. Cobb se adelantó hácia la batería, formada por cuatro velas de sebo, é indicó con la mano que deseaba hablar.

—Señoras y caballeros, dijo cuando el silencio quedó restablecido, dispensadme si interrumpo un momento el espectáculo. Me encuentro en la situacion más horrible que puede darse, y creo poder contar con vuestro auxilio para salir de este conflicto. Yo os conozco á todos, y vosotros tambien me conoceis; yo soy el hombre que os ha entregado hoy mismo en vuestros respectivos domicilios los billetes en virtud de los cuales estais aquí en este momento. ¿Hay alguno entre vosotros que haya pagado ni siquiera un penique por su billete? ¡Si hay alguno que se halle en este caso, que haga el favor de levantar el dedo!...

Inútil es decir el asombro general que produjo esta arenga. Todo el mundo se quedó con la boca abierta; pero nadie se atrevió á levantar el dedo.

—Yo os he suplicado que aceptaseis esos billetes, continuó diciendo el orador, manifestándoos que el propietario del Teatro Real se daría por muy satisfecho con que honráseis con vuestra asistencia el espectáculo. Señoras y caballeros, tengo la completa seguridad de que ninguno de vosotros desmentirá nada de cuanto dejo manifestado.

El silencio general, á falta de testimonio explícito, confirmaba suficientemente la verdad. Los espectadores de las segundas localidades se miraron unos á otros burlándose de los que se hallaban instalados en las primeras, quienes en virtud de su privilegio, habian estado dándose mucha importancia toda la noche. En seguida comenzaron los murmullos y los gritos seguidos de interpelaciones tan enérgicas como grose-

ras. Hubo insultos para el director, para los cómicos, que fueron tratados de vagabundos y perdidos, y hasta para el infeliz repartidor de billetes. Luégo, y como obedeciendo á una consigna, el público en masa, como temiendo, sin duda, que le obligaran á satisfacer el importe de las localidades, se levantó como un solo hombre y se marchó en tropel hácia la puerta. La sala, en un abrir y cerrar de ojos, quedó completamente desierta.

Aquel sálvese quien pueda no se verificó tan rápidamente que Mr. Cobb no pudiese contar con el dedo el número de los desertores.

—Treinta y siete son, si no me engaño: diez y seis en las primeras localidades y veintiuno en las segundas y terceras. Total, dos libras y cinco chelines. ¿Quereis tomaros la molestia de ver si hay aquí ese dinero? dijo Benjamin volviéndose hácia el director.

Mr. Horner habia asistido á la escena que acabamos de describir como si no hubiese comprendido absolutamente nada. No pareció volver en sí hasta que tuvo en sus manos el saquito de tela que le entregó Mr. Cobb.

—¿Conque es decir, señor mio, exclamó encarándose con éste, que es á vos á quien debo el público que me ha honrado hoy con su presencia?... ¿Tendriais la bondad de decirme si es ésta la primera vez que se os ha ocurrido hacer gala de semejante generosidad?

El empresario procuró dibujar una sonrisa, pero su palidez y su agitacion, siempre en aumento, anunciaba claramente que presentia alguna siniestra revelacion.

Mr. Cobb no dió lugar á que le repitiese la pregunta.

—¡Ah! ¡No señor! No es la primera vez; hace ya bastante tiempo que he comenzado.

—Pero ¿qué es lo que habeis comenzado? exclamaron en coro Mr. Horner, Silas y miss Cora.

—¡Toma! ¡A pagar los billetes con mi dinero! Si quereis saber la época exactamente, yo os lo diré, añadió el encargado de fijar los anuncios sacando del bolsillo una gran cartera de piel: «Winchester 9 de Agosto, una libra y cinco chelines;» y así sucesivamente.

—¿Y cuánto importa el total de vuestros gastos?...

—No lo sé; sería preciso hacer la suma. Siento muchísimo todo esto, Mr. Horner... Yo no hubiera hablado nunca de ello á no haber visto comprometida mi honra...

—¡Es indispensable que yo sepa cuánto importa en junto el dinero que habeis desembolsado! exclamó el director con acento imperioso.

—Pues será cosa de unas sesenta libras próximamente, incluyendo la funcion de esta noche.

La revelacion de Mr. Cobb produjo un verdadero efecto teatral. El drama que habia interrumpido no tenia, ni con mucho, una escena tan conmovedora como la que se representaba en aquel momento al natural. Afortunadamente, se verificaba en familia, porque, como ya hemos dicho, el público habia tomado las de villadiego, y Silas se habia creído en el caso de despedir al *policeman*. Toda la compañía, consternada, guardaba un profundo silencio. El director se dejó caer sobre una silla y se tapó la cara con las manos, conteniendo á duras penas sus sollozos.

Miss Cora y mistress Phypys procuraron inútilmente consolarle. El pequeño Job comenzó á llorar á los pies de su padre, en tanto que el jóven Silas se paseaba con las manos en los bolsillos tarareando unas coplas muy poco en consonancia con aquella situacion. Pero el individuo que parecia más apesadumbrado era el inocente autor de todo aquel desórden. El bueno de Cobb, con los brazos caidos, con la cabeza baja y con su cartera en las manos, contemplaba su obra con un disgusto que no le era dado disimular.

De pronto, Mr. Horner se levantó, y yendo derecho hácia él,

—Está bien, caballero, exclamó: dentro de veinticuatro horas quedareis pagado.

Estas palabras produjeron nuevo asombro en la asistencia.

—¡Estais loco, padre! dijo Silas; ¿de dónde vais á sacar el dinero necesario?

—Yo veré lo que he de hacer, replicó el director. Venderé todo cuanto poseo, y con su importe tendré lo muy suficiente para pagar á este caballero.

—Pero entónces quedaremos arruinados.

—¡Qué importa, hijo mio, si salvamos nuestro honor! Luégo, dirigiéndose á Benjamin, exclamó:

—Ahora, señor mio, podeis retiraros.

Despedido de este modo, el pobre Benjamin se decidió á tomar el portante, no sin dirigir á miss Cora una tiernísima mirada.

Apenas se hubo alejado, oyó varios gritos y un gran tumulto en el interior de la barraca. Un momento despues Mr. Phypps pasó corriendo cerca de su lado, y el actor preguntó por un médico á unos hombres con quienes tropezó á muy corta distancia.

¿Qué ocurría? Tal vez el anciano director, agobiado por tan fuerte sacudida, era presa de algun accidente que ponía su vida en peligro...

Esto era lo que temía Mr. Cobb. Sin embargo, no atreviéndose á volver á la barraca para enterarse de lo que pasaba, se dirigió tristemente á la posada de la Campana, donde dicho se está que pasó una noche agitadísima.

#### IV.

Aquí dejamos trascurrir un período de tres meses.

Para poner al lector al corriente de los sucesos ocurridos en este intervalo, le presentaremos una serie de cuadros retrospectivos, semejantes á esos puntos de vista lejanos que contemplamos á veces á través de la lente de un diorama.

El primero de estos cuadros representa un convoy fúnebre que se dirige al cementerio de Edmonton. El ataúd va seguido por cuatro personajes vestidos de negro, en los cuales se reconocerá al primer golpe de vista á miss Horner y su hermano Silas; detrás de ellos, el pequeño Job y mister Cobb. La presencia de este último en aquella triste ceremonia demuestra que despues de la muerte del viejo director, ha continuado en buenas relaciones con su familia; por-

que desgraciadamente es cierto: Mr. Horner no ha podido resistir á la violencia de las emociones producidas por la escena que describimos en el capítulo anterior.

El cuadro siguiente nos muestra una habitacion débilmente alumbrada. Una jóven que descansa en el lecho del dolor, entrega su brazo al médico, el cual examina el pulso de la enferma con cierta ansiedad. El cuadro de que se trata permanece visible el tiempo suficiente para permitirnos comprender que la enfermedad lleva algunas semanas de duracion. Sin embargo, pasado algun tiempo, el aspecto de las cosas va modificándose sensiblemente. Luégo vemos á la jóven convaleciente, pálida todavía, pero siempre hermosa, recostada en un gran sillón; el lúgubre doctor ha desaparecido, y los frascos de mal augurio que ocupaban toda la superficie del velador de la alcoba, han sido sustituidos por un suculento caldo y una apetitosa ala de pollo. Poco tiempo despues, la interesante huérfana, que ha recobrado los frescos colores de miss Cora, aparece sentada en un saloncito, en el cual hace los honores del té á sus dos hermanos y á mister Cobb, que en aquel momento se cree trasportado al sétimo cielo. Por último, en un hermoso dia de Mayo, la vemos paseando en el campo, llevando de la mano al pequeño Job.

El curioso lector preguntará tal vez cómo la familia Horner podia atender á todos aquellos gastos. No eran seguramente los ingresos del Teatro Real los que facilitaban los recursos necesarios. La muerte del director habia dado completamente al traste con la empresa, y los esposos Phypys se habian largado con la música á otra parte, sin acordarse de satisfacer la pequeña deuda contraida desde hacia algun tiempo con Mr. Cobb. Verdad es que el jóven Silas era un muchacho sumamente habilidoso. Ventrilocuo, titiritero y prestigitador sumamente notable, sabia mejor que nadie hacer una tortilla dentro de un sombrero, tragar sables, hacer girar á un mismo tiempo cinco ó seis platos de estaño en sendas varillas, jugar con doce puñales bien afilados, etc., etc. Pero todas estas habilidades le servian de muy poca cosa, toda vez que no se hallaba en situacion de poder utilizarlas

convenientemente. Más le hubiera valido ser albañil ó carpintero. Desde la muerte de su padre, no habia podido, á pesar de sus vivas gestiones, contratarse en ninguna parte; así es que al cabo de tres meses, el pobre muchacho se encuentra, como si dijéramos, en situacion de reemplazo.

Mr. Cobb ha pasado todo este tiempo en una completa ociosidad. Aunque no vive en la misma casa, no por eso es compañero ménos asiduo del hermano de miss Cora. El papel que desempeñaba en otro tiempo con respecto á la familia Horner,—aquel papel que él mismo calificaba con tanta dureza,—no nos parece sensiblemente modificado. Añadiremos, sin embargo,—y sólo como una simple conjetura,—que la indulgencia de la jóven podia hoy justificarlo en cierto modo. Además, el misterio que habia envuelto durante tanto tiempo la persona del excéntrico forastero ha desaparecido por completo. Vamos á dar la clave de este misterio, tal como él mismo la dió á Silas, en una conversacion que tuvieron entrambos la noche de los funerales de Mr. Horner.

Mr. Cobb era un dependiente de los almacenes de víveres de la marina, que habia reunido algun dinero. Al regresar de su último viaje, hallándose con licencia en Portsmouth, en donde acababa de cobrar una cantidad de alguna importancia, entró por casualidad en el Teatro Real, y se sintió de pronto llevado de una vocacion irresistible por el arte dramático vocacion acompañada de un vivísimo cariño hácia la familia Horner, tan pronto como tuvo el gusto de comenzar á tratarla. La última desgracia no habia hecho más que dar nueva fuerza á este sentimiento, y el antiguo empleado en los almacenes de víveres estaba decidido á no separarse nunca de los huérfanos, á no ser que éstos dispusiesen lo contrario.

La turbacion que descubria al pronunciar estas últimas palabras, las reticencias con que las acompañó, y hasta la capa de bermellon que coloreó sus anchos carrillos, demostraban claramente que Mr. Cobb sólo se explicaba á medias. El jóven Silas sabia probablemente á qué atenerse, porque no despegó sus labios, temiendo tal vez comprometer á su hermana.

—Querido Silas, añadió Mr. Cobb, inquieto al observar el silencio de su compañero, en el caso de que me despidaís,

sólo puedo adoptar una resolución: volver á Portsmouth, instalarme en la primera taberna que encuentre á mano, y allí beber, beber sin tino, y gastar todo mi dinero hasta que desaparezca el último penique. Esto será estúpido, si queréis, pero os juro que no he de conducirme de otro modo.

Este nuevo rasgo de excentricidad hizo sonreír al jóven Silas.

—¿Quién habla de despediros? le dijo. Podeis continuar á nuestro lado, si lo teneis por conveniente. Pero en este caso, ¿pretendeis conducirnos con nosotros del mismo modo que hasta hoy?

—Yo no pretendo nada; pero á mi vez os preguntaré: ¿qué es lo que pensais hacer? ¿Cuáles son vuestros proyectos?

—¡Ah! Tengoya formado mi plan: continuaré mi profesion y trataré de trabajar en cualquier parte, como Dios me dé á entender.

—Perfectamente; eso mismo os hubiera yo aconsejado. Pero en ese caso, necesitais un ayudante, compañero ó administrador, cajero ó empresario, como mejor os parezca. Podemos fundar una sociedad, en que vos pondreis vuestro talento, y yo el capital.

—Amigo mio, si la parte que aportais no es de más importancia que la mia, nuestra sociedad no podrá sacarnos de muchos apuros; pero sospecho que vuestra proposicion no es más que una generosidad mal encubierta.

—Nada de eso; es una pura especulacion, cuyos beneficios partiremos á medias. ¿Aceptais?

—Aceptaré, dijo Silas despues de un momento de vacilacion; pero conste que esto no es ni más ni ménos que un negocio. Yo deseo, añadió recalcando sus últimas palabras, que ni por un momento lo considereis de otra manera.

—Podeis contar siempre con mi lealtad, dijo Mr. Cobb. Es asunto concluido. ¡Vengan esos cinco!

Los dos amigos se estrecharon la mano. Este fué el único pacto que hubo entre ellos, pero fué tan solemne como si hubiese quedado escrito en pergamino. Desde aquel mismo momento comenzó por una y otra parte la ejecucion del tratado. Silas hizo todo cuanto le fué posible para sacar partido



del capital que aportaba, pero, como ya hemos dicho, sólo obtenía un resultado casi nulo. Mr. Cobb pudo utilizar el suyo con mayor facilidad. Su empleo de cajero distaba mucho de ser una prebenda, y por fuerza debía hallarse muy provista su cartera, cuando pudo resistir las sangrías que le hicieron durante aquellos tres meses, el doctor, la enfermera, el boticario, el carnicero, el panadero y otros abastecedores, sin contar las dos pupileras—la suya y la de Silas—y el maestro de escuela del pequeño Job. Verdad es que la venta de una parte del material del teatro proporcionó un suplemento que ingresó en la caja comun; pero este suplemento fué tan insignificante, que ni siquiera valía la pena de hablar de él. El carro y el caballo—miserable rocin—fueron los únicos objetos que pudieron ser enajenados.

—¡Pobre Benjamin! creo que habeis hecho un negocio endemoniado, dijo Silas al terminar el primer mes.

—¿Por qué? exclamó Benjamin. ¿Pues no veis que no hago más que pasear y fumar, en tanto que vos trabajais como un desesperado?

Al terminar el segundo mes, nuevas lamentaciones del jóven Horner:

—Esto no puede continuar así, Benjamin; yo no puedo tolerar que gasteis de ese modo vuestro dinero.

—Querreis decir *nuestro* dinero.

—¡Vamos, no me vengais con subterfugios! ¿Quereis que rescindamos nuestro contrato? Esta sociedad nuestra me tiene cada vez más avergonzado. Cora está ya completamente restablecida, y puede dedicarse á trabajos de costura. Por lo que hace á mí, estoy decidido á ganarme la vida, aunque sea tirando de una carreta.

—¿Estais loco? dijo indignado Mr. Cobb. ¿Creeis que yo he de tolerar una cosa semejante? ¿A qué desanimarse, cuando la fortuna puede sonreirnos el dia ménos pensado?

A pesar de estas tranquilizadoras palabras, Silas se encontró absolutamente en el mismo caso al finalizar el trimestre, y en vista de tan angustiosa situacion, partió para Londres, en donde queria intentar el último esfuerzo.

Conforme al antiguo procedimiento de los novelistas, hu-

biéramos debido hacer ya el retrato del jóven artista, que es el verdadero héroe de esta historia; describir su nariz y su boca, precisar el color de sus cabellos, y dar noticias de su nacimiento y de su educacion; pero, deseando evitar empalagosas digresiones, nos limitaremos á decir que Silas Horner era, físicamente considerado, un arrogante mozo de veintidos años, que ocultaba, bajo formas casi femeninas, todo el vigor de un verdadero atleta; era, en una palabra, el hombre más á propósito que podia darse para vestir el traje de punto y la chaquetilla salpicada de lentejuelas; considerado moralmente, notábase en él desde luégo un carácter resuelto, aventurero, novelesco en caso necesario, y por la nobleza de sus sentimientos, muy superior á su humilde condicion.

Durante los pocos dias que permaneció ausente, Mr. Cobb fué casi invisible para miss Cora, en cuya casa podia, sin embargo, entrar con entera libertad. Encerrado en su casa, ó paseándose solo por el campo, parecia madurar un gran proyecto. En cuanto supo el regreso del jóven Silas, le mandó un recado, participándole que deseaba hablar con él para tratar de un asunto de verdadera importancia.

M. GREENWOOD.

(Continuará.)





## BOLETIN BIBLIOGRÁFICO. <sup>(1)</sup>

**Julio Melgares y Severo Arribas de la Cantera.**—*Formularios ajustados á la novísima ley de Enjuiciamiento civil.*—Un tomo de 503 páginas.—Librería de L. Pablo Villaverde.—Madrid.—Precio, 5 pesetas.

El libro que nos ocupa en este momento es uno de los más necesarios y útiles entre los de su especie. Los Sres. Melgares y Arribas han hecho un verdadero servicio á las personas que se consagran á este género de trabajos. Es preciso reconocer también que esta es la primera obra de su índole que ha visto la luz en España, y esto hace todavía más dignos de encomio y aplauso los esfuerzos que ambos autores se han visto en la precisión de hacer para llevar á feliz

término su tarea en el cortísimo espacio de dos meses.

¿Cuál es el verdadero objeto de los *Formularios ajustados á la novísima ley de Enjuiciamiento civil*?

Bastía la simple interpretación del título para comprenderlo. Precisamente el gran escollo con que siempre luchan los que se dedican al ejercicio de la abogacía, sobre todo en los primeros años, es el conocimiento de las fórmulas y requisitos legales, sin los cuales es de todo punto imposible incoar el procedimiento. De la importancia de éste, es inútil hablar. En la mente de todos, aún de los más profanos, existe la idea de que nada hay más capital en el ejercicio de la abogacía que el modo de incoar y seguir

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

el procedimiento. Toda la ciencia, toda la sabiduría, todos los buenos propósitos se estrellan, á no saber vencer estas dificultades.

Oigamos ahora cuál ha sido la misión de los Sres. Melgares y Arribas, según su propia confesión:

“Facilitar el estudio y aplicación que de la ley de Enjuiciamiento civil reformada constantemente ha de hacerse por los que cursan en las aulas universitarias, por los que aspiran á ciertos cargos públicos y por los que intervienen de uno ú otro modo en la diaria administración de justicia, tal es el principal y casi único objeto de este libro. Con él alcanzarán todos un grande ahorro de tiempo y de trabajo y un más exacto conocimiento de tan notable é importantísimo cuerpo legal, pues en dicha obra encontrarán resueltas las dificultades que inexcusablemente se ofrecen al que por primera vez intenta traducir el espíritu de la ley procesal en fórmulas adecuadas y verificar sus preceptos con puntualidad y acierto.

Este libro es ante todo esencialmente práctico. Del Enjuiciamiento civil cabe tener, como de toda regla que se dirija á la actividad humana para ser por ésta verificada, un conocimiento meramente teórico, un pensamiento vago y general, *una idea*, como en el uso del lenguaje común suele decirse, y otro conocimiento más lleno de realidad, más completo, más práctico. Son dos aspectos del mismo objeto, dos conocimientos diferentes de la misma cosa, que aquí es la ley de Enjuiciamiento civil: el

segundo, el conocimiento práctico, fundándose en el primero, en el conocimiento teórico, y éste pudiendo en parte subsistir sin aquél. Para satisfacer la necesidad poderosa del conocimiento teórico está la ley misma; para ocurrir á la necesidad de alcanzar el conocimiento práctico se publica este libro, calcaado ante todo en la ley, es cierto, pero nutrido además de ejemplos, casos prácticos y multitud de fórmulas para los diversos que puedan acaecer.

Claramente se infiere que para aquel que ya conozca la ley de Enjuiciamiento bajo sus dos fases ó aspectos mencionados; para el docto en materias de derecho; para el que de éste hizo ya tiempo atrás la profesión de su vida; para el jurisconsulto; para el magistrado; para estos, en fin, que pudiéramos llamar maestros en la ciencia y en el arte del derecho, no va dirigido este libro, ni en él hallarían cosa alguna que aprender. Mas para el principiante en las complicadas contiendas jurídicas que á cada paso se traban ante los tribunales de justicia; para el que ante éstos haya de defender su propio derecho, lo mismo que para el que se pretenda iniciar, defendiendo derechos ajenos, en el bello aunque difícil arte de la abogacía; para el que ha de procurar judicialmente por los intereses que á su cuidado y celo se encomienden; para el guardador de la fé pública judicial; para el auxiliar de la administración de justicia en los tribunales y juzgados; para el que haya de cursar y probar mediante riguroso exámen este

linaje de conocimientos ante los tribunales universitarios ó ante otros especiales; en una palabra, para la juventud estudiosa que intervenga ó pretenda intervenir en la complicada marcha de un procedimiento judicial, ¿quién pondrá en duda que es altamente útil y hasta necesario un libro como el que tenemos el gusto de ofrecerle?

En él se muestra, con numerosísimos ejemplos, la manera de practicar los preceptos de la ley reformada del Enjuiciamiento civil, dando movimiento á su letra, forma y vida á su espíritu, relacion al conocimiento teórico y al práctico. Y presentando de tal modo en conjunto cabal y armónico el ejemplo como corolario y complemento de la regla, y ésta como base ó fundamento del ejemplo, se hace fácilmente comprensible y en extremo agradable un estudio, que, de otra suerte, apenas puede soportarse por la pesada aridez que consigo lleva.

La utilidad, pues, de los presentes *Formularios* es incuestionable, como verdadera é incuestionable es la afirmación de que nada aclara tanto las ideas jurídicas como los hechos; nada hace comprender tan fácil y claramente la doctrina procesal, por difícil y abstrusa que sea, como los ejemplos que de ella se presentan y que la vienen á concretar. ¿Y acaso traducir en determinadas fórmulas los preceptos de la novísima ley de Enjuiciamiento civil es otra cosa que poner ejemplos prácticos, y, en cierto modo, tangibles y materiales de la doctrina en tales preceptos contenida?

Creemos, pues, firmemente que con la publicación de este modesto trabajo se presta un verdadero servicio á cuantos tengan necesidad de estudiar la mencionada ley, pues nutrido de multitud de fórmulas ó modelos para los escritos en que los litigantes, procuradores y abogados han de deducir sus pretensiones ante los juzgados y tribunales, para las diversas actuaciones judiciales que pueden tener lugar en un procedimiento civil, y para las varias diligencias que han de practicar los funcionarios auxiliares de la administración de justicia, facilita en extremo y abrevia dicho libro el trabajo que unos y otros han de emplear, ahorrándoles no escasa porción de tiempo. También pueden utilizar este libro con provecho los alumnos de las Universidades que cursen la asignatura de procedimientos y práctica forense en la carrera de derecho, y la asignatura de actuaciones judiciales en la carrera del notariado.

Ahora, pocas palabras nos restan para explicar ó exponer el plan y método seguido en la composición y desarrollo de la idea que sus autores se proponen. Con decir que éstos se han ceñido en todo lo posible al plan y método adoptado por la ley misma de Enjuiciamiento, decimos lo bastante. Nada de crítica, nada de ampliaciones, ampliaciones ni digresiones encontrará el lector en este libro. Semejante camino los hubiera apartado del objeto que persiguen, que en suma no es otro sino el de presentar con la posible concisión, sencillez y claridad, la manera ó forma en que

debe practicarse y se practica por juzgados y tribunales la repetida ley. Poca originalidad tal vez se halle en el libro, porque no cabe mucha ciertamente en aquello que es igual para todos y que por todos igualmente se ha de verificar y se verifica á cada momento; mas precisamente en este, al parecer, defecto haríamos consistir su principal mérito. La aspiracion de sus autores es la de que en su obra halle el lector un fiel trasunto de las prácticas del foro en materia de Enjuiciamiento civil."

La tarea que han llevado á cabo los Sres. Melgares y Arribas es de verdadera importancia, lo repetimos, y desde luégo puede asegurarse que el éxito ha de corresponder á las legítimas esperanzas concebidas, y áun es muy posible que las supere; mas ya que sin rebozo hemos tributado nuestros plácemes á ambos autores, justo es que se nos permita dirigirles una pregunta hasta cierto punto oficiosa.

¿Piensan coronar su trabajo, siguiendo igual conducta y sistema que en el presente, en lo que respecta al procedimiento criminal?

De no hacerlo así, su obra no desmerecerá á los ojos del público; pero quedará desde luégo incompleta.

\* \* \*

**Dr. F. Martin.**—*Los cementerios y la cremacion, estudio histórico crítico.*—Un tomo de 185 páginas.—París.—Precio, 5 fr.

Desde hace algun tiempo se discute con marcada preferencia el tema

sobre que descansa el libro del doctor F. Martin. El sistema que hoy se sigue en materia de enterramientos ha sido condenado y censurado repetidas veces, suponiendo que no reune las condiciones apetecidas ni responde á las exigencias, cada vez más grandes, de la época presente.

La division de pareceres no se observa simplemente en la masa del vulgo. Los hombres científicos, que pueden juzgar del asunto con mayor copia de datos, no están ni con mucho conformes en esta cuestion. Y no se diga que en esto puede influir la tradicion, la costumbre, el sentimiento religioso, las preocupaciones sociales, porque semejante argumento queda destruido con la publicacion del trabajo de Mr. Martin, el cual combate el sistema de la incineracion del cadáver, colocándose en el terreno de los hechos materiales y de las observaciones científicas. No nos causaria extrañeza que el Dr. Martin nos hablara de algunos sentimientos tradicionales, que están en oposicion con cierto género de innovaciones, para defender su tesis; pero no sucede así, repetimos, pues segun afirma, los argumentos inspirados en la religion, en la moral, en el sentimiento no caben dentro de su libro; sólo se propone discutir el problema, bajo el punto de vista científico.

Mr. Martin, competente á todas luces para tratar el asunto por haber hecho estudios especiales, sostiene que ningun interés sério reclama la cremacion, antigua costumbre de la sociedad que algunos entusiastas quieren poner

en moda sin necesidad alguna, insistiendo en los peligros de la incineración que la medicina legal no podría admitir sino con tales garantías que casi serían de imposible realización.

El autor traza con toda minuciosidad el cuadro de los usos funerarios que se han seguido en todos los pueblos y en todas las épocas, estudio de grande utilidad y en el que revela erudición y conocimientos notables.

Así, pues, se trata de un trabajo que seguramente merecía ser conocido, hoy que está la cuestión sobre el tapete y en que todo se discute, con tal de realizar ese ideal de progreso que preside á todas nuestras acciones.

\* \*

**Jesus Muñoz y Rivero.**—*Paleografía visigoda, método teórico práctico para aprender á leer los códices y documentos españoles de los siglos V al XII.*—Un tomo de 150 páginas.—Imprenta de la Guirnalda.—Madrid.

El importante libro de que nos proponemos hablar es debido á uno de los más estudiosos é inteligentes individuos del cuerpo de archiveros bibliotecarios. El Sr. Muñoz y Rivero, catedrático de Paleografía en la Escuela de Diplomática, entusiasta propagandista de este género de estudios, erudito y concienzudo literato al mismo tiempo, reúne títulos muy ventajosos para que el público le aplauda y le recompense, á la vez que le enaltece y elogia con toda imparcialidad a crítica.

No hace mucho tiempo dábamos

cuenta, en las columnas de esta REVISTA, de una obra interesante debida á su iniciativa y perseverancia en el trabajo, el *Manual de paleografía diplomática española*, que comprende desde el siglo XII al XVII. El buen éxito obtenido por este libro ha sido causa de que el Sr. Rivero dé á la estampa el que ahora nos ocupa, que como observarán nuestros lectores, trata de una época anterior, y sobre la cual no se han hecho tantos estudios ni se ha demostrado en tan grande escala la curiosidad de los eruditos.

El período visigótico es el que se estudia y analiza en este segundo trabajo, siguiendo en todo el mismo plan que en el primero. Empieza el señor Muñoz ocupándose del origen de las escrituras usadas en los países occidentales de Europa, y hace de esta suerte alarde de sus vastos conocimientos. La escritura durante la monarquía visigoda y en los reinos de Leon y Astúrias durante los cuatro primeros siglos de la reconquista, hasta llegar á la desaparición de la escritura visigoda en los documentos y códices de Galicia, Astúrias, Leon y Castilla y á las usadas por los mozárabes, forman la primera parte de su libro.

El análisis de los alfabetos mayúsculos y minúsculos, la escritura cifrada visigoda, la braquigrafía y ortografía también visigodas, constituyen el estudio de la parte segunda. La tercera consiste en la versión á la escritura corriente de los cuarenta y cuatro facsimiles que se incluyen en la obra, para que sirvan de tema á

los ejercicios de lectura paleográfica.

Es de advertir que estos cuarenta y cuatro facsímiles están notablemente ejecutados, y en este concepto merece también elogios el libro del señor Muñoz y Rivero.

El autor hace constar el esmero con que se ha llevado á cabo su obra bajo el punto de vista material, en una advertencia que coloca al frente de aquélla.

El período á que se refiere el nuevo libro del Sr. Muñoz es indudablemente el más interesante, bajo el punto de vista histórico, de cuantos abarca la paleografía española, tanto por comprender el estudio gráfico de los documentos más antiguos de nuestra patria, cuanto por haber sido hasta ahora casi desconocido.

Ni la *Polygrafía* de Rodríguez, ni la *Paleografía* de Burriel, ni aún la *Escuela de leer letras antiguas* del P. Merino, habían determinado claramente el origen de la escritura visigoda, ni descrito los caracteres que la distinguen en cada época y en cada localidad, ni reseñado la fecha de su completa desaparición. Estas cuestiones, tan importantes para la crítica histórica, que no puede depurar la veracidad de las crónicas de los Siglos Medios sin acudir á los documentos,

hállanse resueltas en la obra del señor Muñoz con suma claridad.

No es menor la que presenta la segunda parte del libro, en la cual se expone un estudio analítico de la escritura visigoda, su *gramatografía* ó descripción de los alfabetos, su *criptografía* ó explicación de la cifra, su *braquigrafía* ó estudio de sus abreviaturas, y por último, su ortografía. Las observaciones que en esta parte del trabajo se contienen son suficientes para descifrar sin gran trabajo los códices y los documentos españoles anteriores al siglo XII.

La tercera parte del libro es esencialmente práctica. Contiene cuarenta y cuatro facsímiles dibujados con matemática exactitud por el autor y estampados sobre una cartulina que imita pergamino, y ha sido expresamente fabricada para la obra. Acompaña á estos facsímiles su transcripción en caracteres comunes, con lo cual se facilita á quien maneje el libro la comprobación de los principios que en él se contienen, al mismo tiempo que se le proporcionan temas gradualmente dispuestos para ejercitarse en la lectura paleográfica y prepararse para el estudio de los códices y diplomas originales.

H.







## CRÓNICA POLÍTICA.

### INTERIOR.

**P**OR fin se consumó el acto. El fracasado *meeting* pactista del Buen Retiro alcanzó medios de realización en el Circo... del Príncipe Alfonso. Allí se peroró de largo sobre lo sinalagmático y lo conmutativo, se hizo alguna alusión, de muy mal gusto por cierto, á las creencias religiosas que profesa la mayoría de los españoles, se mostró particular empeño en zaherir á los demás grupos democráticos, el zorrillista principalmente, y se tomo café y hasta copa, todo por el módico estipendio de una peseta. Excusado es decir que el entusiasmo rayó en el frenesí, obteniendo el orador continuos y atronadores aplausos. ¿Acaso no era esto lo *pactado*?

Por lo demás, la argumentacion del Sr. Pí y Margall es verdaderamente peregrina. El jefe del grupo federal designó como fundamento de sus principios el derecho que tiene todo sér racional y libre, ya individual, ya colectivo, á regirse y gobernarse por sí mismo en su vida interior, es decir, en todo lo que no afecte á la vida de otros séres.

Más breve hubiera sido traer á colacion la máxima política de que cada ciudadano es rey en su casa: axioma reconocido en absoluto por el derecho moderno. Pero esta independencia no puede llevarse fuera del hogar, ya que la libertad

sin trabas del individuo daría por resultado la esclavitud comun; y aún más, el desorden, la confusión, el despotismo, en fin.

«Declarados autónomos la nación y el individuo, ¿por qué, decía después, no hacer otro tanto con el pueblo y la provincia? Si España viniese un día á formar parte de un grupo superior, de los Estados-Unidos de la raza latina, por ejemplo, ó de los Estados-Unidos de Europa, es evidente que no por esto dejaría de ser tan autónoma en su vida interior como lo es ahora: tendría, como hoy, su Constitución, sus leyes, su Gobierno, su administración, su Hacienda, sin que nadie la interviniese en sus negocios interiores. Y bien; si por pasar á formar parte de un grupo superior no había de perder España su actual autonomía, ¿en virtud de qué principio, por la formación de las naciones pueden haber perdido su autonomía las provincias, ni por la formación de las provincias los pueblos?»

Para apoyar la tesis, sacó á plaza el Sr. Pí la federación romana, el imperio alemán, la federación mejicana y la del golfo de San Lorenzo. Sin considerar que si los municipios gozaban de libertades, era en cuanto á Roma convenía, pues no se aplicaba el derecho del Lacio á los númidas ni garantías. Tenían derecho de distribuir los impuestos como mejor les pareciese, mas siempre con arreglo á las órdenes preconsulares. Esto lo han hecho los mismos Sultanes en sus épocas de mayor despotismo.

En el imperio alemán hubo algo de federación; por eso el estado de guerra fué permanente en tanto el genio de los Emperadores no lograba sobreponerse.

Dejemos á un lado la federación mejicana: sin duda el señor Pí ha tomado por Reyes á los diversos caciques sobre quienes hasta derecho de vida y muerte tenía Moctezuma. Y en cuanto á los federados del golfo de San Lorenzo, como no sea la confederación de las tribus salvajes de hurones é iroqueses, de quienes tantas fábulas se han contado, no conocemos otra, si es que tal nombre merece una alianza con ocasión de guerra.

¿Y la unidad política? A juicio del orador, la unidad política no puede ni debe nacer sino de las relaciones que la ra-

zon y los hechos van estableciendo entre las diversas entidades que componen nuestro linaje.

«Nosotros, dijo, por la vida de relacion unimos lo que por la vida interior aislamos. Declaramos autónomos en su vida interior los pueblos, y uniéndolos por la vida de relacion á la provincia, constituimos la unidad provincial; hacemos libres y autónomas en su vida interior á las provincias, y uniéndolas por la vida de relacion á España, constituimos la unidad nacional. Libres y autónomas son hoy en su vida interior las naciones, y uniéndolas á otras por su vida de relacion, se llegará tarde ó temprano á la constitucion de otra unidad superior: mañana la europea; otro dia la continental; allá en los venideros tiempos la unidad humana. La vida de relacion entre las naciones existe ya y es cada dia más activa y múltiple: por no haberse creado todavía un órgano que la represente y un poder que la dirija, se ha de estar constantemente haciendo pactos y tratados, y ni aún así se evitan los conflictos y las guerras. Que la unidad nace de las relaciones entre las diversas entidades políticas.»

Tal es el sistema. Y para realizarlo como medio de consolidar esas relaciones, el pacto.

«No hay sociedad sin pacto, exclamaba el Sr. Pí. Sean mercantiles, sean industriales, sean artísticas, sean literarias, sean científicas, todas las sociedades descansan sobre el pacto, y sin él son legalmente imposibles. ¿Por qué no habrán de descansar sobre el pacto las sociedades políticas? Todas las sociedades políticas tienen por base y fundamento la familia. La familia es la sociedad por excelencia: una sociedad fundada por la naturaleza, por el amor, por la necesidad de perpetuar la especie y educar las futuras generaciones. Pues bien; esa sociedad no puede tampoco fundarse sobre el pacto ni ante el Estado ni ante la Iglesia, que ha elevado el matrimonio á la categoría de sacramento. Ni el magistrado civil ni el sacerdote se atreven á casar á nadie sin que oigan de boca de los contrayentes que el hombre quiere por esposa á la mujer, y la mujer quiere al hombre por marido.»

Y añadía, rechazando una observacion que, en punto á España, salta á la vista desde el primer momento:

«Importa poco que la nacion esté formada si no lo está sobre principios racionales y justos. Yo veo unidas á Cataluña y Aragon por el matrimonio de D. Ramon Berenguer con doña Petronila, y Aragon y Castilla por el de doña Isabel y

D. Fernando. ¿Puedo admitir yo esto como condicion de legitimidad para la union de unas y otras naciones? Tanto valdria decir que para mí son los pueblos patrimonio de los Reyes; yo, demócrata, no pasaré jamás por semejante desatino. Se hicieron aquellas uniones respetando los fueros de las provincias, y los fueros perecieron despues á mano airada. ¿Por dónde he de considerar que la nacion esté legítimamente formada?

Aun considerándola formada, es indispensable que se la reconstituya por el pacto si se consiente en que se ha de sustituir el régimen unitario por el federativo.»

Segun se ve, duda el Sr. Pí hasta del derecho de la nacionalidad española. Unicamente así puede defenderse el federalismo en España: negando á los descendientes legítimos de sus anteriores dueños facultad de recuperar el territorio; á sus Reyes, elegidos por los pueblos, la conveniencia de unirlos por medio de matrimonios, y á ese mismo pueblo, la sancion de los enlaces que constituian su fuerza, su poderío y seguridad.

Las provincias españolas, reunidas en nacion á fuerza de siglos y á costa de heróicos esfuerzos, no son ni significan nada si no se unen y conciertan ahora por documento que no sabemos en qué protocolo habria de autorizarse...

Mentira parece que tales cosas se digan en pleno siglo XIX por hombres que ostensiblemente no están locos. Sucede con estas propagandas, que, de puro absurdas, no suscitan siquiera el interés de la polémica. Basta leer un poco de historia para persuadirse de que la federacion no ha tenido ni puede tener otro fin que el establecimiento de un lazo entre elementos ántes distintos, nunca la division de partes que hayan estado más estrechamente unidas.

\*  
\* \*

Hay en Galicia un pueblo llamado Lourizan, que de hoy más tiene títulos para figurar en los fastos políticos de España como la cuna de una de tantas agrupaciones que se disputan el logro del poder. Lourizan y Montero Rios: hé aquí la clave del enigma.

El autor de las leyes más fundamentales de la revolución, el catedrático de cánones de la Universidad Central, el representante de la tendencia más ilustrada en el seno de la democracia progresista que capitanea Ruiz Zorrilla, pero que Martos se encarga de dirigir, ha sido obsequiado por sus paisanos con un banquete, no tan notable por su esplendidez como por el brindis que lo coronó. El distinguido gallego, no muy conforme con las declaraciones de Biarritz, ha creído necesario revelar ostensiblemente su disgusto.

«Yo procedo, empezó diciendo el Sr. Montero Rios, del partido progresista, aquel gran partido, que pudo ser tachado por algunos de inhábil para el Gobierno; pero que mereció unánimemente el calificativo de *honrado*. Por esta razón me es tan grato, tan satisfactorio, mi abolengo político, porque la honradez es la primera condición que deben tener así las personas como los partidos.»

Pase este bombo póstumo al himno de Riego. Algun desahogo ha de permitirse al que, desde tan lejano continente, recuerda la costa donde se hizo al mar por vez primera. Lo mismo podría decir el Sr. Necedal. Pero el orador de sobremesa no se contentó con exhumar su procedencia; creyó preciso (y esto no nos lo explicamos) definir el concepto de la honradez. Sus anfitriones debieron ofenderse.

«El hombre honrado, les dijo, es la unidad constitutiva de la familia honrada, como ésta lo es á su vez de toda sociedad moral. Desconfiad de aquellos hombres que no ostentan como la primera de sus condiciones la que constituyen aquellas dos fundamentales unidades, que nada ó muy poco de lo que poseen lo deben á su honrado trabajo ó al de sus progenitores, y hacen alarde, sin embargo, de sacrificarse por la patria; esos no persiguen otros fines que satisfacer su egoísmo, su ambición ó su soberbia; alimentar, en una palabra, sus vicios y sus pasiones.»

Aquí, más que el hombre político, resalta el catedrático. Aparte de la oportunidad del momento, sólo elogios merece, por otro lado, la lección. No está mal que se propaguen tales enseñanzas. Y continuó el Sr. Montero:

«He nacido de un padre pobre; no soy rico, ni tengo la esperanza de legar una fortuna á mis hijos. Las pequeñas

comodidades que puedo proporcionarles las debo á mi trabajo personal; y permitidme que crea que el voto que me ha dado mi país es la recompensa de mi trabajo y de mi honradez.»

No tenemos inconveniente en reconocerlo así. Tanto más, cuanto que en este sentido la eleccion del Sr. Montero Rios deja de tener, por confesion del interesado, la significacion política que los demócratas han querido atribuirle. No; se trata, como dice su señoría, de una prueba de estimacion personal. Nada más.

Pero si hasta aquí habló el ex-ministro de Gracia y Justicia de sus antecedentes, á reglon seguido expuso su filiacion actual, sus aspiraciones y creencias. Oigámosle:

«Entre las diferentes fuerzas por que se halla solicitada la democracia española, debo decir, añadió, que no estoy al lado de los que sueñan con una evolucion quimérica, imaginaria; ni tampoco con aquellos que quieren someter á su impaciente voluntad personal las voluntades de todos los españoles. Ni puedo estar conforme con la paciente y cándida aspiracion de los primeros, nuevos israelitas de la democracia, que habrán de permanecer en el desierto de sus bellas ilusiones por los siglos de los siglos, sin alcanzar jamás la tierra prometida; ni puedo tampoco aceptar el criterio de los segundos, por más que reconozca la buena fé en que se inspira su generosa impaciencia, hija, sin duda alguna, de su ciego y apasionado amor á la libertad y á la democracia.»

Ni con los dinásticos, ni con... los demócratas progresistas. Esto es ya claro como la luz. No con los que pretenden transacciones de cierta especie, á quienes el orador considera soñadores, como si de ese sueño no fuera dable despertar entre aclamaciones de triunfo; no tampoco con los que quieren someter á sus impaciencias personales la aspiracion más general y arraigada entre todos los españoles. ¿Quiénes son éstos sino los que juzgábamos sus amigos de hoy, los levantiscos conferenciantes de Biarritz, el voluntario ostracista de París, el festejado vecino de la calle del Sauco? ¿Estará con los pactistas el Sr. Montero Rios? La duda no es lícita en este punto. ¿Estará con Castelar?...

«He dicho, exclamó, que procedo del partido progresista,

y continuó rindiendo culto ferviente á aquel principio capital de mi antigua bandera: *La soberanía de la nación*. La determinación de la forma de gobierno, la organización de los poderes públicos corresponde á la voluntad nacional libremente manifestada. El día que la nación española se pronuncie contra ciertas y determinadas instituciones, considero como un deber sagrado contribuir por todos los medios posibles, incluso los más enérgicos, si otros no fueran suficientes, á la ejecución de la voluntad soberana.

*En tanto que la opinion pública no pronuncia este fallo, los recursos de fuerza son un crimen.»*

Como se ve, el Sr. Montero está más cerca del posibilismo que de ningun otro bando democrático, aunque claro es que no se confunde con aquél, porque dos pontífices no caben en una Iglesia.

«Los demócratas, prosiguió, debemos dedicar toda nuestra actividad, todos nuestros esfuerzos á ilustrar la opinion, á propagar nuestros principios, á conseguir que el país ó la mayoría de los españoles los acepten, y entónces tendremos el legítimo derecho de exigir su inmediata aplicación.

Entretanto, debemos apoyar leal y sinceramente cuantas soluciones liberales se nos propongan, vengan de donde vieren, y pedir con insistencia todas aquellas que nos permitan las circunstancias de actualidad. El amor á la libertad sobre todo, y nunca la funesta política del pesimismo.»

Segun el orador de Lourizan, la misión de la democracia es hoy puramente circunstancial. Reconoce, y hace bien, que no puede formular ideales, sino contentarse con la realidad que buenamente se aproxime á aquéllos. Ahora predicar... despues no es seguro que los demócratas recojan trigo.

Por de pronto, el progresismo democrático ha sufrido una nueva y valiosa desmembración. La democracia tiene de hoy en adelante un matiz más; los demócratas progresistas, una inteligencia ménos. Con todo ello, quien va ganando es la causa del orden; mejor dicho, la causa de la libertad.

¿Cómo habia de estar el hombre de ley, el reputado profesor de derecho, al lado de los que, enfrente del derecho y de la ley, erigen la fuerza como único agente de triunfo para sus doctrinas?

El Sr. Montero Rios podrá permanecer en cierta actitud más bien espectante que definida; pero, de cualquier modo, el Sr. Montero Rios no compartirá la responsabilidad de un llamamiento á las pasiones revolucionarias.

Adoptando la fórmula del difunto retraido de Logroño, el orador de Lourizan ha creado un esparterismo... sin Espartero.

\*  
\* \*

Las negociaciones con Francia entorpecidas. El derecho de asociacion limitado, como en tiempo de los conservadores; prueba de ello la clausura del Casino democrático. Acordadas las presidencias de ambas Cámaras, á favor respectivamente de las Sres. Posada Herrera y marqués de la Habana, con disgusto de los constitucionales netos, postergados al centralismo; la córte en Comillas.....

La fusion en Jauja.

R.







## REVISTA EXTRANJERA.

**E**STADOS-UNIDOS.—El presidente Garfield, que parecía algo repuesto, ha vuelto á recaer. Las últimas noticias lo presentan, si no en la agonía, en una situación enteramente desesperada. La consuncion es casi completa, y las fuerzas le van faltando cada vez más. La salida de Washington, lejos de favorecerle, le ha perjudicado mucho. Por más que se adoptasen todas las precauciones imaginables, para un enfermo tan débil no podia ménos de ser funesta la agitacion inevitable del ferro-carril. Aunque se tratase de pocas horas, siempre era más tiempo y más movimiento del que el ilustre paciente podia soportar.

Añádase á esto que los médicos adoptaron esta resolucion casi á la desesperada y sólo por ver si, contra toda esperanza, se podia obtener algun alivio. Como el mal seguia su curso y la muerte era cierta, el cambio de aires al ménos no podia empeorar la situacion. Los abogados políticos y no políticos del asesino, alegarán ahora que si Garfield muere, no es de la herida, sino del camino de hierro. Ya se verá cómo esto suministra materia para no pocas declamaciones.

Por desgracia, en los Estados-Unidos, donde, como en todas partes, el crimen encuentra proteccion, se distingue en-

tre la bala que mata al presidente y la que sólo lo hiere. Por lo visto, el jefe del Gobierno no es más que un hombre cualquiera, cuya herida contristaré á una sola familia, pero ni inquieta ni perjudica á la sociedad. ¿No hay quizá diferencia entre el atentado contra la vida de un mero hombre, y el atentado contra el jefe de una gran nación? ¿No hay en este último caso más perjuicios ó circunstancias que mudan y agravan la especie? ¿No tiene la sociedad derecho á que se piense en su defensa? ¡Tiempo perdido! Ya se verá cómo se quiere hacer creer que el asesino de un monarca ó un presidente no es más que un asesino vulgar, que debe ser castigado con arreglo á las disposiciones ordinarias del Código penal.

Y áun es de temer que se sienta el principio de que en el asesinato de un presidente hay circunstancias atenuantes, ó no hay más que crimen político. Esto, de puro horrible, sería hasta curioso; pero, por desdicha nuestra y para mengua de nuestro siglo, no es imposible ni mucho ménos. El regicida tiene muchos y poderosos cómplices, y, por lo tanto, si no muere en secreto y de cualquier modo, acaso encuentre quien lo saque á salvo y hasta quien lo corone como héroe. ¡Se han visto tantas cosas en el mundo!

Y á propósito de esto, hoy mismo dice el telégrafo que Guitteau, el asesino, ha sido herido en la misma cárcel por un soldado, un centinela, que le hizo fuego desde una ventana. No se dice si la herida es grave; pero, de seguro, dará mucho en que pensar. ¿Es qué se necesita que muera Guitteau para que, cansado de sufrir, por despecho, no se decida á hablar ó á entrar en el terreno de las revelaciones?

Hace tiempo se dijo que Guitteau, al perpetrar su crimen, contaba con la seguridad de que si Garfield moría en el acto, su suerte sería la de los asesinos del presidente del Ecuador, García Moreno, que ni áun entraron en la cárcel. Por el contrario, segun lo pactado, recibieron su recompensa, se alejaron por el bien parecer del país, y se establecieron, no se sabe dónde, para vivir *tranquilamente* del precio de la sangre vertida.

Guitteau, por fortuna, ha sido ménos afortunado. Como

Garfield no quedó muerto, ni el Gobierno cambió en el acto ni la persecucion de la justicia se pudo evitar. Con estos contratiempos sin duda no se contaba.

Mr. Arthur Chester, vicepresidente, tropieza con una nueva dificultad para su ascenso. Por lo visto, ahora resulta que no puede subir á la presidencia, por no haber nacido en los mismos Estados-Unidos. Lo cierto es que ni los ministros lo llaman, ni él puede moverse. Segun se asegura, está materialmente encerrado en su casa de Washington, esperando siempre á que los ministros declaren que el presidente *está inhabilitado* y le *inviten* para que tome en su mano las riendas del gobierno. El Ministerio, que no es de la fraccion del vicepresidente, por razones legales, políticas y áun personales, se dá poca prisa para hacer esta declaracion. La tardanza va ya pareciendo de mal agüero, porque además de paralizar el despacho de los negocios y la marcha del gobierno, indica que acaso se estén tomando medidas para excluir á Chester y consultar cuanto ántes á la nacion. Sea como sea, la gran república, que, aunque jóven, está ya muy carcomida por toda clase de plagas políticas, atraviesa un período bastante crítico, quizá tan crítico como el de 1860, que le costó una guerra atroz y de cerca de cuatro años.

Se sigue hablando de la extradicion del nihilista y regicida Hartmann. El embajador ruso oficialmente no ha pedido aún que se le entregue; pero de una manera extraoficial habla bastante, con el fin de preparar ó sondear el terreno, ántes de hablar de oficio. Así se evitan conflictos y se asegura el éxito.

La prensa norte-americana, por lo general, trata mal al jefe de los nihilistas; pero, por obcecacion ó por un patriotismo muy mal entendido, se obstina en sostener que el asilo es lo primero y lo que más interesa á la dignidad de la república. ¡Desdichada república, si su dignidad la obligara á convertirse en refugio del puñal y el revólver, el petróleo y la dinamita! El derecho de asilo no es ni puede ser para esta especie de crímenes.

*Portugal.*—Las elecciones generales, que tuvieron lugar el 21, han dado una gran mayoría al Gobierno. Esto no extraña

á nadie. Los portugueses, como los españoles, que creen más en el Gobierno que en las Córtes, dan siempre el triunfo á todo ministerio que no quiere ser vencido. Esto, si es un mal, es irremediable.

Sin embargo, el telégrafo anuncia que el Ministerio está en crisis. Tampoco esto es de extrañar. El vencer y á la vez ser vencidos, es en estos casos la cosa más natural del mundo. Como todo el mundo sabe que las votaciones no son signo seguro de la voluntad verdadera del país, no hay nadie que crea que el país se tendria por desairado si, no obstante la mayoría obtenida, se aplicasen palancas al Ministerio para derribarlo. Así es que ni la oposicion ha cesado, ni los ministros han podido sentirse fuertes para conjurar la tempestad. Si por fin caen, es muy posible que caigan, no porque haya quien los empuje, sino porque ellos mismos, que están en terreno muy falso, se inclinen para perder el equilibrio y rodar. Esto no obstante, si ahora no hacen nada por conservarse, mañana se agitarán como desesperados para volver á subir. En estas pujas parlamentarias, no se muestra energía sino para luchar por el poder, por supuesto, para no hacer nada por defenderlo cuando ya se obtenga. Esto es lo que hacen ahora los que cayeron ayer, y lo que harán mañana los que caigan hoy.

En Portugal hay en la actualidad los partidos siguientes:

1. *El llamado legitimista.*—Lleva ya medio siglo de estar retraido y jurando y perjurando que se prepara para conspirar. Esto no obstante, el tiempo pasa, y ni el *legitimismo* se mueve, ni su jefe, su Rey, da señales de vida. Como ha nacido y vivido siempre en el extranjero, naturalmente, hasta tendrá que violentarse para poder llamarse portugués. De aquí resulta que los *miguelistas*, que tan monárquicos son, ni hacen nada por la monarquía, que quieren, ni prestan apoyo al trono, que tienen. Así, sin ser revolucionarios, auxilian y no poco á la revolucion. Por desgracia, cuando abran los ojos y vean lo que ocurre, ya el mal no tendrá remedio. ¡Qué calamidad! ¡Cómo se obcecan los hombres!

2. *Los constitucionales católicos.*—Estos, que son numerosos y tienen excelentes jefes, ni pueden dominar por sí solos,

ni se acercan al poder para influir más y aumentar su fuerza. El retraimiento, no proclamado en principio, pero practicado de hecho, los mantiene en una actitud que no se sabe cómo calificar.

¿Es útil? ¡Pierden tanto tiempo! ¡Desalientan tanto á la juventud!

¿Es funesta? ¡Quién sabe! Por lo ménos, conservan en sus manos la bandera de las buenas doctrinas, y así, cuando se vea llegar la tempestad, podrán reunir y dirigir á todos los que no quieran ser arrastrados por el torrente.

Sin embargo, ¿qué perderían los hombres de este partido imitando, verbigracia, á San Sebastian, que con ser tan santo, no creyó necesario alejarse de la córte de un Emperador gentil? En Portugal no reina ningun Diocleciano. Esto no obstante, ciertos católicos, que no sabemos qué libros leen ó qué maestros tienen, se figuran que para librar á las familias reales del contagio de las malas ideas, el camino más seguro es el de llamarse hombres políticos y no ir jamás á los palacios. Aberraciones, y nada más que aberraciones por todas partes.

3. *Los regeneradores.*—Se creen monárquicos y progresistas, y, como nuestros *constitucionales*, no saben lo que son. Por una parte piensan en el órden, y por otra demuestran que no creen en la autoridad. Ahora, que están en el poder, no se ocupan más que en ligarse las manos para no hacer nada contra los que, á sus mismos ojos, están minando el edificio social. Pero si, ahora que son Gobierno, no conspiran contra el trono, dejan libertad completa á los que se agitan y conciertan para acabar con la monarquía. Por no salirse de la ley, no adoptan medidas extraordinarias; pero en cambio, ven con estoica paciencia que la revolucion se organiza y prepara para saltar por encima de todas las leyes y dar un golpe bastante extraordinario. Es que en este sistema todo el mundo puede salirse del terreno legal, ménos el Gobierno. Los ministros, encargados de velar por la conservacion del órden, no pueden pasar la frontera de la ley ni para apagar la mecha que á pocos pasos de distancia, materialmente á su vista, se está aplicando á la mina.

4. *Los progresistas.*—Son bastante anfibios y se parecen no poco á nuestros *demócrata-dinásticos*. No creen en la monarquía y han pasado la vida dando vivas á la república; pero consentirán en ir á palacio, sólo para que se les entregue el poder. Después, como ni tienen ideas de gobierno, ni sus antecedentes les permiten gobernar, apenas llegan al ministerio, se embrollan, materialmente se marean, no saben si inclinarse al trono ó irse con la república, y acaban por no entenderse y caer en medio de atronadores silbidos. ¡Justo castigo de su imbecilidad! Como suele decirse, no saben ni ser de Dios ni ser del diablo. Por sus vacilaciones, descontentan á los monárquicos, y por sus inclinaciones de cabeza y su asistencia á los besamanos, únicas pruebas de monarquismo que dan, irritan á los revolucionarios, que los califican de renegados y apóstatas. ¡Qué hombres políticos! ¡Qué fuerza y qué esperanza para un país!

5. *Los republicanos.*—No se entienden, ni se pueden entender. Entre ellos hay centenares de grupos sin doctrinas de ninguna especie, pero con aspiraciones enteramente incompatibles. En esta fracción, cada hombre importante, ó que se cree importante, se figura que puede presidir un Gabinete; reúne ocho ó diez amigos, les promete carteras y embajadas y... no se necesita más. ¡Un nuevo partido democrático!

En Portugal, como en España, los partidos republicanos serán ya por lo ménos veinte. Se necesitarían, pues, por lo ménos, veinte repúblicas para que, por lo pronto, pudiesen vivir en paz. Y decimos por lo pronto, porque en cuanto se viese que la industria no sale mal, al momento brotarían de todas partes centenares y centenares de nuevos hombres industriosos. ¡Es tan fecunda la ambición!

Agréguese á esto que los republicanos portugueses están hoy contenidos por Inglaterra, que quiere el *statu quo*, y excitados y empujados por las gentes gambettistas, que necesitan muy de veras una revolución. Este choque entre la democracia que se inclina á la Gran Bretaña, y la que dá vivas á Gambetta, establece otra división, que es como un abismo insondable.

No se olvide tampoco que los portugueses, que, como los españoles, en su inmensa mayoría, miran con horror los partidos políticos, lejos de unirse á los trastornadores ó conspiradores de profesion, los desprecian profundamente, considerándolos como verdaderas calamidades públicas.

Tal es la situacion de Portugal. Como se ve, el mal es grave. ¿Quién podrá ponerle remedio?

¿El Parlamento? ¡Qué extraña ilusion! Trescientos médicos juntos jamás lograrán curar á un enfermo.

¿El Rey? Pero ¿qué hace?

¿Apela á los hombres políticos? Ya los ha puesto á prueba. Todos, uno á uno, han sido llamados, y todos, por turno, han ido haciendo ver que si cuando están en la oposicion todo lo encuentran fácil, cuando llegan al poder no hay nada que les parezca imposible. ¡Cuán hábiles al declamar ó censurar! ¡Qué torpes al defenderse ó remediar lo mismo que censuraban!

¿Sigue otro camino? ¿Prescinde de los hombres políticos gobernantes de oficio, y llama á los hombres de inteligencia y probidad, ajenos á la política, que nunca faltan en un país no condenado á perecer? ¡Qué horror! ¡Qué crimen! ¡Pensar en el país ántes que en los partidos! ¡Acordarse del sentido comun! Esto seria un verdadero golpe de Estado, contra el cual protestarian, llenos de cómica y áun trágica indignacion, los especuladores políticos.

Aquí no hay medio. Si el mal es *malo*, el remedio seria peor. Los hombres políticos no pueden valer ménos; pero como vulgarmente se dice, son cartas forzadas. Con ellos se va al abismo; pero sin ellos, el abismo viene á buscarnos. ¡Qué situacion!

Se asegura que el Rey de Portugal vendrá pronto á visitar al Rey de España. Nada tan natural como el que á las ligas revolucionarias respondan las alianzas monárquicas.

*Egipto.*—Las tropas egipcias han hecho un pronunciamiento. ¡Esta plaga faltaba ya á su país! A lo que parece, cuatro mil soldados, naturalmente, con sus jefes á la cabeza, llevando por delante 30 cañones, todos los que tenian, se dirigieron al palacio del khedive ó virey, para pedirle un nuevo

ministerio, un Parlamento y, por supuesto, una Constitución á la europea. Necesidad que, sin duda, se haría allí sentir mucho.

El khedive, como era de suponer, lo prometió todo, y, por lo pronto, las cosas quedaron así. Ya hay ministros nuevos, y acaso se piense de veras en reunir Córtes. Por más que esto, tratándose de un país bárbaro, sea hasta absurdo, la cosa está de moda, y la tiranía de la moda lo avasalla todo.

La suerte de Egipto, á lo que parece, está ahora en las manos de la diplomacia. No hace mucho, el cuerpo diplomático convino en que Egipto debía ser un pueblo libre, y le desgajó ó separó de Turquía. Ahora se creerá sin duda que los egipcios no han nacido para ser independientes, y se les condenará de nuevo á la servidumbre. ¿Qué importa? Ahora, que tanto se habla de la democracia ó de la dignidad del hombre, nada tan lógico como el llevar y traer á los hombres, vendiéndolos ó cambiándolos como esclavos.

Esto sentado, como una verdad inconcusa, ¿á qué manos pasará el reino de Egipto? Se habla de tres diversas combinaciones, á saber:

1. De una ocupacion mixta ó anglo-francesa, que se reduciría á enviar á Oriente dos ejércitos, uno británico y otro francés, que se apoderaran de Egipto. En esta hipótesis, las riberas del canal de Suez quedarían una en poder de Francia y otra dominada por la Gran Bretaña. Esto no conviene á Inglaterra, ni acaso lo tolere Europa. No entra en los planes de la diplomacia la resurreccion diplomática de Francia.

2. De una ocupacion exclusivamente inglesa. Esto no gustaría á Francia, y alarmaría quizá á todas las grandes potencias.

3. De una ocupacion exclusivamente otomana. Esto, que hasta indignaría á la república francesa, convendría mucho á Inglaterra, y sería como una compensacion dada á Turquía. Austria y Rusia, que tanto empeño tienen en que Turquía acabe de salir de Europa, acaso se alegrasen bastante al ver que el Sultán obtenía permiso para apoderarse de Egipto y Trípoli y extenderse cuanto quisiese por todo el centro de Africa.



Esto sería un contratiempo y un gran peligro para Francia; pero no es de creer que las grandes potencias opinen que el interés francés está sobre el interés europeo.

Esta solución, que hoy no aplaudimos ni censuramos, no sería sino una prueba de que Francia tiene ya muy cerca el veto diplomático. Ha querido avanzar demasiado, y como nadie ignora, el movimiento excesivo impone la postración anticipada. Francia no podrá ni quejarse de lo que le sucede. Ha querido plantear por capricho, sólo por capricho, la tan terrible cuestión africana, y es forzoso que se resigne á soportar las consecuencias de su tan incalificable atolondramiento.

*Entrevista de los dos Soberanos.*—Los Emperadores de Prusia y Rusia se han visto y han celebrado una larga conferencia en Dantzig. Los ministros de los dos Monarcas han estado presentes. Se supone que, á consecuencia de esta entrevista, pronto se verán también los Soberanos de Rusia y Austria. Ya se sabe que Humberto I se prepara también para pasar la frontera italiana y dirigirse á Viena y Berlin. Estas reuniones de Soberanos, tan exigidas por las circunstancias, están llamando la atención de toda la prensa europea. No hay periódico, cualesquiera que sean su lengua y color político, que no trate á fondo esta cuestión, dedicándole, no uno, sino muchos artículos. Los mismos periódicos gambettistas, que son los únicos que han aparentado creer que las reuniones de Soberanos carecen de importancia, para decir esto consumen bastante tinta y manchan no poco papel. Mal se concilian tanto desprecio por un lado y tanta atención por otro. La verdad es que todo el mundo comprende que ya es tiempo, y más que tiempo, de que los Gobiernos se entiendan y pongan fin á los asesinatos é incendios de las gentes del petróleo y la dinamita. Por esto la entrevista de Dantzig tiene, y no puede menos de tener, grandísima significación. En caso necesario, la misma opinión pública haría lo que los Soberanos no se hubiesen atrevido á hacer.

La prensa, como ya hemos dicho, está unánime en cuanto al valor real de la conferencia. Si hay alguna discordancia está sólo en cuanto á los intereses que cada nación ó cada partido quisiera defender.

Los periódicos rusos y alemanes baten palmas y se muestran llenos de esperanzas. Todavía hablan poco de los acuerdos relativos á la política extranjera; pero en cuanto á lo que atañe á la política interior, no ocultan que los Gobiernos de Rusia y Alemania unidos se preparan para dar un golpe terrible al nihilismo ó socialismo. Esta tan horrorosa plaga necesitaba ya ser conjurada.

Los periódicos austriacos, principalmente los de Hungría, que al principio parecían algo reservados, ahora dicen y repiten que aceptan y aplauden el programa de Dantzig. No limitándose á esto, añaden que los Emperadores de Austria y Rusia, que, por motivos políticos, no estaban del todo bien, completamente reconciliados, se verán y se estrecharán las manos quizás en la semana próxima.

Los periódicos italianos, hasta por costumbre ó hábito tan ligados á la revolucion, viendo que Catilina está ya á las puertas de Roma, sin rodeos de ninguna clase manifiestan que los Soberanos necesitan entenderse para que la demagogia pueda ser comprimida. No se olvide que los hombres que hoy ocupan el poder en Italia han sido casi todos amigos íntimos y decididos agentes de Mazzini. El mismo Cairoli, expresidente del Consejo de ministros, que tanto trabaja contra la república francesa en Alemania, ha estado muchos años al lado de Garibaldi, y ha visto morir dos hermanos cerca de *Ponte Molle*, casi á las puertas de Roma.

Los periódicos ingleses, que comenzaron presentando respetuosas observaciones, sin duda mejor informados, han visto que el bloqueo no es contra la Gran Bretaña, sino contra la revolucion, que hoy tiene su centro y se apoya en Francia. En Lóndres se temía que de la conferencia saliese algun acuerdo que fuese un peligro para las posesiones inglesas de la India. Por lo visto, no hay nada de esto. La liga, en la cual pueden entrar todos los Gobiernos de orden, cualquiera que sea su forma, no es más que contra los radicales, que tanto amenazan con la dinamita, y contra el gambettismo, que se forjaba la ilusion de tener en sus manos todos los agentes é instrumentos de la revolucion europea.

En fin, los periódicos franceses, en lo que atañe á esta

cuestion, pueden considerarse como divididos en tres grupos diversos, á saber:

1. Los conservadores, que detestan la revolucion, pero tienen patriotismo y temen el aislamiento y bloqueo de su país.

2. Los radicales ó montañeses, que olvidan la cuestion extranjera y casi no se preocupan sino con la política interior.

3. Los oportunistas ó gambettistas, que habian llegado á persuadirse de que todo les era lícito, y con el descaro mayor del mundo protegian á todos los conspiradores, y no se ocultaban siquiera para conspirar contra los Gobiernos vecinos y amigos. Los *teste calde* italianos, los socialistas alemanes, los nihilistas rusos, los fenianos ingleses y los intransigentes españoles, todos sin excepcion, podian estar y estaban seguros de que en París tenian una proteccion, por no decir direccion, que les garantizaba el éxito de todos sus más execrables proyectos. La falta de... prudencia habia llegado ya al extremo de que los órganos más autorizados de la secta ó la conjuracion anunciassen sin rodeos ni ambages de ningun género qué personajes políticos extranjeros eran recibidos, cómo se trabajaba para reconciliarlos, qué *consejos* se les daban, por qué caminos se empujaban, y hasta qué medios ó recursos se les podrian facilitar. El escándalo se habia hecho ya insoportable. Para no hablar de ciertos telegramas relativos á crisis y juntas revolucionarias, para referirnos sólo á cosas extranjeras, indicaremos únicamente que cuando el regicida Hartmann fué preso en París, muchos personajes de los más importantes de la situacion se colocaron en una actitud, que ni aún se comprende cómo Rusia pudo tolerarla. Si Rusia hubiese estado en guerra con Francia, no se hubiese podido hacer más. ¡Cuántos y cuán gigantescos esfuerzos en favor de un hombre, cuyo único mérito consistia en haber preparado una mina para hacer saltar un ferro-carril y asesinar á un Monarca y á las doscientas ó más personas que formaban su séquito! ¡Qué servicio á la humanidad! ¡Qué gloria para la república francesa! ¡Y se extraña que el Emperador Alejandro III hable de los *nidos de víboras*!

Las cosas no podían continuar así. Los gambettistas lo comprenden, y por esto se figuran, y con razón, que si los Soberanos se reúnen, es cabalmente porque en las dos últimas semanas se ha hablado mucho de la posibilidad de que Gambetta subiese por fin al poder. Nosotros no acusamos á nadie; pero Gambetta, aunque no sea propagandista revolucionario, lo cual no ha dicho, no puede evitar que su nombre aparezca como indisolublemente unido á la propaganda revolucionaria. Tan cierto es esto que, en cuanto Gambetta fuese primer ministro, aún contra su voluntad, todos los conspiradores de Europa se figurarían que ya contaban con la protección material indispensable para realizar sus proyectos.

Esto se ve bien en París. Por esta causa se teme, y en verdad con razón, que la liga de Soberanos no sea sino una alianza general defensiva contra el jacobinismo francés. No sería sino la segunda edición de lo hecho á fines del siglo pasado. Los jacobinos de entónces, ciegos por el fanatismo revolucionario, despues de sentar que *no se podía reinar inocentemente*, y que todo ciudadano *tiene acción personal contra los que reinan*, en un momento de insensato delirio, declararon la guerra á todos los tronos. ¿Y qué ocurrió? ¿Qué había de ocurrir? Los Gobiernos de Europa se concertaron, el jacobinismo fué vencido, y en ménos de tres años, Francia fué invadida dos veces.

¿Sucederá ahora lo propio? La defensa se va preparando. ¡Plegue al cielo que no tenga lugar la provocación ó la ofensa!

*Francia.*—El resultado de las elecciones no parece tan claro como al principio se supuso. Casi todas las fracciones republicanas cantan victoria, y ésta es mala señal.

Los intransigentes aseguran que han ganado mucho. Para demostrarlo, en cuanto se abran las Córtes, presentarán una proposición pidiendo que se nombre una comisión que se encargue de reunir las promesas electorales hechas por todos los diputados, con el fin de que así se vea si han triunfado como ministeriales ú oportunistas los que para obtener votos se han arrojado en brazos del radicalismo. Esta proposición, que se votará, porque rechazada haría más daño que admitida, no podrá ménos de ser de un efecto horrible.

Los ministeriales juran y perjuran que no es de Gambetta, sino de ellos, el triunfo. El mismo presidente del Consejo de ministros ha dicho esto tres veces en ménos de quince días. La verdad es que han vuelto casi todos los de la *izquierda* y centro izquierdo, que eran grevystas, y que el comité de Gambetta, por más que ha hecho, no ha podido ni vencer en muchos puntos, ni impedir que venciesen los candidatos más conocidos por su adhesión á Mr. Grévy.

En fin, los gambettistas, tan segura creían ó suponían su victoria, que llevan ya tres semanas de fundarse en ella para pedir el poder. El mismo Gambetta, que estaba en autos, empezó á exhibirse y perorar, y hasta se ha paseado, como en triunfo oficial, por la Normandía, siendo en todas partes escoltado por un ministro, que ante todo el mundo se presentaba como protegido ó subalterno.

De pocos días á esta parte, la formación del Ministerio Gambetta debe estar tropezando con nuevas y no leves dificultades. Por una parte, se teme el disgusto de la diplomacia, y por otra, se ajustan cuentas, que frustran bastantes planes. Por ejemplo, el mismo *Journal des Debats*, no obstante su gambettismo, asustado acaso de lo que ve venir, ha creído necesario demostrar que la mayoría parlamentaria no es tan sólida ni tan segura como se supone, y que pudiera muy bien suceder que los trescientos votos que seguirán al Gobierno, no á Gambetta, se encontrasen ante una minoría de doscientos cincuenta votos, decididos á promover conflictos.

Segun *Le Journal des Debats*, tan poco sospechoso en este punto, se equivocarian mucho los que se figurasen que se cuenta con los cuatrocientos votos, siempre unidos y compactos y siempre resueltos á dar bola blanca al Ministerio. Esta mayoría, imaginada por Gambetta y pintada y hasta canonizada por *La République Française*, por fortuna, no existe. Para gloria de la humanidad, confesemos que no ha sido posible reunir cuatrocientos diputados que tengan razón para no raciocinar, ó que se degradasen hasta el punto de comprometerse á no tener opinión propia y votar sin exámen todo lo que se les propusiese.

*La guerra.*—Antes de las elecciones, hasta oficialmente

se aseguraba que no había guerra; ahora, recibidos ya los votos, no temiéndose la alarma del país, se confiesa que, en efecto, en Africa hay muchos miles de árabes armados, que llevan ya muchas semanas de matar franceses y campar por su respeto.

El ejército de Africa se va aumentando mucho. Los mismos ministeriales convienen en que se necesitan unos 150.000 hombres, de los cuales se habrán enviado unos 50.000. Gran trabajo cuesta reunir estos soldados, porque la administración francesa está mal; pero, al fin, desorganizando regimientos y más regimientos, se van formando los batallones, que se embarcan á medida que se forman. Los generales Saussier y Logerot, que tan mal se ven, llevan ya un mes de clamar por refuerzos, que nunca llegan. ¡Se ha provocado una guerra terrible sin tener nada preparado para hacerla!

Se habla como de cosa segura de la movilizacion de un cuerpo de ejército. Primero se pensó en el 19, que está en Lyon; pero ¿cómo dejar sin tropas una provincia que confina con Italia? El Gobierno italiano no es amigo, y necesita ser vigilado. Además, Italia podría alarmarse y protestar, al ver movilizar fuerzas en una misma frontera.

Después se fijó la vista en el 17 cuerpo de ejército, que está en Toulouse, en los mismos Pirineos, ó sobre la frontera española. No sabemos si en las actuales circunstancias España podrá mostrarse ménos susceptible que Italia. Francia es libre para mover sus tropas; pero ¿por qué no las mueve en las fronteras de Italia ó Suiza, Alemania ó Bélgica? Por más que se nos crea humillados, no merecemos todavía este tan poco honroso voto de confianza.

Lo más curioso que hay en todo esto es que el Gobierno francés está haciendo la guerra y disponiendo del oro y de la sangre del país sin prévia autorizacion de las Córtes. La república trata á la nacion como no la hubiera tratado ni el propio Luis XIV.

*La Liberté* y muchos otros diarios de París convienen en que el general Farre se ha mostrado bastante torpe; pero esto no obstante, aconsejan que no se le nieguen los recursos necesarios, ó que se le den los hombres y el dinero que pida

para reparar en lo posible el mal. ¿Hay seguridad de que quien tan poco hábil se ha mostrado hasta ahora, se muestre más hábil en lo porvenir?

Los soldados de Africa se quejan de no tener pan ni aún medicinas. En cambio, el ministro de la Guerra ha dispuesto, y lo ha dicho en una circular, que cada regimiento tenga una reserva de 17.000 pares de zapatos. ¡Qué prevision! Por fortuna, las huestes de Bu-Hamena no tienen necesidad de semejantes *utensilios*.

*Túnez, Argel y Marruecos.*—Túnez está todo en armas. El ejército, que es muy escaso, no puede ya ni separarse de las costas. Y aún en las costas mismas suele tropezar con grandes obstáculos. El coronel Correard, que se dirigia á Hammamet, fué sorprendido y atacado por una partida tunecina, según el parte oficial del mismo general Logerot, de 12 á 15.000 hombres. La columna Correard se vió obligada á retroceder en un estado bastante lastimoso. La sorpresa se atribuye á la falta de espionaje, y más aún á la actitud de las tropas regulares tunecinas, que no se sabe por qué se habian sacado al campo. Esta falta es hasta inconcebible, porque se conocia muy bien el espíritu de las tales tropas.

El telégrafo ha hablado estos dias de otro descalabro, sufrido cerca de Gabés por otra columna francesa, quizás la de Sabattier; pero esta noticia no se ha confirmado ni negado, lo cual prueba que, aunque el revés sufrido sea cierto, acaso no sea de grande importancia.

Los *rebeldes*, que así se llama ahora á los tunecinos, que como nuestros abuelos en 1808, defienden su patria y su independencia, lejos de huir ó mantenerse á la defensiva, provocan sin cesar, y con frecuencia se acercan á las ciudades de la costa y aún al mismo Túnez. Los soldados franceses, que en todas partes están á la defensiva, no se pueden mover sino en gruesas columnas, que por desgracia no tienen.

A última hora se ha averiguado que los tunecinos son tunecinos, ó que el bey no es francés; que Mustafá, su primer ministro, odia á Francia, y los aduaneros de Túnez son tan miopes, que ni aún ven los carros cargados de pólvora y armas que todos los dias salen por las puertas.

Las tropas regulares del bey están ya casi todas con los *insurrectos*. En cuanto han visto ocasion oportuna, con armas y bagajes se han pasado al enemigo. La insurreccion, pues, tiene ya artillería y artilleros que sepan manejarla.

En la Argelia las cosas no van mejor. Si no hay choque, es porque las tropas se guardan bien de penetrar en el territorio enemigo. Sin embargo, Bu-Hamena aún no ha comenzado á exhibirse.

El coronel Negrier, que manda en Saida, por órden del gobernador superior y civil, voló el sepulcro de un santón célebre. Este rasgo, tan propio de un gobernador *civilista*, sólo ha servido para que los moros se exasperen y juren hacer de las suyas.

El Gobierno francés, comprendiendo cuán peligrosa puede ser esta *hazaña*, ha enviado doce mil duros para que se reconstruya el sepulcro destruido.

En cambio, la prensa *patriotera* de Argel ha abierto una suscripcion para regalar una espada de honor al coronel que, sin duda muy á pesar suyo, por obediencia, se vió obligado á aplicar quinientos kilos de pólvora á los cimientos del tal sepulcro.

Así va ahora todo en Francia.

Se supone que el Gobierno francés desea reformar el tratado de 1845 con Marruecos, para *rectificar* ó poder traspasar la frontera marroquí. Si esto así fuese, ni Marruecos accedería, ni Inglaterra lo podría tolerar. En cuanto á España, claro es que las tropas francesas no podrán entrar en el territorio marroquí sin establecerse sobre Melilla y Ceuta. El Gobierno español verá si le conviene no protestar al principio, para tener que hacer frente á un grave conflicto despues.

No se olvide que en cuanto los franceses hagan alguna nueva conquista en Marruecos, dirán al instante que las costas, en que están nuestras plazas fronterizas, son sus costas.

L.